



LA DAMA DE COEUR

LA MUJER FUERTE
MARIA BLANCA - EL VUELO NUPCIAL
DIPLOMACIA CONYUGAL

CESAR IGLESIAS PAZ

Nació en Buenos Aires el 1.° de Octubre de 1881. Se graduó en Derecho, con una tesis sobre "El Problema" y practicó en Buenos Aires su profesión de abogado.

Desde 1912 se consagró a la producción teatral, caracterizándose sus obras por un hondo sentido moralizador y por su ambiente digno. Estrenó sucesivamente "Más que la ciencia", tres actos (1911); "La conquista", tres actos (1912); "La enemiga", tres actos (1913); "Ilusiones", un acto (1914); "La dama de coeur", tres actos (1915); "La mujer fuerte", tres actos (1915); "María Blanca", un acto (1915); "El vuelo nupcial", tres actos (1916); "Diplomacia conyugal", un acto (1916); "El complot del silencio", tres actos (1917); "El señuelo", tres actos (1917); "El pecado original", un acto (1918); "Buenos Aires", tres actos (1919); "A liquidar tocaron", un acto (1919); "El aplauso", un acto (1919); "La propia obra", tres actos (1920); "Una deuda de dolor", tres actos (1921).

Sus obras completas, ordenadas y con un prólogo de Ricardo Levene, fueron editadas en cuatro tomos, por "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1925.

César Iglesias Paz falleció en Buenos Aires el 18 de Agosto de 1922.

"LA CULTURA ARGENTINA"

CÉSAR IGLESIAS PAZ

La Dama de Coeur

La mujer fuerte
María Blanca = El vuelo nupcial
Diplomacia Conyugal

Tomo II de las Obras Completas



BUENOS AIRES
"LA CULTURA ARGENTINA" — BELGRANO 475
1925

LA DAMA DE COEUR

Comedia en tres actos

Estrenada en el Teatro Nuevo en Mayo de 1914, por la Compañía Pagano-Rico, distinguiéndose las señoras Angelina Pagano y Esther Buschiazo y los señores Salvador Rosich, Juan Mangiante y Eduardo Zucchi.

PERSONAJES

Cora
Nélida
Alicia
Zulema
Blanca
Mecha
Edith
Luis María
Roberto
Eloy
Señor Fernández
Don Máximo
Don Manuel
Arturito
Lalito
Carlito
Criado
Criada
Mozo

La acción en Mar del Plata, en temporada veraniega. Epoca actual. Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

(*Salón lujoso, dividido transversalmente por una mampara de cristal, con comunicaciones a derecha e izquierda. En el ángulo de foro y derecha, un balcón con vista al mar; en foro e izquierda, arcada elegante sostenida por columnas, que comunica con un vestíbulo de acceso al interior, y en primer término a derecha e izquierda, amplias puertas. Detrás de la mampara, una mesa de pocker de seis asientos. En primer término: a izquierda, algunas sillas rodeando una mesita con periódicos y revistas, y a derecha, sofá y sillones. Al levantarse el telón aparece iluminada solamente la parte interior del salón, viéndose a través del balcón el mar con luz de luna.*

ESCENA I

NÉLIDA, ALICIA *y* ZULEMA, *sentadas en primer término derecha; luego el Criado por primera izquierda*

ZULEMA.—¿No sienten calor? (*Abanicándose con exageración*). Yo tengo el don de asarme en verano y helarme en invierno.

ALICIA.—(*repantingada en un sillón*). Temperamento de termómetro.

NÉLIDA.—Vamos, si quieren, al balcón. Corre una brisa del mar, muy agradable.

ALICIA.—¡Ah, hijita! Lo que soy yo, no me muevo. Estoy muy bien aquí.

ZULEMA.—¡La eterna comodona! ¡No poder darte, siquiera, la mitad de mis nervios!

ALICIA.—Gracias. Si a veces se me hace accesible la idea de la muerte, es por la inmovilidad.

ZULEMA.—Tanta pachorra, me subleva. Hasta para el juego tienes una calma chicha.

ALICIA.—¿Tendremos partida esta noche?

NÉLIDA.—Blanca prometió venir, acompañando a su sobrinita Edith, para que se entretenga un rato con las chicas. Cuando llegue, seremos cuatro. Y si no viene Sarita, le daremos un "golpe" de teléfono a Roberto, que estará en el Club.

ZULEMA.—A Sara no la dejará venir el ridículo de su marido. No quiere que juegue.

NÉLIDA.—No hables de maridos ridículos delante de mí.

ZULEMA.—Luis María rezonga, pero transige. Sobre todo, él no juega; parece más razonable. ¡Pero el zopenco del de Sarita! ¡Ahí tienen ustedes, una injusticia de los hombres, que me irrita! ¡Para ellos, todo: juego, diversiones, calaveradas! Ninguna sanción social los contiene. Siempre encuentran una amable excusa: si jóvenes, "¡muchachadas!"; si casados, "¡travesuras!"; si viejos "¡entretenimiento!"

NÉLIDA.—¡Tienes razón!

ALICIA.—Y como el feminismo se va abriendo camino, haces bien en protestar contra semejantes injusticias. Por más que nosotras no podemos quejarnos. En todos los casinos de la República, las señoras tenemos mesas "especiales". Y en muchas casas de familia, "partidas" de "bridge" y "pocker", también "especiales", para abreviar las veladas de invierno. ¡Este es un gran país!, se adapta muy pronto a las ideas modernas. ¡Y pensar que haya quien sueña todavía con París!

CRIADO.—(*anunciando*). La señorita Cora.

ZULEMA.—(*sorprendida*). ¿Cora aquí?

NÉLIDA.—¿Qué te sorprende?

ZULEMA.—(*disimulando*). ¡No!... ¡Como la hacía afuera!

NÉLIDA.—Llegó antes de ayer, con sus tíos. Nos encontra-

mos en la rambla, y prometió visitarme aquí para saludar de paso a mis padres. Un momentito. Voy a recibirla. (*Vase por izquierda*).

ESCENA II

ZULEMA *y* ALICIA

ZULEMA.—Casi cometo una indiscreción.

ALICIA.—¿Por qué piensas que Cora no debía venir?

ZULEMA.—¡Después de lo que le atribuyen con Luis María!

ALICIA.—¿También tú te haces eco de esa calumnia?

ZULEMA.—¡Cómo la defiendes!

ALICIA.—¡Ataco una injusticia! Defenderla sería suponerla culpable.

ZULEMA.—Luis María la festejó.

ALICIA.—De ahí, a que digan lo que dicen, porque ella se ausentó a Córdoba.

ZULEMA.—¿Por qué se fué?

ALICIA.—¿Ignoras que los padres de Nélida y de Cora eran íntimos amigos, desde la infancia; que ambas familias tenían una gran vinculación; que el padre de Cora, de espíritu emprendedor, visionario, casi aventurero, se dejó llevar por la vorágine de los negocios precursora del noventa; que el "crack" lo arrastró a la quiebra, que hubieran calificado de fraudulenta, por la temeridad de sus operaciones, si el padre de Nélida no le abre incondicionalmente su bolsillo y lo salva?

ZULEMA.—No lo sabía.

ALICIA.—¿No sabes que muertos los padres de Cora, fué ésta recogida, criada y educada en casa de Nélida?

ZULEMA.—Tampoco lo sabía.

ALICIA.—¿Te explicas ahora, que Cora renunciara por gratitud a los festejos de Luis María, sabiendo que Nélida estaba enamorada de él?

ESCENA III

DICHOS, NÉLIDA *y* CORA, *luego,* BLANCA *y* EDITH

NÉLIDA.—(*por izquierda, con Cora*). Pasa. Estamos con Alicia y Zulema.

CORA.—(*besando muy cariñosa a Alicia*). ¡Alicia! ¡No sospechas el deseo que tenía de verte!

NÉLIDA.—¿Se conocen con Zulema?

CORA.—(*dándole la mano*). ¿Cómo está, señora? ¿Y sus nenes?

ZULEMA.—Muy bien; los dejé descansando. ¿Y sus tíos?

CORA.—"Tirando", los pobres. Tía, bastante mal del corazón; tuvimos por ella que venirnos de Córdoba. Y tío... está tan viejo.

NÉLIDA.—Nos hemos venido aquí, huyendo de la gente menuda, para hacer nuestra partida de "pocker". Si tú quieres acompañarnos...

CORA.—Yo no, gracias. ¿Y tus padres?

NÉLIDA.—Papá debe estar con gente en su despacho. Y mamá en el salón con algunas señoras, haciendo tertulia a los chicos.

CORA.—¿Están de fiesta?

NÉLIDA.—No. Cosas de Mecha, que para verse más a menudo con su novio reune casi todas las noches unas cuantas amiguitas y chicos, y... se divierten entre ellos. (*Entran Blanca y Edith por primera izquierda*).

ZULEMA.—Aquí está Blanca.

BLANCA.—(*saludando a Nélida*). No dirás que no cumplo. (*Dando una palmadita en la mejilla a Zulema*). ¡Sanguinaria!

ZULEMA.—¡Miren quien habla!

BLANCA.—(*dando la mano a Cora*). Con usted nos vimos esta tarde.

CORA.—Es cierto. (*Besando a Edith*). ¿Cómo te va, Edith?

EDITH.—Bien, ¿y a usted?

CORA.—¿Qué estirón ha dado esta chica en un año y medio que no la veo!

BLANCA.—Ya es un compromiso salir con ella, porque la gente recuerda que estábamos en estado de merecer cuando ella todavía gateaba.

NÉLIDA.—(*a Edith*). Ven conmigo hasta el salón. Voy a hacer que te presenten a los chicos, así te diviertes.

EDITH.—No se incomode, Nélida. Los conozco a todos.

NÉLIDA.—Por lo menos, voy a acompañarte. (*Vānse Nélida y Edith por derecha*).

ESCENA IV

DICHOS, *menos* NÉLIDA *y* EDITH

ZULEMA.—Opino que vayamos al balcón; está a media luz y pasaremos fácilmente desapercibidas, hasta hacer nuestra partida.

BLANCA.—(*incorporándose para salir*). Me parece bien.

ALICIA.—Iremos en seguida. (*Vanse Zulema y Blanca hacia el balcón*).

ESCENA V

CORA *y* ALICIA

CORA.—¡Cómo me alegra encontrarte, Alicia! Tuve la intención de pedirte que vinieras y no me animé.

ALICIA.—No debo agradecértelo.

CORA.—Me parecía que era complicarte en una falta mía.

ALICIA.—¿Por venir aquí?

CORA.—Sí... O tal vez, que tú, más sensata que yo, me aconsejarías que no viniera. Y te tuve miedo, porque yo quería venir.

ALICIA.—Mediando aquella intriga, siempre te hubiera

aconsejado que vinieras, convencida de que tu presencia aquí es el mejor desmentido.

Cora.—(*ansiosa*). ¿Está él?

Alicia.—No, pero vendrá a buscar a Nélida.

Cora.—¡Vaya! Respiro. Estaba atosigada. ¡Temía encontrarlo de pronto!

Alicia.—Estás nerviosa.

Cora.—Al entrar temblé de pies a cabeza, turbada como colegiala descubierta en la lectura de la primer carta de amor. Me pareció que desde el portero al primer visitante, todos descubrirían mi secreto, que tú eres la única que conoce; que todos leerían en mi corazón mi amor por Luis María; este amor alimentado nada más que con mis lágrimas y que hoy debo ocultar como un delito; este amor que nunca tuvo más expresión que las medias palabras; que se incubó en el silencio, "El tesoro de los humildes". (*Larga pausa*).

Alicia.—¿Cuándo se encontraron con Nélida?

Cora.—Ayer, en la rambla. Fué muy cordial nuestra entrevista. Me invitó a su casa. Yo no acepté pretextando la salud de mis tíos. Le pedí más bien vernos aquí, con el objeto de saludar a sus padres. A su casa no puedo ir... no tengo valor para ir. Ella es persona de buen gusto y me la imagino arreglada como un nidito de amor. Verlo, llegar hasta él como ave de paso, detenida al cruzar, furtivamente, y tener que ahogar el grito de mi corazón contra el despojo que me impuso la gratitud. ¡No! ¡No quiero verlo! ¡Prefiero no verlo!

Alicia.—¿No temes el encuentro con Luis María?

Cora.—Sí, lo temo. Pero tal vez sea benéfico. Tal vez su presencia humanice mi pasión exacerbada por esta maldita "loca de la casa", y contribuya a olvidarlo. He seguido a la distancia todos sus éxitos

en el Congreso; conozco todos sus proyectos; me sé casi de memoria todos sus discursos; he vivido toda su vida. (*Larga pausa*).

ALICIA.—Me han dicho que el amigo Eloy, en la rambla, te dedicó toda la mañana.

CORA.—Eloy siempre se ha mostrado muy atento conmigo. Ayer a la tarde, lo encontramos con tía, y nos acompañó hasta "la loma". Salía del Casino de perder una enormidad.

ALICIA.—¿No crees que ese hombre guste de ti y llegue a interesarte?

CORA.—Que guste de mí no sé, porque como es tan bromista, ignoro hasta qué punto son en serio sus galanterías. Pero que llegue a interesarme, puedo asegurarte que jamás.

ALICIA.—No trates de antemano de poner un dique así, a esa posibilidad.

CORA.—Es superior a mí esta convicción y sé que jamás ocurrirá; ni aun como solución extrema, de esas que se toman a modo de suicidio. Para él, el matrimonio, sería un lance más en su vida de jugador. ¡Imagínate, aparte de no gustarme, si estaré dispuesta a servirle de ficha!

ESCENA VI

DICHOS *y* SEÑOR FERNÁNDEZ, *luego* NÉLIDA

FERNÁNDEZ.—(*por izquierda segundo término, muy afectuoso*). ¿Qué es esto, Corita? (*La abraza*). ¿Te nos habías perdido por completo?

CORA.—Bien sabe, señor Fernández, todo lo que los estimo.

FERNÁNDEZ.—No lo dudo.

CORA.—(*simulando*). Pero... mi salud, primero, que me

obligó a ausentarme de casa de ustedes... Luego, la salud de tía...

FERNÁNDEZ.—¿Qué tal sigue la señora?

CORA.—Mal. Aunque sale y no aparenta su gravedad, la pobre tiene los días contados.

FERNÁNDEZ.—¡Caramba!... Pues aquí, hijita, siempre te hemos tenido presente.

CORA.—¡Han sido siempre tan buenos conmigo! He seguido con muchísimo interés su actuación en el Senado como jefe del "Partido Agropecuario".

FERNÁNDEZ.—He luchado mucho... Por fin la gente se va convenciendo de que en un país cuya grandeza está basada esencialmente en la agricultura y la ganadería, el partido político necesario es el nuestro, que vela con preferencia por esas dos grandes fuentes de riqueza. (*Entra Nélida*). Pero el que ha tenido una brillante actuación en la Cámara, es el marido de ésta. (*Por Nélida*). Lo ha jaqueado en grande al ministro de agricultura; como que no sería aventurado afirmar que es el candidato indicado para reemplazarlo, si se produce la crisis.

CORA.—(*a Nélida*). ¿Estarás satisfecha?

NÉLIDA.—¡Cómo no!

FERNÁNDEZ.—¿Y qué, no hacen ustedes la partidita?

ALICIA.—Esperamos a Sara.

NÉLIDA.—Cora no juega al "pocker".

FERNÁNDEZ.—¿Cómo es eso?

CORA.—Es un juego demasiado nervioso. Más bien jugaría un "bridge" baratito.

FERNÁNDEZ.—Mi manía es el ajedrez, ya lo sabes. No juego a otra cosa. Después de comer, unas partiditas me ayudan la digestión. Y hoy no estoy del todo bien, jugaría; desgraciadamente mi único candidato es Arturito y jamás lo pesco, me huye como al demonio. (*Entran apresuradamente Mecha y Edith, por derecha*).

ESCENA VII

DICHOS, MECHA *y* EDITH

MECHA.—¡Ah, Cora!

CORA.—(*besándola*). Ya he sabido que estás de novia.

MECHA.—Cuando pase al salón, le presentaré mi novio. Ahora voy a mandar traer el violín de Edith para hacer una orquesta entre nosotras. Yo la acompañaré en el violoncelo y Menena en el piano.

CORA.—¿Números de concierto?

MECHA.—No, de baile. Además Isabel recitará en francés y cuando venga Arturito le haremos decir unos monólogos, que él sabe, muy graciosos. ¡Todo un programa! ¿Vamos, Edith? (*Vanse ambas por segunda izquierda*).

FERNÁNDEZ.—Iré al salón para gozar todas esas maravillas que nos prepara Mecha. (*Vase por derecha*).

ESCENA VIII

CORA, NÉLIDA, ALICIA *y* ZULEMA

ZULEMA.—(*desde la puerta de comunicación con el salón del fondo*). ¿Y, qué hacemos, Nélida?

NÉLIDA.—Esperemos un momento más. Aun es temprano. Si quieren podemos empezar de cuatro; pero Blanca dice que sin el seis se hace muy fuerte la partida, y con el seis a mí me resulta un opio.

ZULEMA.—¿No se anima, señorita Cora, a hacernos número?

CORA.—No, señora. Yo no juego.

ALICIA.—(*a Zulema*). Te haré compañía, así se te calman los nervios. (*Vanse Zulema y Alicia al balcón*).

ESCENA IX

NÉLIDA *y* CORA, *luego,* MECHA *y* EDITH

NÉLIDA.—Es extraño que conociendo el "pocker" no te guste.

CORA.—Le temo al vértigo. El azar es veleidoso, y su adversidad enceguece.

NÉLIDA.—Yo juego por entretenerme.

CORA.—Pero acabas de aprender, y ya no quieres jugar con cajas chicas, y con el seis te resulta un opio la partida. Así se va graduando inconscientemente la emoción y no se sabe adónde lleva. Y si en los hombres es funesto, ¡cuánto no lo será en nosotras que nos domina más fácilmente la pasión!

NÉLIDA.—No empieces, por favor, como Luis María, que me sermonea a cada rato.

CORA.—Es un simple comentario.

NÉLIDA.—¡Sin embargo, ayer me decías que todo es azar!

CORA.—Sí; pero una cosa es el azar impreciso que se concreta en cada distinto objeto y circunstancia de la vida, y otra el que se refiere constantemente a una carta. Aquél no obsesiona, por su propia variedad, y tiene el atenuante de nuestra inconsciencia. ¡Cuántos jugamos sin darnos cuenta siquiera de que jugamos; y a qué pocos obstina la adversidad de la vida! En cambio, si en un momento dado tuviéramos la certeza o la fe de un jugador, de que en una persona, en una cosa o en determinada situación está nuestra felicidad, correríamos detrás de ella, sacrificándolo todo, con la misma obstinación que un jugador detrás de una carta.

NÉLIDA.—¡Este escepticismo no era común en tí!

CORA.—Habré cambiado de opinión. Consulté mi corazón antes que mis ambiciones, cuando todavía ignoraba estas cosas y ni siquiera me queda el consuelo de creer que me sacrifiqué cuando creí sacri-

ficarme, debo limitarme a pensar que no tuve suerte. (*Entran Mecha y Edith por segunda izquierda*).

MECHA.—Ya van a traer el violín. ¡Verán qué programa más interesante! (*Saliendo por derecha*). ¡Modestia aparte, por cierto!

NÉLIDA.—No sé qué responder. ¡Te expresas en una forma tan enigmática!... Y siento que nuestra amistad casi fraternal no te inspire la suficiente confianza para franquearte conmigo; porque tu reserva, precedida de tales lamentaciones, me lleva hasta pensar que hayas pretendido aludir a mí como causante de ese sacrificio que ignoro.

CORA.—Si lo ignoras, ¿cómo puedes pensar que aluda a tí?

ESCENA X

DICHOS *y* ARTURITO, *luego* CRIADO

ARTURITO.—(*por primera izquierda*). ¿Quiénes están, muchachas?

NÉLIDA.—Papá, buscándote para jugar al ajedrez.

ARTURITO.—(*medio mutis, cómico*). ¡No asustes por favor!

NÉLIDA.—Dice que no se siente del todo bien.

ARTURITO.—Yo no sé de dónde ha sacado que ayuda la digestión una cosa tan indigesta. ¿Cómo está, Cora? Con el susto no la saludé.

CORA.—¿También tú estás de novio?

ARTURITO.—¿De novio? ¡Dios me libre! ¡Me dejo amar! Y qué bien lo ha hecho Mecha, invita a todas las chicas y de Clarita ni se acuerda.

NÉLIDA.—Nunca ha necesitado invitación especial para venir y sobre todo no tratándose de una fiesta.

ARTURITO.—Debió avisarle por lo menos. ¡Pero, déjenla no más! Ya me va a pedir que la acompañe al bió-

grafo para hacerle ojitos al novio. En adelante "pa" de acompañamiento.

NÉLIDA.—Vas a perder tu intermediaria con papá. No te conviene.

ARTURITO.—¡Gran cosa! Ya no da "sport". Un "batacazo" allá, de cuando en cuando.

NÉLIDA.—¿Estuviste en el Club?

ARTURITO.—Sí.

NÉLIDA.—¿Qué hace Luis María?

ARTURITO.—Charlando en un grupo de políticos. Me dijo que ya viene.

NÉLIDA.—¿Estaba Roberto?

ARTURITO.—Sí.

NÉLIDA.—Entonces tenemos partida. (*Llama por el timbre*).

ARTURITO.—(*dando la broma a Cora*). El que también estaba y va a venir, es Eloy.

CORA.—No nos interesa mayormente la noticia.

CRIADO.—¿Llamaba la señora?

NÉLIDA.—Hable por teléfono al Club. Que le avisen al señor Roberto, que en casa del señor Fernández lo esperan, para hacer la partida. No diga de parte de quién habla.

CRIADO.—Bien, señora. (*Vase por segunda izquierda*).

ARTURITO.—Ese sí que es un rico tipo. Yo no he visto persona con más suerte. Da una vuelta por las mesas, corona un número, se le da, convierte y no juega más. Desde el principio de la temporada no ha perdido un solo día.

NÉLIDA.—¿Y Eloy? ¿Gana?

ARTURITO.—Estaba con un alto así de fichas: debe ganar; pero de aquí a diez minutos lo dejan "pato" y sale echando diablos contra el juego y haciendo chistes.

NÉLIDA.—Es de los que predican la moral, cuando pierden.

CRIADO.—(*segunda izquierda*). Contestó que viene en seguida.

NÉLIDA.—Prepare entonces la mesa, como siempre: dé luz al saloncito y avise a las señoras que están en la terraza. (*El Criado se aproxima a las señoras que están en el balcón, habla con ellas; abre después la llave eléctrica, encendiendo el saloncito del fondo; corre hacia el centro de dicho saloncito la mesa de juego, que rodea de sillas, saca de un mueble una caja de fichas y dispone éstas frente a cada asiento; desgarra la cubierta de dos juegos de naipes, etc.*).

CORA.—Me dicen que recitas.

ARTURITO.—Yo recito, canto, bailo: soy una monada. (*Cómicamente*). ¡Muchachas! ¡El sordo, don Máximo! ¡Qué lata!

NÉLIDA.—¡Arturo!

ESCENA XI

DICHOS *y* DON MÁXIMO, *luego* SEÑOR FERNÁNDEZ

MÁXIMO.—Vengo en busca de mi nieta y de paso a escuchar un poco de música.

ARTURITO.—(*cómico, haciendo pantalla con la mano y hablando muy alto*). ¡Se va a divertir!

MÁXIMO.—No lo dudo. ¿Y a tí cómo te va?

ARTURITO.—A mí me va muy bien.

MÁXIMO.—No levantes tanto la voz. No es necesario.

ARTURITO.—Las muchachas se estaban acordando de usted, creo que para contarle algo.

MÁXIMO.—(*volviéndose a ellas jubiloso*). ¿Ah, sí?

ARTURITO.—Ustedes perdonen; pero, yo se lo largo. (*Medio mutis cómico por derecha. Entra Fernández por la misma*). ¡Papá!

FERNÁNDEZ.—¿Y ese ajedrez, amiguito?

ARTURITO.—Don Máximo, acaba de preguntar por tí con muchísima insistencia.

FERNÁNDEZ.—Ya veo. (*Mutis cómica de Arturito por derecha*).

NÉLIDA.—(*a don Máximo*). Ocurrencias de Arturito. Deseábamos saludarlo, simplemente.

MÁXIMO.—¿Y qué dice esa política?

NÉLIDA.—No sé nada, don Máximo. Esas cosas con mi marido, que hace política por él y por diez posibles generaciones.

MÁXIMO.—(*con malicia*). Aunque el número me parece excesivo, te felicito. ¡Ese sería el complemento de la felicidad de ustedes!

NÉLIDA.—(*aparte*). ¿Qué habrá entendido este señor? (*Alto*). He dicho posibles generaciones.

MÁXIMO.—Sí, comprendido. Y yo hago exprofeso el equívoco por darte una broma. Pero como la décima presupone la primera... tus palabras bien pudieran ser un presentimiento y te felicito. No concibo la dicha completa de un matrimonio, sin hijos; porque, identificando el amor de una manera tan concreta, son como el punto común de referencia afectiva. Podrán sus padres ser de distintos y hasta opuestos caracteres; pero en el hijo los dos se reconocen, los dos se encuentran, los dos se confunden; porque es la única cosa de la vida que perteneciendo a dos, no admite los distingos "tuyo" y "mío" que traen revuelto al mundo.

FERNÁNDEZ.—¡Muy bien, don Máximo! Pero observo que gusta especialmente del auditorio femenino, y lo invito al salón donde se va a encontrar a sus anchas. Aquello es un jardín.

MÁXIMO.—Vamos allá. (*Saliendo lentamente*). Los hombres son muy escépticos en estos tiempos; no da gusto conversar con ellos. En cambio, sentirse entre damas, alentado por su optimismo, confortado por el fondo ingenuo de sus comentarios, regocijado a veces por alguna intriga de amor cazada al vuelo... (*Vanse Don Máximo y Señor Fernández por derecha. Entran Roberto y Eloy por izquierda*).

ESCENA XII

CORA, NÉLIDA, ZULEMA, BLANCA, ALICIA, ROBERTO *y* ELOY

ROBERTO.—Luis María viene en seguida.

NÉLIDA.—Cómo se ha hecho usted desear, Roberto.

ROBERTO.—Y si usted no me llama, no vengo. Estaba fatigadísimo.

ELOY.—Estos millonarios son así. Basta que uno los solicite para que se hagan los interesantes.

NÉLIDA.—¿Y a usted, cómo lo han tratado? Sé que estaba ganando.

ELOY.—Me han dejado con un peso para el coche.

ROBERTO.—Por eso viene en tren de chistes.

ZULEMA.—(*desde la mampara*). Me parece que es hora de empezar.

NÉLIDA.—Sí, vayan sentándose. Pase, Roberto. (*Zulema, Blanca y Alicia toman asiento en la mesa de juego*).

ROBERTO.—(*encaminándose hacia la mesa*). Advierto que me voy a retirar temprano.

NÉLIDA.—¡Jesús, con el hombre! No se ha sentado y ya está pensando en marcharse. (*Entra Luis María por izquierda*).

ESCENA XIII

DICHOS, LUIS MARÍA *y* CRIADO

LUIS MARÍA.—(*sin poder contener su turbación*). ¿Usted, Cora?

CORA.—(*reprimiendo su emoción*). ¿Le parece extraño?

LUIS MARÍA.—Extraño, no. Sabía que usted había llegado a Mar del Plata. Pero lo que menos pensaba era encontrarla esta noche.

ROBERTO.—(*a Nélida que se ha detenido alarmada, a la*

expectativa de esta escena). Ahora es usted, señora, la que se detiene. (*Vase*).

Nélida.—(*titubeando*). Voy. Sí, voy.

Cora.—(*comprendiendo la situación de Nélida*). ¿Permiten ustedes que los mire jugar?

Nélida.—(*alegre*). ¡Cómo no! Ven. Siéntate detrás de mí. Me darás suerte.

Eloy.—¡No, no, no! ¡Es lo único que faltaba, que nos lleve a Cora!

Blanca.—La estamos esperando, Nélida.

Eloy.—Empiecen en buena hora, pero a Cora no se la llevan. (*A Cora*). Venga, tenemos que tratar de cosas muy importantes.

Cora.—(*a Nélida*). Iré en seguida. (*Vase Nélida con Roberto, toman asiento en la mesa y empiezan a jugar al "pocker"*). ¿Qué cosas importantes son esas?

Eloy.—Ante todo, expresarle mi más entusiasta admiración.

Cora.—¿Recién se le ocurre a usted, después de tanto tiempo que me conoce?

Eloy.—Se ha dicho, y con razón que el sol sólo cuando se eclipsa tiene admiradores. Como usted se eclipsó...

Cora.—¡Vamos, Eloy! No estamos en edad de esas bromitas. ¿Perdió mucho otra vez?

Eloy.—Estaba ganando y, en circunstancias que me retiraba, alguien me hizo notar que se habían dado ocho pares. Se me ocurrió jugarle a nones — yo que siempre sigo la racha — y se volvieron a dar pares, y yo nones, y la ruleta pares. Me empeciné como Sancho en que nones habían de ser, y me dejaron sin medio. ¡Qué cosa horrible es el maldito juego!

Cora.—¡Apareció la moral!

Eloy.—Soy un convencido de que es un crimen jugar.

Luis María.—Todo el que juega termina por arruinarse.

Eloy.—Eso no sería nada, porque una fortuna puede rehacerse.

LUIS MARÍA.—¡Quebrantadas las energías para el trabajo! ¡Perdida la noción del valor del dinero!

ELOY.—Lo funesto es que aun ganando perjudica, porque anula la sensibilidad para las pequeñas emociones. El jugador se transforma en un eterno aburrido. Habituado a la emoción del juego que es intensísima, ya nada lo conmueve. Y eso es una desgracia irreparable.

CORA.—¿A pesar de todo, usted juega?

ELOY.—Por lo mismo. (*En el salón estalla una salva de aplausos*).

LUIS MARÍA.—Parece que los jóvenes se divierten.

CORA.—Debe haber recitado Isabel. (*Continúa un aplauso aislado*). Ese es don Máximo, para no pasar por sordo.

ELOY.—Podrá estar el juego sometido a leyes, como todas las cosas de la vida; pero se realizan tan a largos plazos, que su conciencia se anula por completo. (*En el salón se oye templar un violín*). Pero parece que la cosa es con violín, mejor será que me calle. (*Se produce un comentario animado en la mesa de juego con exclamaciones: "¡Qué suerte!" "¡Yo me lo figuraba!" "¡No debía acusar!". Nélida recoge el pozo de fichas y se aproxima a primer término*). Esa es la "royal". Se ha alborotado mucho el avispero.

NÉLIDA.—(*jubilosa*). ¡Acabo de hacer la "royal".

ELOY.—Ya nos dimos cuenta.

NÉLIDA.—¡Vieran qué lance! ¡contra un "full" y un "pocker"! ¡Tenía un "proyecto" de "Coeur" a la dama; pido una carta y ¡zás!: la dama de "Coeur"!

ELOY.—Quién sabe cuántos dolores de cabeza le va a dar esa dama de "Coeur"!

NÉLIDA.—¿Por qué?

ELOY.—No juegue, Nélida. No se amargue la vida inútilmente.

NÉLIDA.—¡Esto sí que es el diablo metido a predicador!

ELOY.—Más razón para que me escuche,

NÉLIDA.—No haga el ridículo con esos tonos solemnes que adopta cuando lo arruinan.

ELOY.—Cuando gano no predico porque los duelos con pan son menos.

NÉLIDA.—¡Qué bueno para juntarlo con don Máximo!

LUIS MARÍA.—Debías escucharlo, sin embargo. Te habla en nombre de una dolorosa experiencia, que le da sobrados títulos.

NÉLIDA.—Eso es. Rétame tú también. ¡Yo que vengo lo más contenta! Si sé no les cuento nada.

BLANCA.—(*desde la mesa, dando unas palmadas*). ¡Nélida, la estamos esperando!

NÉLIDA.—¡Soy con ustedes!

LUIS MARÍA.—Y vayan pensando en terminar temprano. No estoy para esperar hasta las mil y quinientas.

NÉLIDA.—(*conteniendo su fastidio*). ¿Vamos a empezar?

LUIS MARÍA.—Debíamos haber concluído.

BLANCA.—(*desde la mesa con el mazo de naipes en la mano*). ¿Le damos cartas, Nélida?

NÉLIDA.—Sí. (*Medio mutis*).

ELOY.—¿Apuradas por desplumarse?

NÉLIDA.—¡Ridículo! (*Vase a la mesa de juego. En el salón estallan de nuevo risas y aplausos*).

CORA.—¡Un monólogo de Arturito!

ELOY.—¡Felices de ellos, que siquiera ríen! (*Aludiendo a la mesa de juego*). ¡Miren ustedes esto, en cambio! ¡Cuánta inútil angustia! (*En el salón se oye un two-steep ejecutado "in crescendo" por violín, violoncelo y piano. Nélida sin levantarse de su asiento llama por el timbre de mano. Entra el Criado; le da una orden y éste se encamina para cerrar la puerta de primer término derecha que comunica con el salón*).

LUIS MARÍA.—(*al Criado*). ¿Qué va usted a hacer?

CRIADO.—Cerrar la puerta, señor. A las señoras les incomoda el ruido.

LUIS MARÍA.—¡Es una enormidad! ¡Esa gente puede resentirse!

ELOY.—No les importa de nosotros. Cierre. Cierre. Esa alegría está de más aquí. (*El Criado cierra la puerta. Los ecos del salón continúan apagados*).

LUIS MARÍA.—(*con profunda intención*). ¡Los errores se pagan, Eloy!

ELOY.—¡Ya lo creo que se pagan! ¡Perdí cinco mil pesos por jugar a nones!

LUIS MARÍA.—¿No es verdad, Cora, que se pagan?

CORA.—(*visiblemente nerviosa, excusándose*). Me van a excusar que los deje. Voy al salón. Entretenida aquí, aun no he saludado a la señora; es una falta imperdonable.

LUIS MARÍA.—¿Se rehusa a opinar?

CORA.—Para mí no hay errores en la vida, sino más o menos suerte. Podremos tal vez influir en la derrota o en el éxito, pero jugamos constantemente una partida tan librada al azar como aquélla (*por la mesa de pocker*): con suerte cualquiera gana, y sin suerte todos pierden.

LUIS MARÍA.—Una mujer de corazón puede cambiar el curso de nuestra vida.

CORA.—(*aludiendo al lance recientemente comentado*). ¡Cómo una dama de "coeur", resuelve un lance de "pocker"!; pero las contingencias del azar no están ni en la mujer ni en la dama, sino en quien baraja las cartas.

ELOY.—La atmósfera se ha saturado de filosofía. ¡Me voy a respirar la brisa fresca del mar! Cora, confío en que el que baraja estas cartas hará de modo que algún día se encuentren juntos, en un mismo lance, (*aludiendo a ella*) esta dama de "coeur", (*aludiendo a sí mismo*) con este modestísimo "valet".

CORA.—Aunque me parezca un absurdo... Todo cabe en lo posible.

ELOY.—Eso puede significar una esperanza. Me voy meditando la frase. (*Vase por izquierda*). Adiós, Luis María. (*Vase*).

LUIS MARÍA.—Si llegara a convencerme de su teoría, me libraría de un penoso arrepentimiento.

CORA.—Es de desear que se convenza. (*Hace por irse*).

LUIS MARÍA.—(*ansioso*). ¿Se va, Cora?

CORA.—(*severamente*). Sí. (*Se encamina lentamente para salir por derecha, Luis María la sigue ansioso con la mirada, luego vuelve su rostro hacia la mesa de juego y con gesto de decepción se echa de codos sobre la mesita. Cora abre la puerta de derecha, penetrando de nuevo al salón los ecos intensificados del two-steep, cantado esta vez por Arturito. Cora, desde la puerta vuelve sus ojos a Luis María y con expresión de intensa tristeza, siempre contemplándole sin ser vista por él, hace mutis de espalda, lentamente. Cerrada la puerta los ecos de la música se apagan de nuevo*).

NÉLIDA.—(*llama por el timbre y al aproximarse el Criado, nerviosa, con visible mal humor*). ¡Fichas!

TELON

ACTO SEGUNDO

(Terraza del "Ocean Club". En el centro un gran arco a través del cual se ven la balaustrada de la rambla y el mar. En primer término, a derecha e izquierda, mesitas de confitería, rodeadas de sillas de mimbre).

ESCENA I

ALICIA, BLANCA, ZULEMA *y* ROBERTO

BLANCA.—(*aparte, con Alicia, en primer término izquierda*). ¿Por qué no fuiste anoche a lo de Nélida?

ALICIA.—Estuve en lo de Cora.

BLANCA.—¿Qué le pasa a esa muchacha, que no se la vé en ninguna parte?

ALICIA.—Vive consagrada a cuidar a sus tíos. Desde que la encontramos en lo de Fernández la semana pasada, no ha salido de su casa. Yo la visito casi todos los días.

BLANCA.—Es una mujer interesante. Le tengo simpatía, a pesar de lo que dijeron de ella.

ALICIA.—Si la trataras más llegarías a quererla.

BLANCA.—Es posible.

ALICIA.—Y comprenderías lo absurdo de esa calumnia.

BLANCA.—Nunca le dí mayor crédito. ¿No critican ahora a Nélida con Roberto?

ALICIA.—Nélida acepta demasiadas atenciones de Roberto y da motivo así, siendo casada, a que la gente piense mal. Pero Cora...

BLANCA.—Mañana la criticarán a Zulema, porque con-

versa con él en ausencia de su marido. Y pasado nos criticarán a todas porque jugamos.

ALICIA.—Ya nos critican. No te quepa la menor duda.

BLANCA.—¡Buena tarea tienen!

ROBERTO.—(*aparte con Zulema, en primera derecha*). No crea. Tengo suerte, pero no tengo garra de jugador. Otro en mi situación ganaría mucho más.

ZULEMA.—No se explica.

ROBERTO.—Es que, en el fondo, tal vez porque siempre gano, el juego no me gusta: ya ve usted que no tengo pasión por él. Prefiero mil veces un lance de amor.

ZULEMA.—(*irónica*). ¡Vaya!

ROBERTO.—Cruzar una mirada expresiva con una mujer hermosa, me conmueve mucho más que acertar un número coronado.

ZULEMA.—He notado en usted mucho de sensitiva; debe conmoverse con facilidad.

ROBERTO.—No; es que en un caso obra la suerte, y en el otro soy yo el que triunfa.

ZULEMA.—¿Le parece poca suerte obtener una mirada expresiva de una mujer hermosa?

ROBERTO.—Tal vez tenga usted razón. Y como estoy en buena racha, su reflexión me hace concebir muchas ilusiones.

ZULEMA.—Aproximémonos a las muchachas para que no se le quiebre la racha. (*Se aproximan a Blanca y Alicia*).

ROBERTO.—(*a Blanca*). Me dice la señora que anoche tuvieron una partida formidable.

BLANCA.—¡Cállese, por Dios, que pueden oirlo! Como faltaron usted y Alicia, que son los elementos conservadores...

ROBERTO.—Diga tranquilamente, "amarretes".

BLANCA.—... Y estuvo, en cambio, Eloy, aquello fué una partida de locos. Y lo peor es que ya se ha sentado el precedente: ¡diferencias de dos y tres mil pesos!

ALICIA.—Siendo así, ya no juego.
ROBERTO.—Cuando se sepa, les van a sacar las tiras.
ZULEMA.—¡Si usted sale a contarlo!
ROBERTO.—Yo no, pero lo sabrán.
ZULEMA.—A mí no me preocupa. ¿Y qué quieren que les diga? Si no criticaran las que no juegan, ni se dedicaran al "flirt", lo pasarían opiadísimas. ¿Qué se va a hacer en un balneario donde no hay otra cosa?
ROBERTO.—Es razonable.
ZULEMA.—Yo no me dedico al "flirt" porque me parece una pavada; pero juego y critico en grande, sobre todo la gazmoñería. No me digan que para ser honesta, sea necesario a cada broma estarse ruborizando detrás del abanico. En eso soy radical, y si fuera hombre, la táctica me daría un resultado excelente. Aplicaría mi chistecito con el consiguiente grano de pimienta y, donde viera remilgo, "aquí estoy yo".
ROBERTO.—Voy a aprovechar el consejo.
ZULEMA.—Aprovéchelo y me cuenta el resultado. Ya sabe que no critico a los amigos.
ROBERTO.—¿De modo que usted cree que es como un "tic"?
ZULEMA.—Y que no falla, como la tosecita del señor Elías. El pobre es tan nervioso que cuando hace un "bluff" se le anuda la garganta. (*Hace una pequeña carraspera*). No hay más que esperarlo. Manda. (*Repite la carraspera*). Veo. (*Ríen*). "Usted me acusa todos los "bluff".

ESCENA II

DICHOS *y* ELOY

ELOY.—(*oyendo las últimas palabras*). ¿Todavía no están cansadas de juego?
BLANCA.—¿De dónde sale, con esa cara de muerto?

ELOY.—Estoy sin pegar los ojos. Cuando las dejé anoche, fuí al Casino. Me encontré con una partida de "baccarat" que duró hasta esta mañana. Fuí a desquitarme. Perdí cuanto llevaba, y quedé endeudado... Acabo de tocar llamada a unos deudores para ir a pagar.

ZULEMA.—Menos mal.

ELOY.—¿No han visto en la pizarra de los diarios, la noticia de la posible renuncia del Ministro de Agricultura y dándolo como candidato a Luis María?

ZULEMA y BLANCA.—No.

ELOY.—¡Claro! ¿qué van a ver si se lo pasan "timbeando"? (*Ríen*).

ZULEMA.—¡Mírenla a Nélida, de ministra!

ALICIA.—Aquí viene.

BLANCA.—No. Es Mecha con Edith y Arturito. Con la pérdida de anoche Nélida estará con los nervios desquiciados y no se levantará ni a almorzar.

ZULEMA.—(*aflautando la voz*). Viene también Lalito.

ELOY.—(*a Blanca*). ¿Es verdad que ese tirifilo festeja a su sobrinita Edith?

BLANCA.—Ni me nombre esa calamidad. (*Entran Edith y Mecha por derecha, seguidas de Arturito y Lalito*).

ESCENA III

DICHOS, MECHA, EDITH, ARTURITO *y* LALITO

LALITO.—(*con voz aflautada siempre*). ¿Usted no se baña, Edith?

EDITH.—(*haciendo ironía*). A veces.

LALITO.—¡Como nunca la he visto!...

EDITH.—Ni me verá, porque me baño en mi casa.

LALITO.—¡Qué prosaísmo, preferir la bañadera al mar!

EDITH.—Si a usted le gusta tanto el mar, ¿por qué no aprovecha? (*Vanse Edith y Mecha riendo por izquierda*).

ARTURITO.—Va bien el "flirt". Te felicito.

LALITO.—Voy a pedirle explicaciones. Ese desaire no se le hace a una persona de mi distinción. (*Vase*).

ARTURITO.—¡A una persona de mi distinción! ¡Qué bien relacionado estoy yo! (*Vase por izquierda*).

ESCENA IV

DICHOS, *menos* MECHA, EDITH, ARTURITO *y* LALITO. *Luego* BARRIOS, NÉLIDA *y* LUIS MARÍA

BLANCA.—¡Qué quiere que festeje ese mariquita!

ZULEMA.—Es de lo más empalagoso. ¡Lo oyeran, ayer! (*Aflautando la voz*). "Qué elegante la falda de gasa que lució en el cotillón. Le hubiera quedado mejor con tres volados en vez de dos". ¿Se dan cuenta? Y lo peor es que una no sabe cómo desprenderse de él, mientras no agota el comentario de todos los trajes y sombreros que ha visto en la temporada.

ELOY.—¡Qué horror! ¡Péguenle con el abanico cuando se les aproxime!

ALICIA.—De buena gana, pero no podemos. Desgraciadamente son muchos los Lalitos, muy unidos y muy perversos; le quitan al diablo para ponerle a la que no los atiende, y no tienen el menor escrúpulo en inventarle cualquier infamia.

ELOY.—La culpa es de los maridos, que no los corren, y de los padres que permiten a sus hijas atenderlos.

BLANCA.—¡Con lo que las perjudican! Porque muchos muchachos serios no se les aproximan por no codearse con ellos.

ROBERTO.—¡Lo oyeran al "Feroz" protestar contra esos caballeritos!

ELOY.—Son una plaga peor que la langosta. (*Pasa por el fondo un sujeto de traje claro, delgado, con orión echado atrás y metido hasta las orejas. Su andar y gestos son de ardilla, pero sin expresión. Al cruzar mira hacia la escena*).

ZULEMA.—Ahí va Carlitos desayunándose con caramelos y persiguiendo chicas. No se resigna a envejecer; festeja a todas las amiguitas de su hija.

ELOY.—Ese viejo se parece al juego del "treinta y cuarenta".

ROBERTO.—¿En qué?

ELOY.—En que no pasa jamás de los cuarenta. (*Ríen. Pasan por el fondo dos señores, uno de ellos grueso, coloradote, bigote largo y barba rubia*).

BLANCA.—Zulema, aquél es el conde de la historia que te conté.

ZULEMA.—No tiene tipo de inspirar pasiones. Se parece a don Guillermo en traje de baño.

BLANCA.—Y va con don Pancho.

ZULEMA.—Irán hablando de candidaturas.

ELOY.—¿Usted es la que no critica a los amigos?

ZULEMA.—Esto no es criticar. ¡Si hubiera oído lo que dijimos de usted cuando lo vimos conversando con Cora esta mañana!

ALICIA.—¿Cora está en la Rambla?

ZULEMA.—Sí.

ELOY.—Por lo menos no habrán dicho que la galanteo por los pesos.

ZULEMA.—Peor que eso. Dijimos que estaba perdiendo lamentablemente el tiempo.

ELOY.—Mejor será que me vaya, porque me va a resultar una antipática. (*Zulema ríe*).

ALICIA.—¿Quieren que vayamos a buscar a Cora?

ZULEMA y BLANCA.—Vamos.

ZULEMA.—No sea malo, Eloy.

ROBERTO.—Yo las acompaño. (*Entran por derecha Nélida y Luis María*).

ZULEMA.—Aquí llega Nélida.

ALICIA.—Después nos juntamos con ella.

ELOY.—(*a los que llegan*). Den vuelta por el otro lado. Aquí no se puede pasar con vida.

LUIS MARÍA.—¿Funciona la tijera?

ELOY.—Esto no es tijera. Es una máquina de hacer picadillo.

ALICIA.—(*a Nélida*). Ya volvemos. Hasta luego. (*Vanse por izquierda todos, menos Eloy que se aproxima a Nélida y Luis María*).

ESCENA V

NÉLIDA, ELOY *y* LUIS MARÍA

ELOY.—¡Buenas horas de llegar! ¡Cuando se ha retirado casi todo el mundo!

NÉLIDA.—(*con visible fatiga*). ¿Y usted? ¡Qué madrugón!

ELOY.—No me he acostado todavía. Apenas he cambiado de traje.

LUIS MARÍA.—(*a Nélida*). Para el caso, tú tampoco; porque con la excitación de ese maldito juego, no has pegado los ojos. ¡Vieras qué cara tienes!

NÉLIDA.—(*fastidiada*). Como no pienso interesar a nadie.

LUIS MARÍA.—Es una enormidad, estarse hasta la una de la mañana. ¡Qué dirá la gente, que las ve retirarse a esa hora!

ELOY.—Zulema es como "fox terrier", cuando se prende no larga.

NÉLIDA.—Ella siempre es la que pide "un ratito más, un ratito más"... ¡Una que va a hacer!

LUIS MARÍA.—Anoche eras tú la que pedías. Las señoras varias veces intentaron retirarse. Y ya te he dicho que vas a obligarme a cometer con ellas una impertinencia; porque estoy resuelto a pedirles que se retiren, si se exceden de las doce.

NÉLIDA.—Pasarás por un grosero.

LUIS MARÍA.—Lo prefiero, a que digan de mí que soy un imbécil.

NÉLIDA.—(*incorporándose en extremo nerviosa, pero reprimiéndose*). Bueno... Luis María... me has dicho cien veces esto mismo.

LUIS MARÍA.—Y te lo repetiré. Y no cuentes conmigo para la jugarreta, porque no pienso darte más dinero. Para tus necesidades y las de la casa, todo lo que dispongo, dentro de mis modestos medios, pero para el juego, nada.

NÉLIDA.—Se diría que te han pedido millones.

LUIS MARÍA.—Millones no, porque no los tengo, pero me has pedido mucho. ¿Cuánto has perdido anoche?

NÉLIDA.—Ya te he dicho que no he perdido nada. Y me voy con las muchachas, porque estamos dando un espectáculo. (*Vase por izquierda*).

LUIS MARÍA.—Aquí nos encontraremos.

ESCENA VI

LUIS MARÍA *y* ELOY

ELOY.—¡No te acalores, Luis María, que el remedio puede ser peor que la enfermedad! Considera que cualquier incidente o rozamiento con la susceptibilidad de las señoras podría ser funesto para tu carrera. ¡Tú no sabes lo que son las señoras enojadas!

LUIS MARÍA.—¿Pero, tengo o no razón?

ELOY.—Eso no se discute.

LUIS MARÍA.—¿No es un crimen el juego que las trastorna? Acabas de ver a Nélida; anda como azogada. Anoche, cuando ustedes se retiraron tuvimos una pelotera, y esta mañana otra.

ELOY.—Yo fuí porque me llamaron. Para mí, no es programa.

LUIS MARÍA.—Ya lo sé.

ELOY.—A mi juicio debes transigir por lo menos mientras estés en Mar del Plata, donde la gente vive ansiosa de intrigas que comentar. Un incidente cualquiera podría serte funesto.

LUIS MARÍA.—¡Un incidente! Se sabría por qué: porque me opongo á que mi mujer juegue.

ELOY.—Nunca tendrás razón. El mal no está ni en tu mujer, ni en las que van a tu casa, ni en las señoras que hoy juegan. Está en nuestra cultura de importación, sin arraigo. Introducimos del extranjero lo malo, lo que impresiona más fácilmente a los sentidos, lo que ofrece placer con menos esfuerzo. "En Europa juegan las señoras". Es verdad. Pero en Europa, ¿qué digo en Europa?, en París, que se considera el foco del vicio, la aristocracia es honesta y, aunque en parte juega y hace cosas peores, toda ella cultiva el arte o lo fomenta, o lo siente; y la más empingorotada dama de la más rancia nobleza, considera un honor abrir sus salones a un artista. ¡Y gracias todavía que nuestra buena sociedad conserva en el fondo el profundo sentido moral tradicional! Que si no...

LUIS MARÍA.—Lo que maravilla oyéndote, es pensar que con tanto juicio, seas también una víctima del juego.

ELOY.—¡Víctima de esa incultura! ¡Si tú supieras las cosas que bullen en mi cerebro! Si hubiera estímulo, sería capaz de crear, yo no sé qué: algo grande, algo que siento dentro de mí. Sería escritor, poeta... Pero, qué... ¡Crear significa un esfuerzo enorme! Y aquí vivimos en una carencia absoluta de ambiente. Por eso juego, porque el juego es emoción; y juego, no como profesional, sino como artista: exponiendo todo mi haber en cada lance. Y si en un momento dado, cuando se agotan mis recursos, pudiera como Fausto comprometer mi alma, mi alma jugaría a cara o cruz; porque la expectativa de perderla debe ser una emoción hermosa. (*Pausa*). ¡Pero no hablemos de mí, que esto ya no tiene remedio!

LUIS MARÍA.—Es sensible, Eloy.

ELOY.—Dime qué hay de cierto en la noticia de la posible renuncia del Ministro de Agricultura.

LUIS MARÍA.—No ha de haber nada. ¡No renunció cuando mi interpelación!

ELOY.—Si ocurriera, tú pareces el candidato indicado.

LUIS MARÍA.—¡Ojalá! Ahora debo entrevistarme con un caballero que ha llegado esta mañana y que es de la intimidad del Presidente. Por él sabré algo más concreto. (*Se aproxima Cora por el foro izquierda*).

ELOY.—Ahí viene Cora.

LUIS MARÍA.—¿Es verdad que la festejas?

ELOY.—Por sport. Juego al festejante. Es el único juego que me divierte de balde; pero ella ni de balde me atiende.

ESCENA VII

DICHOS *y* CORA

CORA.—¿Cómo está, Luis María? ¿Y Nélida?

LUIS MARÍA.—Debe andar con sus amigas: se fué detrás de ellas.

ELOY.—Salieron en su busca, y se han desencontrado.

CORA.—Yo vine porque me dijeron que estaban aquí con Alicia.

ELOY.—Ustedes me van a disculpar, me voy a dormir; ya mis párpados son dos telones que me cuesta un triunfo levantar.

CORA.—¿Ni por haber venido yo, se queda?

ELOY.—Acaban de decirme las señoras que con usted estoy perdiendo el tiempo, y ya estoy cansado de perder. Quisiera dormir cien años y despertar en otro mundo, porque en éste estoy convencido que es inútil: a todo pierdo. Ya no me van quedando más que dos caminos: o casarme, o pegarme un tiro.

CORA.—Lo que no pierde usted es el espíritu.

ELOY.—Porque no se juega, si no, ya estaría completamente idiota. (*Vase por derecha*).

ESCENA VIII

CORA *y* LUIS MARÍA

CORA.—Yo también me voy.

LUIS MARÍA.—¿Por qué no espera a las señoras? Cuando ellas no la encuentren, vendrán a buscarla; si no, se van a estar desencontrando. Siéntese. ¿Quiere que bebamos algo?

CORA.—(*sentándose*). No, gracias.

LUIS MARÍA.—¿Cómo sigue su tía?

CORA.—Tía sigue siempre peor. Su corazón es un reloj cuyo tic tac se va escuchando cada vez más lejos.

LUIS MARÍA.—¡Si así pasara con el corazón de todos!

CORA.—Es cuestión de tiempo. Todo concluye, menos él.

LUIS MARÍA.—No hay duda que sí. Pero con tal lentitud, que no tenemos conciencia del aniquilamiento. Por otra parte, está tan cerca nuestro corazón, que mientras los demás se extinguen para nosotros, el nuestro, por apagados que sean sus latidos, no dejamos de escucharlo. El tiempo nos aleja de nuestros semejantes, pero nos aproxima a nosotros mismos.

CORA.—El tiempo nos aleja de todo, hasta de nosotros mismos. Pero dejemos estas reflexiones que envidiaría Hartmann, el más pesimista de los filósofos, y dígame si debo felicitarlo por la noticia de los diarios.

LUIS MARÍA.—Por ahora no. No pasa de rumores.

CORA.—¿Pero, hay esperanzas?

LUIS MARÍA.—Esperanzas, sí; fe, muy poca.

CORA.—¿Por qué ese escepticismo, estando tan cerca del éxito?

LUIS MARÍA.—Será porque no lo veo claro. Pero hace rato que lucho sin fe a pesar de luchar con éxito.

CORA.—Con razón dice don Máximo que los hombres de nuestra época son demasiado escépticos.

Luis María.—Si don Máximo estuviera en el secreto de mi vida, como está usted, convendría en que tengo razón para serlo.

Cora.—(*incorporándose turbada*). ¡Perdóneme, Luis María! ¡Yo no poseo ningún secreto suyo! Nuestra amistad...

Luis María.—(*deteniéndola*). Evítese la molestia de decirlo. Conozco su altivez, y sé la frase que va a salir de sus labios: "Nuestra amistad no tuvo secretos"... Sí, tiene usted razón. Pero si fuéramos llamados a juicio ante un tribunal que no nos dejara mentir, ni engañarnos a nosotros mismos, tendríamos que revelar muchísimos secretos que nos fiamos sin hablarnos, al acariciar la misma flor, al mirar la misma estrella.

Cora.—¡Luis María, le suplico que no continúe!

Luis María.—Porque se siente tan culpable como yo de no haber sido feliz, y ante este tribunal de nuestra conciencia que no nos deja mentir, tendría que reprocharse haber sacrificado su amor por una mal entendida gratitud.

Cora.—Llama usted amor, a lo que no tuvo más consistencia que un ensueño. Y sus palabras de recriminación, ya que no ha tenido la hidalguía de silenciarlas...

Luis María.—Perdóneme.

Cora.—... ¡Me parecen tan injustas!...

Luis María.—¿Por qué se fué usted?

Cora.—¿Y usted, por qué no me siguió?

Luis María.—En su presencia habría sido suyo, su seducción me atraía irresistiblemente. Al alejarse creó un mundo de obstáculos entre los dos, porque me dejó pensar. Reflexioné que seguirla era tal vez exponer mi candidatura a las pequeñas venganzas del despecho; y que en cambio quedarme podía significar una gran ayuda para mi carrera política. Y me quedé, porque es muy duro luchar solo desde el llano. Desgraciadamente, he llegado tarde a conven-

cerme de que la verdadera ayuda está en la fe, que da el amor. ¿De qué me sirve triunfar por la aplicación mecánica de mis energías, cuando estoy convencido de que todos los triunfos, los más grandes, no compensan haber sacrificado el amor? ¡Por eso lucho sin fe!

CORA.—Aun perdida la fe, confío en que habrá perdurado el caballero que sabrá olvidar en absoluto ese pasado que no le pertenece.

LUIS MARÍA.—¡Olvidarlo, no; no reprochárselo más, sí! Tenía como el remordimiento de un delito este fracaso de mi vida, — tal vez de nuestra vida, — al que contribuímos torpemente, usted con su error, yo con una cobardía.

CORA.—¡El tiempo nos aleja de nuestros semejantes, ha dicho usted! ¡Aléjese de mí!

LUIS MARÍA.—De usted no, porque está en mí y no puedo alejarme de mi mismo. (*Entran por izquierda Edith y Lalito, seguidos de Nélida y Blanca*).

ESCENA IX

DICHOS, NÉLIDA, BLANCA, EDITH *y* LALITO

EDITH.—Lolita es elegante.

LALITO.—¡Qué va a ser elegante! ¡Llevaba el año pasado en Palermo el mismo encaje que le ví la temporada anterior en el Colón!

BLANCA.—¡Edith!

EDITH.—¿Tía?

BLANCA.—(*por lo bajo*). Despídete de ese espantapájaros.

EDITH.—Bueno... Adiós, Lalito.

LALITO.—Yo las acompaño. No son más que dos cuadras.

BLANCA.—Nos vamos en automóvil.

LALITO.—¡Por dos cuadras...!

BLANCA.—Hasta luego. (*Saludos en general. Vanse Blanca y Edith por derecha*).

LALITO.—(*haciendo mutis cómico detrás de ellas*). ¿Va esta noche al biógrafo?

CORA.—(*a Nélida*). Nos hemos desencontrado.

LUIS MARÍA.—Mientras ustedes conversan, voy en busca de don Manuel. (*A Nélida*). Espérame aquí. Vuelvo en seguida. (*Vase por el foro derecha*).

ESCENA X

CORA *y* NÉLIDA

CORA.—¿Qué te sucede? Te noto excitada.

NÉLIDA.—Sí, lo estoy. Anoche no he podido dormir.

CORA.—¿Por qué juegas, Nélida? ¿No consideras que te amargas la vida inútilmente, pudiendo ser tan feliz?

NÉLIDA.—Yo quisiera saber concretamente en qué consiste la felicidad, porque hasta aquí me resulta una palabra sin sentido, con la que contribuyen a amargarme.

CORA.—Para tí debe estar en tu casa.

NÉLIDA.—¡Sí, eso es! ¡Estoy segura que vas a repetirme lo mismo que Luis María! "El hogar", "los encantos de la vida en común de dos personas que se compenetran espiritualmente..."

CORA.—Con ello soñabas, antes de casarte.

NÉLIDA.—Porque una siempre sueña con lo que no tiene. Pero pasada la novelería de los primeros tiempos, el matrimonio me resulta de una monotonía abrumadora. Siempre igual; sin una emoción más fuerte que la otra; ¡siempre lo mismo!

CORA.—Eso te demuestra la influencia perturbadora del juego, que acostumbra el espíritu a las fuertes emociones.

NÉLIDA.—Por lo menos distrae más que la compañía de un hombre aburrido, ¡eternamente apesadumbrado!

CORA.—¿Cómo no ha de estarlo, si tú no lo complaces, y huyes de él en vez de aproximártele?

Nélida.—Qué interés el tuyo porque le complazca.

Cora.—Interés ninguno. Imaginarás que a mí no se me importa.

Nélida.—No sé hasta qué punto. El te cita a cada instante como modelo; tú me indicas que lo complazca... y cada vez que se encuentran los dos, parece que lo pasaran muy entretenidos.

Cora.—¡Nélida! Creía en tu amistad.

Nélida.—Yo empiezo a dudar de la tuya.

Cora.—¡En adelante no será porque te dé ni el pretexto de un saludo!

Nélida.—¡Con tal que observes la misma conducta con Luis María!... (*Entra Zulema apresurada por el fondo izquierda, seguida de Alicia y Roberto*).

ESCENA XI

DICHOS, ZULEMA, ALICIA *y* ROBERTO

Zulema.—¡Muchachas, el conde me festeja! Ahí va . pasar. Mírenlo con disimulo. (*Pasa por el fondo de izquierda a derecha el aludido, mirando con insistencia a Zulema. Esta, Alicia y Roberto, ríen ocultamente*).

Roberto.—Qué no daría usted por ser la señora condesa de Barbarrouge. Supongo que así se llamará, a juzgar por la barbita.

Zulema.—Que lo oiga mi marido, verá.

Cora.—¿Quieres acompañarme a casa, Alicia?

Alicia.—¡Cómo no!

Zulema.—Yo también voy con usted. ¿Y tú, Nélida?

Nélida.—Tengo que esperar a Luis María.

Roberto.—Le haré compañía mientras llega.

Zulema.—Hasta luego, entonces.

Nélida y Alicia.—Hasta luego. (*Vanse Cora, Alicia y Zulema por primera derecha*).

ESCENA XII

NÉLIDA *y* ROBERTO

ROBERTO.—¿Qué le pasa, Nélida?

NÉLIDA.—Estoy con un fastidio que no se lo imagina

ROBERTO.—¿Por qué?

NÉLIDA.—Acabo de disgustarme con Cora; antes reí con Luis María... ¡Qué sé yo! Tengo los nervio de punta.

ROBERTO.—¿Anoche perdió mucho?

NÉLIDA.—Dos mil pesos, casi. Hicimos una partida d locos para liquidar esta tarde. Y estoy desesperad porque no sé qué hacer.

ROBERTO.—¿Por tan poca cosa se aflige?

NÉLIDA.—¡Cómo no voy a afligirme si tengo que pagar ¡Y peleados como estamos con Luis María...!

ROBERTO.—Yo me ofrezco. Aquí no tengo, pero en u instante voy al Club y le traigo.

NÉLIDA.—No faltaba más. No acepto.

ROBERTO.—¿Por?

NÉLIDA.—Porque no. Porque no debe ser.

ROBERTO.—Es una tontería, Nélida. Si algo me sobra e estos momentos es dinero. No ando con él en el bol sillo; pero créame que tengo en el Club una gran cantidad disponible. He ganado mucho.

NÉLIDA.—No importa. No puedo aceptar. Demasiada atenciones ha tenido usted conmigo. Hemos jugado en sociedad varias veces y no ha aceptado que le devuelva mi parte.

ROBERTO.—Usted ponía la suerte. ¿Le parece chico apor te? ¡Sobre todo, se trataba de tan poca cosa!

NÉLIDA.—¡No sé qué suerte! ¡Siempre hemos perdido! Desde que Eloy me vaticinó que perdería cuando hice aquella "royal" con la dama de "coeur" no he ganado una sola vez. ¡Parece maldición! Perdí unas economías que tenía; varias cantidades que

me ha regalado papá; todo lo que me ha dado Luis María... ¡Acabamos de tener con él una pelea por esto mismo!

ROBERTO.—¿No ve? ¿Cómo va a pedirle ahora? Más bien yo la habilito y después que se le pase el fastidio le decimos.

NÉLIDA.—Le agradezco mucho, pero no acepto.

ROBERTO.—Le aseguro que le hago este ofrecimiento con la más santa intención...

NÉLIDA.—No lo dudo.

ROBERTO.—En la inteligencia de que no le presto a usted, sino a Luis María. Y me comprometo a cobrarle a él si antes usted no se desquita y me lo devuelve. (*Tomándole la cartera*). Deme su cartera.

NÉLIDA.—(*intentando recobrarla*). ¡No, Roberto! Yo le agradezco, pero no está bien.

ROBERTO.—(*guardando la cartera*). ¿Por qué no ha de estar bien?

NÉLIDA.—Cuando lo sepa Luis María se va a fastidiar conmigo.

ROBERTO.—Ahora se fastidiaría más si usted le pidiera estando etiqueteados. Yo, después me encargo de cobrarle. Le aseguro que le voy a cobrar. (*Llegan por el fondo Luis María y don Manuel*).

ESCENA XIII

DICHOS, LUIS MARÍA *y* DON MANUEL

MANUEL.—¿Cómo está, señora?

NÉLIDA.—Esperando a Luis María, para retirarnos.

MANUEL.—(*consultando el reloj*). A la verdad que es hora. Ya no va quedando nadie.

LUIS MARÍA.—Tomaremos un aperitivo y nos vamos.

ROBERTO.—Vuelvo en seguida. (*Vase por primera izquierda*).

LUIS MARÍA.—¿No nos acompaña?

MANUEL.—Bueno.

ROBERTO.—Yo voy en un momento hasta el Club.

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* ROBERTO

LUIS MARÍA.—(*Llama por señas al mozo*). Tráiganos... ¿Qué va a tomar usted?

MANUEL.—Yo... un vermouth.

LUIS MARÍA.—¿Y tú?

NÉLIDA.—No tomo nada.

LUIS MARÍA.—Otro para mí. (*Vase el mozo*). Siempre he creído en la política del presidente, y soy un convencido de que la libertad electoral es el mejor resorte para asegurar el orden y el progreso de un país.

MANUEL.—Sin embargo, los conservadores se alarman.

LUIS MARÍA.—Sin razón. Los partidos extremos parecen peligrosos fuera del gobierno, porque la misma impotencia de dominar los hace exaltados, pero en el gobierno se morigeran: la práctica del poder los hace necesariamente más templados.

MANUEL.—Yo así creo.

LUIS MARÍA.—Si así no fuera, Alemania, con la composición de su Reichstag, sería hace rato una bolsa de gatos. (*El mozo trae el vermouth y vase*).

MANUEL.—El de ustedes es un partido más bien conservador.

LUIS MARÍA.—(*sirviendo el vermouth*). Hasta cierto punto no; porque se propone renovar todas las causas que mantienen improductiva la tierra entre nosotros, si bien sus procedimientos son progresivos. Por esto me temo, sin embargo, que el presidente no llegue a ofrecernos ese Ministerio.

MANUEL.—Al partido, seguramente no. Pero que se lo ofrecerá a usted puede estar seguro. Todo depende de que se resuelva en estos días la crisis, que ya se hubiera producido si el gabinete no politiquea apuntalando al actual ministro. (*Incorporándose para

marcharse). De modo que... aunque usted no sabe nada...

LUIS MARÍA.—¡Por cierto!

MANUEL.—Desde ahora lo felicito. Y los dejo. Tengo que acompañar esta tarde a mi hijita al "Golf", y quisiera dormir antes una buena siesta: me siento un poco fatigado. Adiós, señora.

NÉLIDA.—Adiós.

LUIS MARÍA.—Agradezco tan buena noticia y su anticipada felicitación. La cuestión está en que ahora alguna nueva circunstancia no desvíe los acontecimientos.

MANUEL.—Eso no entra ya en mis previsiones.

LUIS MARÍA.—¿Quiere que lo acompañemos?

MANUEL.—No es prudente. (*Vase por primera izquierda*).

ESCENA XV

NÉLIDA *y* LUIS MARÍA

LUIS MARÍA.—(*llamando al mozo*). Bueno, nosotros también nos iremos a almorzar. (*Al llegar el mozo le dá dinero y rehusando el vuelto*). Está bien. (*Vase el mozo con los objetos*). ¡Vamos...!

NÉLIDA.—¿No has quedado en esperar a Roberto?

LUIS MARÍA.—Quién sabe si vendrá.

NÉLIDA.—Aseguró que sí.

LUIS MARÍA.—Yo no quisiera, Nélida, disgustarme nuevamente contigo, y te suplico que no lo tomes a mal...; pero te declaro que no me hacen feliz las atenciones que Roberto tiene contigo.

NÉLIDA.—¿Dudas de mí?

LUIS MARÍA.—No, eso sería inferirme a mí mismo un agravio. No dudo ni remotamente de tí. No te alarmes.

NÉLIDA.—De él, entonces, porque eso es lo único que faltaba.

LUIS MARÍA.—Tampoco de él. Lo considero un excelente amigo. ¡Pero el juego autoriza aproximaciones y confianzas que no me parecen bien, por la gente que mira estas cosas desde afuera, y quién sabe cómo las juzga! No llevamos en la frente el sello de nuestra honradez, escudándonos contra toda intriga; de manera que no basta ser honrados, debemos también parecerlo.

NÉLIDA.—¿Qué tienes que reprocharme?

LUIS MARÍA.—Concretamente, nada; tampoco hubiera tolerado el menor acto reprochable. Pero Roberto me parece que gasta demasiadas atenciones contigo. Y hoy más que nunca debemos evitar todo motivo que dé pie a la maledicencia de la gente, por lo mismo que mi situación nos coloca en evidencia. Y si llego a la posición a que aspiro, no todos tendrán la generosidad de perdonarme el éxito.

NÉLIDA.—Si también te parece mal que juegue con nosotras, no lo invitaremos más.

LUIS MARÍA.—Eso sería hacerle un marcado desaire; tampoco es prudente. No te debes ir al otro extremo.

NÉLIDA.—No sé, entonces, qué quieres.

LUIS MARÍA.—¡Con razón se ha dicho que la ciencia más difícil es saberse colocar en el justo medio!

NÉLIDA.—Si va y juega con nosotras, justo es que acepte y agradezca sus atenciones.

LUIS MARÍA.—No digo que no; pero siempre que a tu buen criterio no le parezcan excesivas, como esa de las sociedades, porque entonces una sola frase amable, rehusándolas, será lo bastante para que no las repita. Con que estés prevenida, es suficiente. Y vámonos ya, que esto está desierto y se nos va a hacer muy tarde. (*Se incorporan para salir por derecha, Roberto desde afuera los chista*). Es Roberto, ¿qué querrá?

NÉLIDA.—(*visiblemente turbada*). ¡Ah, sí... mi cartera!

LUIS MARÍA.—¿Cómo, tu cartera?

NÉLIDA.—Se quedó con ella esta mañana, porque me incomodaba llevarla. Y se ha olvidado de devolvérmela.

LUIS MARÍA.—¿No te digo? Recógela y vamos. (*Se encamina lentamente hacia derecha. Entra Roberto por izquierda*).

ESCENA XVI

DICHOS *y* ROBERTO

ROBERTO.—¡Su cartera, Nélida!

NÉLIDA.—(*corriendo hacia él*). Sí, es verdad.

ROBERTO.—(*entregándosela y por lo bajo*). No se sorprenda si encuentra algo más.

NÉLIDA.—(*intentando devolvérsela*). De ninguna manera.

ROBERTO.—Lo mismo son dos que cuatro.

NÉLIDA.—No, no, no.

LUIS MARÍA.—(*fastidiado*). ¡Vamos, Nélida!

NÉLIDA.—(*reteniendo la cartera, y con abatimiento*). Vamos, sí.

TELON

ACTO TERCERO

(Hall elegante, de pequeñas dimensiones, con puertas de cristales, en primera izquierda y en los ángulos de laterales y foro. Al frente una ventana con vista al mar. En lateral izquierda y foro, un comedorcito. En primer término derecha, mesita y sillas de paja, en izquierda sofá y sillones de lo mismo. Sobre la mesita un teléfono de pie. Cae la tarde; la escena sin luz permite ver el mar a través de la ventana).

ESCENA I

NÉLIDA, *luego la* CRIADA

NÉLIDA.—(*agita nerviosamente la horquilla del teléfono. Hablando por él*). ¡No es posible! ¡Hace un momento hablé con el señor! (*Se oye el timbre de la calle*). ¡Vuelva a llamar! (*Una breve pausa. Entra la Criada. Nélida, sin dejar la cornetilla*). Si fuera la señorita Cora, que pase aquí. (*Al teléfono*). ¡Hola! ¿Eloy? ¿Hablo con Eloy? ¡Por fin consigo que nos comuniquen!

CRIADA.—(*desde el foro*). Es el señor don Máximo.

NÉLIDA.—(*sin dejar el tubo*). Hágalo pasar al despacho.

CRIADA.—El señor y su señor padre, están solos en él...

NÉLIDA.—(*al teléfono*). Un momentito, Eloy.

CRIADA.—Y me han dado orden de no recibir a nadie.

NÉLIDA.—¿Y los demás señores?

CRIADA.—Ya se han retirado.

NÉLIDA.—Bueno, encienda la luz y hágalo pasar aquí. (*La Criada da luz a la araña del hall, iluminán-

dose la escena, cierra la ventana y vase por el foro. Nélida al teléfono). Nada. Visitas inoportunas; y la casa transformada en un comité político. (*Pausa*). No. La estoy esperando. (*Pausa*). Usted que es tan bueno y me reconcilió con ella insista para que venga. La necesito mucho. (*Entra don Máximo por el foro, seguido de la Criada que hace mutis por izquierda*).

ESCENA II

NÉLIDA *y* DON MÁXIMO

MÁXIMO.—¿Agradeciendo felicitaciones?

NÉLIDA.—(*a don Máximo sin dejar el tubo, e indicándole tomar asiento*). Sí... (*Al teléfono*). ¡No, dije que sí, contestando a otra cosa! (*Pausa*). ¿Seguro? Ya debía estar aquí. (*Pausa*). ¡Como siempre se ha negado a venir a mi casa, con mayor razón ahora si me conserva rencor! (*Pausa*). ¿Insistirá? (*Pausa*). Espero, entonces. (*Pausa*). ¿Que usted también va a venir? (*Pausa*). Se lo agradecerá Luis María. Hasta luego. (*Cuelga la cornetilla*).

MÁXIMO.—¿Y tu marido?

NÉLIDA.—Está con papá, en su despacho.

MÁXIMO.—Hoy debe haber sido un día de gran agitación para él.

NÉLIDA.—Voy a hacerlo anunciar en seguida.

MÁXIMO.—No lo importunes por mí.

NÉLIDA.—Aquí viene. (*Entran Luis María y el señor Fernández por izquierda*).

ESCENA III

DICHOS, LUIS MARÍA *y* SEÑOR FERNÁNDEZ

MÁXIMO.—¡Joven Ministro! (*Lo abraza*). ¡Cómo me ha regocijado la noticia!

LUIS MARÍA.—No lo dudo, don Máximo. Es usted un buen amigo.

MÁXIMO.—Tanto como buen amigo, soy muy optimista, y su éxito me entusiasma doblemente porque es la confirmación de mis teorías contra esta nueva generación de escépticos que todo lo espera llovido del cielo. Yo siempre he sostenido que en nuestro país, el que trabaja y vale, tarde o temprano triunfa. ¡No imaginan mis disputas con Eloy!

LUIS MARÍA.—El se queja de falta de ambiente artístico, porque es otra su vocación.

MÁXIMO.—¡Que lo forme; para eso es joven! ¡Que trabaje, luche! Es que entre nosotros hay mucha inteligencia y muy poca voluntad. ¡Todos quisiéramos nacer ministros; escritores consagrados...!

FERNÁNDEZ.—Sería muy cómodo.

MÁXIMO.—¡Pero no nos proporcionaría satisfacción; porque el verdadero placer está en la lucha! ¡Conquistar el triunfo, y no esperar que el triunfo nos salga al encuentro!

FERNÁNDEZ.—Así es, don Máximo. Y siento tener que retirarme porque me encanta escucharlo.

MÁXIMO.—Saldremos juntos. Yo también me voy.

LUIS MARÍA.—No lo invito a comer, porque estoy de viaje a Buenos Aires, y mientras ordeno unos papeles, apenas si tendré tiempo de sentarme a la mesa.

MÁXIMO.—Conmigo siempre está cumplido. Vine solamente a felicitarlo.

LUIS MARÍA.—¡Gracias!

MÁXIMO.—¡Ya comeremos juntos otro día y hablaremos de la difícil tarea del gobierno! Naturalmente, la encargada de alentarlo es ésta. (*Por Nélida*). Pero puede ocurrir que también estime mis visitas. Yo soy muy entusiasta.

LUIS MARÍA.—¡Ya lo creo!

MÁXIMO.—(*a Nélida*). ¡Quién me hubiera dicho, cuando te cargaba en mis rodillas, que llegarías a ser la señora de un ministro! Tenías apenas unos meses cuando te conocí; te cargué ese día, y recuerdo que

por ser la primera vez no lo hiciste tan mal.

NÉLIDA.—¡Don Máximo!

MÁXIMO.—Me comprometo a guardarte el secreto, hijita. Pero no olvides que mi consecuencia te obliga a la más profunda gratitud. (*A Fernández*). Y vámonos, para dejar en libertad a Luis María.

LUIS MARÍA.—Vuelvo dentro de dos días, a llevarme a Nélida.

MÁXIMO.—Nosotros también daremos muy pronto por terminada la temporada; de manera que nuestro encuentro será en Buenos Aires.

LUIS MARÍA.—Hasta la vista, entonces.

MÁXIMO.—Hasta siempre. (*Vanse don Máximo y señor Fernández. Luis María los acompaña hasta la puerta del foro*).

ESCENA IV

NÉLIDA *y* LUIS MARÍA

LUIS MARÍA.—¡Qué buen señor este don Máximo! ¡Tiene adoración por ustedes!

NÉLIDA.—¡También, nos conoce desde antes que naciéramos y nos cuenta a veces unas historietas de la infancia, que nosotros ni remotamente...!

LUIS MARÍA.—De la que acaba de contar me explico que no te acuerdes.

NÉLIDA.—(*cariñosa*). ¡Qué tonto!

LUIS MARÍA.—¿Ves cómo te encuentras mejor lo que hace unos días que no juegas?

NÉLIDA.—(*conteniendo su angustia*). Sí, estoy mejor.

LUIS MARÍA.—Andabas como azogada. Anteayer, cuando volviste de la ruleta, me dió pena mirarte: tenías una expresión tan grande de angustia!... ¡Estabas marchita, verdaderamente avejentada!

NÉLIDA.—Desde que ya no juego, no volvamos a lo que pasó.

LUIS MARÍA.—Sí, tienes razón. Pero no vuelvo en tono de reproche. Sólo te suplico que no te tientes en estos días que yo falte.

NÉLIDA.—¿Cómo piensas que vaya al Club, no estando tú?

LUIS MARÍA.—Claro que no irás, ni saldrás de casa, lo sé; pero le tengo tal temor a la censura, que toda recomendación me parece poco.

NÉLIDA.—La semana de aquella discusión que tuvimos en la Rambla, deshice la partida de "pocker"... De esto hace ya veinte días y no he vuelto a reunirla.

LUIS MARÍA.—Lo que me llama la atención es que ninguna de tus amigas haya venido en ese tiempo a visitarte, ni a saludarte hoy, siquiera.

NÉLIDA.—Zulema estuvo la otra tarde.

LUIS MARÍA.—Precisamente, Zulema, que era la más jugadora, ha venido, y las otras no. Como no es posible que a las otras las trajera el propósito de jugar más que a Zulema, a veces pienso si no habrán tramado contra tí alguna intriga por causa de Roberto, y... es duro decirlo... te hayan hecho el vacío.

NÉLIDA.—Es una crueldad que pienses eso.

LUIS MARÍA.—Sin razón, sí lo sería... Pero como lo he visto a Roberto aproximándosete en la ruleta... darte pálpitos... jugar los dos con las mismas fichas... ¡Y ese maldito "qué dirán" me hace ver visiones!

NÉLIDA.—¿No te tranquiliza el hecho de que ya no juegue?

LUIS MARÍA.—(*imponiéndose tranquilidad*). Sí, me tranquiliza. Sobre todo, hoy que el éxito se ha mostrado tan generoso conmigo, no debemos empañarlo ni con la sombra de un disgusto. (*Confidencial*). ¡Porque ese éxito me aproxima a tí más que nunca! ¡Te siento necesaria! ¡Es tan grande la idea de la res-

ponsabilidad de mi nueva situación, que mientras para los demás mi figura se eleva, yo me siento vacilar: como las torres, que, cuanto más altas, más oscilan! (*Suena el teléfono. Luis María hace por atenderlo*).

NÉLIDA.—(*adelantándose nerviosa*). No te incomodes; yo lo atenderé.

LUIS MARÍA.—¡Hoy han sonado en grande los timbres de la casa!

NÉLIDA.—(*al teléfono*). Sí, sí. ¿Qué ya salió? (*Pausa*). Bueno, gracias. (*Cuelga el tubo*).

LUIS MARÍA.—¿Quién habló? (*Se oye el timbre de la calle*).

NÉLIDA.—(*corriendo hacia el foro y fingiendo*). Unos encargues que hice para la mesa. (*Desde el foro, sintiéndose defraudada en su expectativa*). Es Zulema. (*Hablando hacia afuera*). ¡Adelante!

LUIS MARÍA.—(*haciendo mutis por izquierda*). Aprovecho para cambiarme y arreglar mis papeles. (*Vase*).

NÉLIDA.—(*a la Criada que sale por izquierda*). Prepare la mesa y que apuren la comida. (*Vase la Criada por el foro izquierda, entra Zulema por el foro derecha*).

ESCENA V

NÉLIDA *y* ZULEMA

ZULEMA.—(*besándola*). Vengo del "golf". ¡Encantada! Acabo de hacer un "green" en cuatro golpes.

NÉLIDA.—Pensaba en tí en este momento.

ZULEMA.—¿A propósito...?

NÉLIDA.—De tu injustificada conducta para conmigo, lo mismo que las demás muchachas. Han dejado de visitarme y cuando nos encontramos por casualidad parece que me huyeran.

ZULEMA.—Yo, no.

NÉLIDA.—¿Luego, las demás, sí?

ZULEMA.—No lo sé. Yo solamente que te vea con Roberto no me aproximo, porque no estoy dispuesta a que mi marido tenga un incidente. Me ha hecho varias insinuaciones que deseché en tono de broma, en la creencia de que se llamaría a sosiego. Como insistiera, le dije redondamente que no fuera tonto. Y si no vengo más seguido a visitarte, es por no encontrarme con él.

NÉLIDA.—¿Alicia y Blanca, tampoco vienen por él?

ZULEMA.—Yo te voy a ser franca, Nélida.

NÉLIDA.—(*ansiosa*). Dí.

ZULEMA.—Por él se deshizo la partida. Todas nosotras te indicamos la conveniencia de eliminarlo.

NÉLIDA.—No era posible, porque teniendo confianza, concurriría sin invitación.

ZULEMA.—Pidiéndole que no fuera, con el pretexto de que jugaba muy bien...

NÉLIDA.—¿Cómo, si no tengo recuerdo de que me haya ganado un solo lance?

ZULEMA.—Por eso mismo; porque en los lances contigo, siempre te decía "ganó" y no mostraba su juego, lo que hace presumir que él tenía mayores y no quería ganarte. Tú comprendes que no era correcto, que te estuviera regalando las fichas.

NÉLIDA.—Zulema, te juro que no me he dado cuenta. Ya ves que yo siempre he perdido.

ZULEMA.—Lo sensible es que no te dieras cuenta; porque, como nosotras tampoco podíamos decírtelo francamente, resolvimos no jugar más en tu mesa. (*Nélida llora*). Ahora no te aflijas por lo que pasó. Lo que debes hacer es eliminarlo cuanto antes, porque ya te están colgando el sambenito.

NÉLIDA.—(*sublevada*). ¡Eso es una infamia! Roberto siempre se ha mostrado respetuoso conmigo. Tampoco le hubiera tolerado la menor insinuación.

ZULEMA.—No lo dudo; pero, para que los demás se convenzan de lo mismo, es necesario que lo elimines,

NÉLIDA.—¡Eso quisiera, pero cómo!

ZULEMA.—Diciéndole que te compromete. Yo no me ofrezco a servirte de intermediaria, porque estoy peleada. (*Se oye el timbre de la calle. Nélida corre hacia el foro*).

NÉLIDA.—¡Cora!

ZULEMA.—Cora puede serte útil. (*Entra Cora, Nélida la abraza sollozando. La Criada entra por el comedor y vase por el mismo*).

ESCENA VI

DICHOS *y* CORA

CORA.—¿Qué te sucede, Nélida?

ZULEMA.—Está afligida por las murmuraciones que corren respecto de ella con Roberto. Creo haber cumplido con mi deber al decirle la verdad. Usted, señorita, que tiene más talento que yo, la ayudará con su consejo a salir del paso. Adiós, Nélida. Siento que mi visita, que tenía por objeto felicitarte, haya contribuído a entristecerte.

NÉLIDA.—No, Zulema. Te agradezco la franqueza. Has contribuído a hacerme un bien.

ZULEMA.—Eso me consuela. (*Vase*).

ESCENA VII

NÉLIDA *y* CORA

NÉLIDA.—(*acongojada, reclina su cabeza en el pecho de Cora*). Dime que no me guardas rencor, Cora.

CORA.—¿Crees que hubiera venido si así no fuera?

NÉLIDA.—Eres muy buena. Yo estuve torpe contigo. La excitación de la noche pasada sin pegar los ojos, los disgustos con Luis María, los compromisos creados por el juego... ¡Ese maldito juego que ha trastornado mi vida!

CORA.—Comprendo que estabas en un mal momento. (*Le indica tomar asiento*).

NÉLIDA.—Cuando se nos aproximó Eloy los otros días, tuve deseos de darte esta explicación (*llorando*), pero temí llorar en público.

CORA.—Si me evitaste entonces ese mal momento, no me lo des ahora.

NÉLIDA.—Hoy no me atreví a llamarte yo misma, temiendo que no vinieras. Por eso le pedí a Eloy.

CORA.—Llamándome tú habría venido lo mismo. ¿Qué deseas de mí?

NÉLIDA.—Estoy en una situación terrible, y no sé qué hacer, ni a quién recurrir. ¡Me siento tan sola!

CORA.—¿Qué te sucede?

NÉLIDA.—Figúrate que aquella mañana de nuestro disgusto, Roberto me hizo un préstamo en dinero que yo acepté, contrariándome, presionada por las circunstancias. Con el ansia del desquite, volví a jugar, y a perder; él fué el ganador, y al final de la partida, con el pretexto de una urgencia, se fué dejándome sus fichas para que yo se las liquidara. ¡Después, en la ruleta, volvió varias veces a pasarme fichas, y yo, febriciente, aturdida por la obstinación de mi mala suerte, las acepté también, sin darme cuenta del abismo que iba cavando a mis pies, hasta anteayer, en que al decirle el total de la deuda — porque siempre he aceptado sus préstamos en la inteligencia de pagarle, — me contestó que no le debía nada, con una expresión tal en sus ojos, que salí despavorida, sin saber qué responder. ¡Desde entonces no he vuelto a poner los pies en la calle temerosa de encontrarme con él; cuando hoy me llama por teléfono para saludarme y avisarme que esta noche vendrá a felicitar a Luis María! ¡Imagínate! Luis María se va esta noche a Buenos Aires, por dos días; Roberto debe saberlo, porque frecuenta el Club, aun cuando no se hayan encontrado. ¿Qué hago, Cora? No puedo ir a casa de mis padres, por-

que Luis María, temeroso de que juegue, me ha pedido que no salga...

CORA.—¿Al tener contigo esas atenciones, Roberto te dejó anteriormente traslucir alguna intención respecto a lo que tú temes?

NÉLIDA.—No, jamás. Mentiría si te dijera que sí. Siempre sus ofrecimientos fueron tan sinceros, o yo fuí tan torpe, que no me dí cuenta de nada.

CORA.—A mi juicio, el mejor recurso es pagarle.

NÉLIDA.—Eso ansío, ¡pero, cómo! A papá no puedo pedirle porque cree que hemos jugado centavos, y si le contara la verdad, le daría un enorme disgusto. Además, me ha obsequiado muchas veces. ¿Con qué pretexto le pido diez mil pesos?

CORA.—A tu marido, entonces.

NÉLIDA.—Eso es imposible. Medita lo que dices: sería el escándalo, le ocasionaría un incidente con Roberto, desbarataría su carrera política, amargaría su vida, lo hundiría para siempre... ¡Y yo le quiero, Cora! ¡No he sabido ser su estímulo, no quisiera ser su ruina!

CORA.—No se me ocurre otra cosa.

NÉLIDA.—Yo había pensado pedirte que vinieras a acompañarme estos dos días; porque, ya pasado mañana nos vamos; y en Buenos Aires, haciendo economías puedo juntar ese dinero.

CORA.—Quedarme, me es imposible. Tía está gravísima. Queríamos llevarla hoy mismo a Buenos Aires; pero se le puso esta tarde pasar el día de mañana en la estancia de unos parientes de tío, que la quieren mucho, y que queda a media hora de aquí. Por complacerla, como las noches están tan claras y los caminos buenos, después de comer la llevaremos en el automóvil de la estancia, y mañana regresaremos a Buenos Aires, si antes no fallece y tenemos que dejarla para siempre.

NÉLIDA.—¿Qué hacer, entonces? Yo no quiero ver más a ese hombre, y menos encontrarme a solas con él,

CORA.—Dile la verdad a Luis María. Porque todos los recursos que no sean devolver su dinero a Roberto, no salvarían tu situación.

NÉLIDA.—No me animo, Cora.

CORA.—Tú lo quieres a Luis María, has dicho...

NÉLIDA.—Sí, más que nunca, porque he comprendido cuánto vale.

CORA.—Yo te ayudaré. Manda en el acto a avisar a tío que no me esperen a comer.

NÉLIDA.—(*llamando por el timbre*). ¿Cómo vamos a hacer?

CORA.—Dios dirá. Dejémoslo librado a las circunstancias.

NÉLIDA.—Le voy a dar un disgusto terrible.

CORA.—No cabe duda. Pero peor sería, para los dos, que él lo supiera por otro conducto.

NÉLIDA.—Preveo un escándalo.

CORA.—Yo trataré de intervenir. Para eso me quedo. (*Entra la Criada por izquierda, luego Luis María, en traje de saco, orión y una pequeña valija*).

ESCENA VIII

DICHOS, *la* CRIADA *y* LUIS MARÍA

NÉLIDA.—(*a la Criada*). Mande en seguida a avisar a casa de la señorita Cora, que no la esperen a comer...

LUIS MARÍA.—¿Qué milagro es éste, Cora?

CORA.—(*turbada*). El mi... Iba a decir milagro, pero, habría estado mal. La lógica de sus éxitos.

LUIS MARÍA.—Convengamos en que esa lógica tiene el don de producir milagros, porque es la primera vez que usted se digna visitar esta casa...

NÉLIDA.—... Comerá con nosotros. He insistido hasta hacerla quedar.

LUIS MARÍA.—¿Por ser la primera vez que viene, has resuelto castigarla?

CORA.—No veo el castigo, en tan amable compañía.

LUIS MARÍA.—¡Imagínese! Comer en casa donde están de viaje.

CORA.—¡Qué! ¿Ya se marcha usted?

LUIS MARÍA.—(*consultando el reloj*). Dentro de muy poco. Como vamos varios amigos, y ya los trenes regresan llenos, para poder charlar con libertad, llevamos un expreso. (*A Nélida*). Dispón que sirvan la comida. Y usted perdonará que no consagremos al milagro todo el honor que se merece. (*Vase Nélida*).

ESCENA IX

CORA *y* LUIS MARÍA

CORA.—Ahora, no negará que ha llegado la oportunidad de felicitarlo.

LUIS MARÍA.—Créame que su felicitación, vale para mí mucho más que todas las que he recibido hasta aquí, juntas.

CORA.—Siquiera me complace verlo animado. Por lo visto, el éxito es un gran estimulante contra el escepticismo.

LUIS MARÍA.—El éxito embriaga como el vino, y si no hace olvidar, aturde, por lo menos. ¿Pero, qué son estos éxitos, frente al fracaso que usted conoce?

CORA.—(*eludiendo el tema y refiriéndose a la valija de mano*). ¿Ese es todo su equipaje?

LUIS MARÍA.—¿Se ha propuesto hacer un chiste?

CORA.—¿Por qué?

LUIS MARÍA.—Porque ha podido resultarle una cruel ironía.

CORA.—Francamente, no.

LUIS MARÍA.—(*dejando la valija y su sombrero sobre la mesita*). Mi equipaje ya lo he mandado a la estación. Aquí llevo unos papeles de importancia y mi escepticismo, que también forma parte de mi equi-

paje, revuelto por ahora entre esos papeles. (*La Criada abre la puerta del comedor, viéndose tendida la mesa con tres cubiertos*).

ESCENA X

DICHOS, *la* CRIADA, *luego* NÉLIDA

CRIADA.—Cuando quieran pasar los señores a la mesa...

LUIS MARÍA.—Sí, llame a la señora.

CRIADA.—La señora... está llorando en su habitación.

LUIS MARÍA.—(*haciendo por salir*). ¿Qué tiene?

CORA.—(*deteniéndolo*). Está muy afligida por algo que le sucede.

LUIS MARÍA.—¿Qué cosa?

CORA.—Ahora vamos a explicársela. (*A la Criada*). Dígale a la señora que venga.

CRIADA.—Aquí viene. (*Entra Nélida por izquierda*).

CORA.—(*a la Criada*). Cierre. (*La Criada vase por la puerta del comedor*).

LUIS MARÍA.—¿Qué te sucede?

NÉLIDA.—Nada.

CORA.—Dí la verdad, Nélida.

LUIS MARÍA.—¿Qué verdad es esa?

CORA.—Nélida teme darle un disgusto si usted le atribuye demasiada importancia.

LUIS MARÍA.—¿Por qué atribuírsela, si no la tiene? ¡Pero hablen ustedes de una vez, porque con tanta reticencia!...

CORA.—Es un colazo del juego, al que ella ha renunciado para siempre. (*Nélida suelta el llanto y se deja caer en un sillón*).

LUIS MARÍA.—¿Un colazo del juego? No comprendo.

CORA.—Una deuda contraída con Roberto.

LUIS MARÍA.—¿Con Roberto? ¿Qué le debes?

NÉLIDA.—(*entre sollozos*). Me ha prestado diez mil pesos, en distintas oportunidades.

LUIS MARÍA.—(*exasperándose por grados*). ¿El te ha ofrecido ese dinero y tú lo aceptaste?

NÉLIDA.—Aquella mañana que nos disgustamos en la Rambla, me hizo el primer préstamo. Yo había perdido dos mil pesos la noche anterior, y no me atreví a pedírtelos viéndote tan disgustado. El se ofreció con tanta sinceridad, que acepté presionada por las circunstancias.

LUIS MARÍA.—¡Nélida! ¿Qué dices? ¿Tú aceptaste? ¿Luego volvió a ofrecerte otra vez sin tanta sinceridad, y tú, volviste a aceptar? ¡Habla! ¡Dí!... Y así te siguió ofreciendo, y tú aceptaste siempre, ¿sabiendo que esos ofrecimientos te creaban con él un compromiso indigno? ¡Responde, porque no sabré contenerme!

CORA.—Eso no, Luis María. Le aseguro a usted que los préstamos no le han creado compromiso alguno.

LUIS MARÍA.—¡Cora, por Dios! ¡no defienda usted una indignidad!

CORA.—Indignidad sería si hubiera obrado con conciencia.

LUIS MARÍA.—¿Ves cómo resultan confirmados mis temores?

NÉLIDA.—(*suplicante*). ¡Luis María!

LUIS MARÍA.—Ahora lo comprendo todo: me has puesto en la picota; tus amigas te han hecho el vacío; ¡te han aislado por tu indecoro!...

NÉLIDA.—¡Luis María!

LUIS MARÍA.—¡Así andará mi nombre de boca en boca, sirviendo de mofa! ¡Inútiles fueron mis consejos; inútiles mis súplicas!... ¡Te pedí, te supliqué, te ordené que evitaras esas atenciones!... ¡Todo fué inútil! (*Aproximándosele amenazante*). ¡Y ahora lloras, y crees que con esas lágrimas, desdichada, te redimes!

CORA.—(*imperiosa, deteniéndolo*). ¡Luis María, invoco la hospitalidad que me ofrece en su casa, para pedirle un poco más de calma! Yo le explicaré en sus

detalles lo sucedido. No se exaspere a tal extremo que impediría comprendernos. (*Llevándose a Nélida*). ¡Vete a tu habitación y espera que te llame!

NÉLIDA.—(*abrazándola, mientras hace mutis*). Cora, tú sabes que soy inocente.

CORA.—Y sé además que lo quieres. Si no mediara esa doble circunstancia, puedes estar segura que no hubiera intervenido. Vete. (*Vase Nélida*).

ESCENA XI

CORA *y* LUIS MARÍA, *luego la* CRIADA

LUIS MARÍA.—¡Hacía usted ironía de mi escepticismo! ¡Aquí tiene la síntesis de todo! Culmino por mi esfuerzo en mi carrera política; y lo que creí mi ayuda, es mi rémora, que me expone al ridículo de todo el mundo. ¡Desgraciado de mí! (*Se deja caer en un sillón*).

CORA.—Alguna vez me ha dicho usted que en lo único que había hecho cuestión de fe en su vida era en el amor de su madre. Si mi sinceridad ejerce en su espíritu alguna influencia, crea con la misma fe en la inocencia de Nélida.

LUIS MARÍA.—(*vehemente*). ¡En lo que creo ya más que en mi madre, es en su amor santo de sacrificio, que la ha sobrepuesto a todas las pequeñas pasiones del despecho, para velar por mí hasta en este triste momento en que, debiendo regocijarla mi mal, la entristece! ¡Y si algo me consuela y me redime de mi cobardía ante sus ojos, porque no supe seguirla, es ofrecerle ahora este espectáculo de mi desgracia!

CORA.—No profanemos, Luis María, la santidad que usted atribuye a mis propósitos, evocando en este sitio cosas que pasaron y que si no llegaron a más, fué sencillamente porque el destino así lo dispuso.

LUIS MARÍA.—¡Por algo vuelve ese destino a ponerla frente a mí!

CORA.—¿Qué dice usted?

LUIS MARÍA.—Me dijo una vez: "Aléjese de mí". Y contra esa imposición es usted la que se aproxima.

CORA.—Vine a ruego de Nélida.

LUIS MARÍA.—Más razón para creer en el destino. ¡Ella nos separó para hacernos sufrir, el error de usted y mi cobardía, y ella vuelve a aproximarnos! Ante esta evidencia de los hechos, debemos creer que es el destino el que ha decidido juntarnos. ¡Unámonos, Cora! El destino es superior a nosotros y a todos los convencionalismos que podrían impedirlo; ¡y el amor es más grande que nuestra vida!

CORA.—Si puede ser un consuelo para usted el saber que yo le amo, venzo todos los escrúpulos que me han hecho ocultárselo. Pero no olvide jamás que si le amo, es desde la altura en que me colocan mi dignidad, mi decoro, mi orgullo de mujer... Todas esas cosas que ya nos separan, a las que usted ha llamado convencionalismo, y gracias a las cuales los humanos hemos hecho del amor algo más grande que nuestra propia vida.

LUIS MARÍA.—Su sacrificio la elevaría ante mis ojos.

CORA.—Seguramente no, y me deprimiría ante mi misma.

LUIS MARÍA.—A su amor yo lo sacrificaría todo.

CORA.—Eso sería indispensable, y sobre la base de tanto sacrificio nuestro amor es imposible. Aceptemos la realidad que nos separa como una fatalidad de nuestro destino, que ha vuelto a aproximarnos contando con que seríamos razonables. ¡Continúe usted su carrera política... No dé importancia a lo ocurrido! Nélida lo quiere, y después de esta experiencia, se desvivirá por complacerlo. ¡Todavía, quién sabe cuántas satisfacciones le tiene reservadas este hogar que nuestra ofuscación derrumbaría!

LUIS MARÍA.—¿Cómo no dar importancia a estas cosas?

CORA.—¡No la tienen! ¿No fraguaron también una intriga contra mí? ¿Y quién cree ya en ella? Convengo que puede incomodarlo, pero siendo Nélida

honesta, los que hoy piensen mal, dejarán de pensarlo.

LUIS MARÍA.—¿Y la infidelidad de Roberto? ¿Cree usted que puedo perdonarlo? ¿Considera usted que impunemente pueden quebrantarse con la más solapada alevosía, la fe de la amistad, la confianza, la estimación que han franqueado a Roberto las puertas de mi casa?

CORA.—Sí, es ingrato. Pero tal vez no haya procedido de mala fe. Y un incidente con él desbarataría toda su carrera. (*Se oye el timbre de la calle*). Deben venir a buscarlo. Váyase, Luis María. Tome su sombrero y la valija. (*Se encamina a tomar los objetos*). No sea que con el disgusto se olvide de sus papeles; váyase.

CRIADA.—Está el señor Roberto.

LUIS MARÍA.—¿Ve usted? (*Indignado, a la Criada*). ¡Que pase!

CORA.—(*dejando los objetos*). ¡No! (*La Criada se detiene*).

LUIS MARÍA.—Le he dicho que pase. (*Vase la Criada*).

CORA.—¡No, Luis María; por Dios! ¿Qué va a hacer?

LUIS MARÍA.—Nada, Cora. Déjenos a solas.

CORA.—(*como recurso extremo para evitar el incidente*). Me ha dicho usted que por mí sería capaz de sacrificarlo todo.

LUIS MARÍA.—Sí, a condición de que usted también lo sacrificara todo por mí.

CORA.—Empiece por demostrarme que es capaz de no dar importancia a estas cosas.

LUIS MARÍA.—¿Eso implica una esperanza?

CORA.—(*titubea, desesperada, y al ver entrar a Roberto*). ¡Sí!

ESCENA XII

DICHOS *y* ROBERTO

ROBERTO.—Supe que te ibas en un expreso.

LUIS MARÍA.—(*con mal reprimida indignación*). ¡Y vi-

niste! (*Cora, sin ser vista por Roberto, contiene con sus gestos a Luis María*).

ROBERTO.—No quise que te marcharas sin felicitarte.

CORA.—(*a Luis María*). Lo tiene con la mano estirada.

LUIS MARÍA.—(*haciendo un visible esfuerzo, le estrecha la mano*). Gracias. Yo a mi vez he sabido de unos préstamos que le has hecho a Nélida.

ROBERTO.—(*sincero, aunque cohibido*). No tienen importancia. La he visto siempre con tan mala suerte... que... en mi afán por que se desquitara...

LUIS MARÍA.—Mañana tendrás ese dinero.

CORA.—Ustedes perdonen que los interrumpa, pero... va a perder el tren, Luis María, si no se marcha ya mismo.

LUIS MARÍA.—Sí, me voy. (*Vase*).

ESCENA XIII

CORA *y* ROBERTO

ROBERTO.—Siento en el alma haber dado un disgusto a Luis María.

CORA.—Ha cometido una gran impertinencia.

ROBERTO.—¡Cora, le juro que lo he hecho con la más absoluta sinceridad! Jamás me ha guiado ningún otro propósito. Tal vez nuestra aproximación haya llegado a despertar en mí un sentimiento... no sé... que no tenía, pero apelo a Nélida para que diga si le he dirigido la más pequeña insinuación que pudiera molestarla.

CORA.—Como quiera que sea, me permito aconsejarle que se retire y no vuelva más a esta casa, ni aproximarse a Nélida, y evite en lo posible encontrarse con Luis María. ¡Un incidente entre los dos lo hundiría a él sin ventaja alguna para usted!

ROBERTO.—Crea que lo lamento... Pero así lo haré. (*Vase*).

ESCENA XIV

CORA, *sola*

CORA.—¡Y ahora, huir! ¡Huir para siempre! (*Se oyen voces en el pasillo de salida. Cora se sorprende. Entra Eloy*).

ESCENA XV

CORA *y* ELOY

ELOY.—Me dice Roberto que ya se ha marchado Luis María.

CORA.—Sí.

ELOY.—Lo siento mucho, porque venía a pedirle un servicio; pero está visto que me tiene que seguir la mala racha. (*Pausa*). Y a usted ¿qué le sucede que la veo tan nerviosa?

CORA.—Nada.

ELOY.—Es inútil que pretenda ocultármelo, porque conozco su secreto.

CORA.—¿Mi secreto?

ELOY.—Sí, su amor por Luis María. Lo sé.

CORA.—¿Y si lo sabe, para qué me lo pregunta?

ELOY.—A la verdad que es una pavada.

CORA.—¡Eloy, por favor, que no tengo el ánimo para bromas!

ELOY.—Créame que no hablo en broma esta vez. Ayer me protestaron la firma en un Banco, y estoy debiendo de esta tarde, una fuerte suma que jugué sin tenerla. Por eso vine a verlo a Luis María. No sé qué hacer. Hoy recurrí a un señor amigo que me ha servido otra vez, pero me prometió salvar mi situación a condición que me fuera a poblarle unas posesiones que tiene en Río Negro, con el compromiso sobre mi honor de no volver a la ciudad den-

tro de cinco años por lo menos. ¡Se propone regenerarme!

CORA.—¿Le parece malo el ofrecimiento?

ELOY.—Malo, tal vez no; pero me parece que no voy a cumplirlo. ¿Qué hago en el desierto yo solo? Todavía, si fuera casado; ¡en compañía de una buena mujer capaz de alentarme!

CORA.—¡Búsquela usted!

ELOY.—¡Si a mí ya nadie me toma en serio! La única que podría comprenderme y perdonar mi pasado de locura es usted. Y usted reiría si le hablara en serio de matrimonio. ¿Verdad que sí?

CORA.—¿En serio de matrimonio, conociendo mi pasión por Luis María?

ELOY.—Le dije alguna vez que todavía el azar nos juntaría en un mismo lance. ¿Quiere un lance más incierto que el del matrimonio? Le propongo jugarlo a cartas vistas. Yo sé que usted está enamorada de Luis María, y sé también que es una mujer honesta. Como no se va a casar con él... Usted es pobre, su tía está a punto de morir... ¿Con quién se va a casar? ¿Qué va a ser de su vida?

CORA.—¡Qué va a ser de mi vida! ¡Esa es la verdad!

ELOY.—Usted sabe a su vez que yo soy un jugador que lo ha perdido todo, menos la dignidad; ya ve que por salvarla me siento capaz de desterrarme, abandonando todos los halagos de la vida mundana. Nada le ofrezco, ni nada le exijo. ¿Qué no nos amamos? Puede ser que lleguemos a estimarnos, si la suerte nos hace formar una "escalera", (*aludiendo a niños de distintos tamaños*) como aquella "royal" que hizo Nélida, oficiando usted esta vez de dama de "coeur". Si está de Dios, por cualquier escalera se va al cielo. Cuántos se casan corriendo mayores contingencias; fingiendo amor, ocultando defectos, disimulando vicios, alabándose virtudes imaginarias, ¡y cuando se descubren quisieran matarse! ¡Nosotros en cambio nos casaríamos vinculados por una

gran virtud: nuestra franqueza, y por una verdad: nuestra desgracia!

CORA.—(resuelta). ¿Usted sería capaz de cumplir solemnemente con el compromiso de no volver más a la ciudad, si yo lo acompañara?

ELOY.—Se lo juro.

CORA.—(*alargándole la mano*). Lo acompaño. Somos dos náufragos que la sociedad arroja de su seno. Nos aliamos para ayudarnos mutuamente, en la inteligencia de que donde no podamos poner amor, puesto que no lo sentimos, pondremos respeto y misericordia recíprocos.

ELOY.—Acepto.

CORA.—Ahora, acompáñeme a casa. Mañana regreso a Buenos Aires. Muerta tía, nos casamos en la mayor intimidad. A tío, lo dejo en casa de unos parientes que lo quieren muchísimo, y en seguida... ¡huimos! Pero no olvide nuestro compromiso: ¡aliados!

ELOY.—¡Aliados!

CORA.—(*se aproxima a izquierda y llama*). ¡Nélida! ¡Nélida!

ESCENA XVI

CORA, NÉLIDA *y* ELOY

NÉLIDA.—(*desde adentro*). Estoy aquí. Ven.

CORA.—No, ven tú.

NÉLIDA.—(*ansiosa*). ¿Y Luis María? Supe que estuvo Roberto.

CORA.—¡Ya está todo arreglado! Luis María se fué; mañana le enviará a Roberto su dinero, y Roberto no pisará más esta casa. Así me lo ha prometido.

NÉLIDA.—¡Gracias a tí, Cora!

CORA.—A mí no. Ya sabes la opinión que tengo formada de la vida. ¡Hiciste todo lo posible por perderlo, y no lo has conseguido!

NÉLIDA.—Sí, es verdad, gracias a tí. Y ahora que comprendo tu noble corazón, no puedo menos que reconocer lo que me ha mortificado mucho tiempo. que hasta él te lo debo.

CORA.—Te equivocas. Luis María nunca me ha interesado, de manera que no puedes deberme lo que jamás hubiera sido mío.

NÉLIDA.—¿Qué dices?

CORA.—Mi ideal ha sido otro: Eloy.

NÉLIDA.—¿Eloy?

CORA.—Sí, Eloy. Acabamos de comprometernos, aquí, este instante.

NÉLIDA.—¡Cora! ¡Y pensar que yo he vivido torturada por los celos!

CORA.—Ya lo ves, sin razón. ¡Adiós, Nélida!

NÉLIDA.—(*abrazándola*). Ahora que nada nos separa, nos visitaremos, siempre, ¿verdad?

CORA.—Seguramente, no... porque... ¡no sabemos a dónde vamos! (*Al desprenderse de Nélida, desfallece próxima a caer. Eloy, alarmado, la detiene*).

NÉLIDA.—¿Qué te sucede?

ELOY.—¿Qué tiene?

CORA.—He pasado por emociones tan fuertes este día, que al separarme de aquí siento como si se me acabara la vida. (*Volviendo hacia Eloy, que aún la sostiene*). ¡Convinimos en ser aliados! ¡Empiece usted por sostenerme!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

LA MUJER FUERTE

Comedia en tres actos

REPARTO

Josefina	Sra ANGELINA PAGANO
Doña Laura	*Felisa Mary*
Sara	*Consuelo Labarta*
Elvira	*Esperanza Palomero*
Luisa	*Margarita Lawes*
Ema	*M. T. Labarta*
Alvarez	*Salvador Rosich*
Eduardo	*Roberto Casaux*
Don Guillermo	*Francisco Mary*
Alberto	*Francisco Duccasse*
Gutiérrez	*Eduardo Zucchi*
Doctor	*Francisco Marquez*
Manicura	*Carolina Torterolo*
Enfermera	*T. Ferreira*
Criada primera	*G. Ferreira*
Criada segunda	*D. Ferreira*
Portero	*Alberto Palomero*

ACTO PRIMERO

Hall lujoso

ESCENA I

SARA *y* LA MANICURA; *luego* CRIADA, ENFERMERA *y* JOSEFINA

SARA.—¿Estuvo en lo de Gutiérrez?

MANICURA.—(*asiéndole las manos*). Sí, señorita. De ahí vengo.

SARA.—¿Qué dicen las muchachas?

MANICURA.—¡Encantadas con el baile del Tigre! Como son tan graciosas y estaban bien disfrazadas intrigaron a medio mundo. Al festejante de la prima de las señoritas, lo volvieron loco; aprovecharon que ella no fué para bromearlo en grande.

SARA. — Son unos demonios.

MANICURA.—Les oí decir que estuvo su hermana la señora Elvira con el esposo.

SARA.—¿Elvira? ¡No es posible, estando papá enfermo!

MANICURA.—Como fué disfrazada... (*entra la criada por derecha y le alarga un papel a Sara*)

SARA.—¿Qué es ésto?

CRIADA.—Una cuenta de la farmacia.

SARA.—¿Qué me trae a mí? Llévele a Josefina (*váse la criada por izquierda*).

MANICURA.—¡Ah! Tengo que felicitarla.

SARA.—¿Por?

MANICURA.—Oí decir que la festeja un hermano de las señoritas de Gutiérrez.

SARA.—No. Somos muy amigos.

MANICURA.—Delante de mí le dieron bromas.

SARA.—(*con interés*) Y él ¿qué dijo?

MANICURA.—Lo mismo que usted, que son muy amigos. Pero como esas cosas no se confiesan...

SARA.—Que se va a confesar cuando no hay nada.

MANICURA—Ya están listas las manos. (*se dispone a recoger sus útiles que coloca en una valijita de mano*).

SARA.—(*luciendo las manos*) ¿Verdad que podía besarlas un príncipe?

ENFERMERA.—(*por foro*). — Quiere avisar, señorita, que el señor se siente muy molesto?

SARA.—(*llamando*). ¡Josefina!

JOSEFINA.—(*por izquierda, acompañada de la criada que hace mutis por derecha*) ¿Qué ocurre?

SARA.—Que papá se siente molesto.

ENFERMERA. — Lo ayudé a cambiar de posición porque se quejaba; pero sigue quejando.

JOSEFINA. — Prepare entonces la inyección. Vamos a dársela. (*Vase la enfermera por el foro*). Y tú, habla en seguida a casa del médico, que haga el servicio de venir. Pero que no te oiga mamá, para que no se alarme. (*medio mutis de Sara por izquierda*).

MANICURA.—¡Adiós, señorita!

SARA.—¡Adiós! (*vase*).

JOSEFINA.—Espérese un momento. Voy a pagarle.

MANICURA.—No ha vencido el mes todavía.

JOSEFINA.—No importa.

MANICURA.—¿Me despide?

JOSEFINA.—Sí.

CRIADA.—(*por derecha*) El vuelto, señorita.

JOSEFINA.—(*después de tomar el dinero*) Cruce hasta lo de Elvira y dígale de mi parte que papá sigue mal. (*mutis de la criada por derecha. A la manicura, dándole dinero*). Tome.

MANICURA.—Señorita, entiendo que la señorita Sara está muy contenta con mi servicio.

JOSEFINA.—Mamá lo ha dispuesto así.

MANICURA.—Muy bien, señorita. (*entra Eduardo por derecha. Vase la manicura por la misma*).

ESCENA II

JOSEFINA, EDUARDO, *luego* SARA *y la* ENFERMERA

EDUARDO.—(*siempre se expresará con timidez*). Con permiso.

JOSEFINA.—Pase Eduardo.

EDUARDO.—(*con interés*) ¿Cómo sigue el señor?

JOSEFINA.—Mal.

EDUARDO.—(*con tristeza*) ¿No será posible hablar con él?

JOSEFINA.—El médico ha prohibido que se le converse.

EDUARDO.—Tenía que informarle sobre el resultado de una operación. Pero si está así. ¡Qué le vamos a hacer?

JOSEFINA.—Desgraciadamente sigue mal.

EDUARDO.—(*ansioso*). Pero los médicos dan esperanzas. ¿Verdad?

JOSEFINA.—¡Tal vez sin tenerla! ¡Ah! No quiero pensarlo.

EDUARDO.—Dios no ha de querer, señorita Josefina... Un hombre tan bueno como don Guillermo! Yo he llegado a quererlo como a un padre. A su lado me formé y estoy seguro de mi porvenir. Sin él quién sabe qué hubiera sido de mí.

JOSEFINA.—¡Sin él quien sabe qué será de nosotras!

EDUARDO.—Usted me va a permitir, señorita Josefina, que yo las acompañe.

JOSEFINA.—A qué se va a incomodar, Eduardo.

EDUARDO.—No es incomodidad, señorita. Aunque no me necesiten, me consuela la idea de haber querido serles útil.

JOSEFINA.—Tengo que hacerle una inyección a papá... y me da miedo entrar en su habitación.

EDUARDO.—Yo no me ofrezco, porque no sé.

JOSEFINA.—No. Gracias, Eduardo. Papá no quiere que lo asista nadie más que yo.

SARA.—(*por izquierda*) Contestaron que no está en su casa en este momento. Que no bien llegue le van a avisar.

ENFERMERA.—(*por el foro*) Ya está pronta la inyección, señorita.

JOSEFINA.—¡Voy! (*mutis de ambas por el mismo*).

ESCENA III

EDUARDO *y* SARA, *luego* LAURA *y la* CRIADA

SARA.—¿Cómo le va Eduardo?

EDUARDO. — Acabo de conseguir que la señorita Josefina me permita acompañarlas.

SARA. — Yo voy a aprovechar para pedirle que me haga una diligencia.

EDUARDO.—Las que usted ordene, señorita Sara.

SARA.—Váyase en una carrerita a casa de la modista y dígale que venga, ¿quiere?

EDUARDO.—Cómo no, señorita, (*vase por derecha*).

LAURA.—(*por adentro*) ¡Josefina!

SARA. — Está ocupada, mamá.

LAURA.—(*por izquierda*) ¿Qué hace?

SARA.—Le está dando la inyección a papá. (*Entra la criada por derecha*)

LAURA.—¿De dónde viene?

CRIADA.—Me mandó la señorita Josefina a avisar a la señora Elvira que el señor sigue mal.

LAURA.—(*alarmada*) ¿Cómo no me han dicho nada?

SARA.—Josefina no quiso por no alarmarte. Pero no ha de ser tanto, mamá.

LAURA.—Debieron avisarme. (*Váse por el foro*).

CRIADA.—Se va a caer, niña, si se pisa la cinta del zapato.

SARA.—(*alargándole el pie para que se lo anude*). ¡Qué moños hace usted María! ¡Parece que tuviera las manos de manteca! Hágalo fuerte. (*la criada de rodilla, se dispone a hacerlo*).

ESCENA IV

SARA, CRIADA Y JOSEFINA, *luego* ENFERMERA

JOSEFINA.—(*por el foro*) ¡Eduardo! ¿Dónde está Eduardo?

SARA.—Lo mandé hasta lo de la modista.

JOSEFINA.—¡Cuándo no habías de ser tú la que mandara! (*A la criada*) Váyase a escape a casa del médico. Que haga el servicio de venir inmediatamente. (*medio mutis de la criada por derecha*).

SARA — ¿No te he dicho que no está en su casa?

JOSEFINA.—Si no hubiera vuelto todavía, pregunte donde puede encontrarlo y lo busca. (*mientras hace mutis la criada. Pero a escape*). No se detenga.

SARA.—¿Sigue tan mal papá?

JOSEFINA.—¿Ahora se te ocurre preguntarlo?

SARA.—Como nunca me dicen nada...

JOSEFINA.—¿Era preciso que te lo dijera? ¿No has oído a la enfermera que está muy incómodo? ¿No te he encargado a tí misma que llames al médico? ¿No has visto que he mandado buscar a nuestra hermana? ¿Crees que los llamo para dar un baile?

SARA.—Tú siempre me retas.

JOSEFINA. — Cómo no he de retarte si vives en la luna, y en vez de ayudar a las tareas de la casa, siquiera ahora que todo el servicio es poco, lo distraes hasta para hacerte atar los zapatos. Como que si no lo evitas voy a ordenar que no te hagan caso.

SARA. — ¡Pues no! Ya veremos.

JOSEFINA.—Te aseguro que lo verás. Y en cuanto a gastos, es necesario que te abstengas, porque no pagaré ninguna cuenta tuya.

SARA.—Me las pagará mamá.

JOSEFINA.—Le pedirás a ella. Yo no pienso darte ni un centavo. como que ya he empezado a despedir a la manicura.

SARA.—¿Por qué la has despedido?

JOSEFINA.—Porque no tenemos dinero para derrochar, y tú puedes muy bien arreglarte las manos. En todo el día me parece que te sobra tiempo, desde que no haces absolutamente nada.

LAURA.—(*por el foro*). ¿Mandaste buscar al médico?

JOSEFINA.—Sí mamá; fué María, porque la señorita dispuso de Eduardo que se ofreció a acompañarnos.

SARA.—Yo no sabía, mamá. Y por eso me reta.

JOSEFINA.—Por lo menos sabes que Eduardo es un dependiente de papá y no un sirviente de la familia, para que tú lo mandes a buscarte la modista. Esto demuestra falta de consideración, para con ese pobre muchacho. Porque es bueno, te crees con derecho hasta para deprimirlo.

LAURA.—No discutan, hijas. Hay que tener un poco de tolerancia.

JOSEFINA.—¡Ya estoy cansada de tolerar y de administrar esta casa! ¡Que no se ha de mover una silla sin llamarme! Todo el día no se oye más que ¡Jesefina! Y Josefina tiene que estar en todo, y luego tolerar. ¡Ya estoy cansada!

LAURA.—Tú lo has querido, hija.

JOSEFINA.—Y porque yo voluntariamente he arrojado poco a poco toda esta tarea sobre mí ¿no tengo derecho a protestar de mi hermanita?

LAURA.—Si adelantaras algo con ello.

JOSEFINA.—Con ese criterio las dos se han criado unas perfectas inútiles. Porque si Elvira no se casa, a esta fecha se estaría haciendo vestir con la sirvienta, como ésta. Di tú que tuvo la suerte de casarse con un hombre rico

SARA.—Se diría que hablas de despecho.

JOSEFINA.—Amargada tal vez, porque es irritante la injusticia; de despecho bien sabes que no.

GUILLERMO.—(*desde adentro*) ¡Josefina!

JOSEFINA.—¡Papá!

ENFERMERA.—(*por el foro*) El señor se quiere levantar.

LAURA.—¡Corre hija! (*vase apresuradamente Josefina*).

ESCENA V

LAURA *y* SARA

LAURA.—Si supieras, Sarita, cómo me violentan estas reyertas, tratarías de evitarlas.

SARA.—Yo no tengo la culpa, mamá. Es ella que me reta a cada paso.

LAURA.—Tú das lugar.

SARA.—Eso es. Dale la razón. Ella es una mandona que se mete en todo. Figúrate que acaba de despedirme a la manicura.

LAURA.—Responderá a instrucciones de tu padre.

SARA.—¡Qué se va a meter papá en eso! Son cosas de ella.

LAURA.—Aunque así fuera, tú debes transigir. Al fin la pobre demasiado tarea tiene con atender la casa y a tu padre. Y no deben estar ustedes en continua discusión (*entran por derecha Ema y Gutiérrez*).

ESCENA VI

DICHOS, EMA y GUTIÉRREZ. *Luego el* PORTERO

EMA.—Venimos a enterarnos de la salud del señor.

LAURA.—¿Cómo estás, Emita?

SARA.—Te estaba extrañando.

LAURA.—Guillermo sigue mal. Hoy parece que se ha agravado. Estamos esperando al médico.

EMA.—¿Y Josefina?

LAURA.—Ahí está la pobre. No se separa de su lado. ¿Y tu mamá, y las muchachas?

EMA.—Buenas. Me encargaron mucho que las saludara.

LAURA.—Gracias. (*continúan en voz baja*).

GUTIÉRREZ.—(*haciendo grupo aparte con Sara*) Como sentí no verla en el Tigre.

SARA.—No pude ir por la salud de papá. Josefina no me dejó que fuera.

GUTIÉRREZ.—Lo lamenté de veras.

SARA.—No diga. Voy a pensar que se burla.

GUTIÉRREZ.—Es el inconveniente de tener buenas amigas. Uno se acostumbra a su trato y las extraña. Como que ya en todas partes me dan de festejante suyo.

SARA.—¿Lo preocupa?

GUTIÉRREZ.—Por usted. No quisiera perjudicarla.

SARA.—No veo el perjuicio. Puede usted tranquilizarse. A mí también me dan bromas, y no les hago caso.
PORTERO.—(*por derecha*). Está el doctor.
LAURA.—Hágalo pasar (*vase el portero*). ¡Josefina!

ESCENA VII

DICHOS *y* JOSEFINA, *menos el* PORTERO, *luego el* DOCTOR

JOSEFINA.—(*por el foro*) ¿Qué hay?
LAURA.—Acaba de llegar el médico.
JOSEFINA.—Que lo hagan pasar.
LAURA.—Ya fueron.
JOSEFINA.—(*aproximándose hacia derecha*). Disculpen que ni los salude.
EMA.—No faltaba más.
GUTIÉRREZ.—Atienda Josefina
JOSEFINA. — Se estuvo quejando hasta que le hice la inyección, no le ha bajado la fiebre, a ratos delira.
EMA.—¡Qué broma cuando hay enfermos en la familia!
SARA.—En esta casa no vivimos desde que papá se enfermó. Especialmente Josefina.
EMA.—Como es la que atiende al señor.
SARA.—Porque papá no quiere que lo atienda otra. Los enfermos a veces son maniáticos y no hay que contrariarlos. Algunas noches yo acompaño a velar, pero no puedo resistir el sueño; estoy tan poco acostumbrada, que me cuesta un sacrificio horrible. (*Entran Elvira y Alberto por derecha*).
ELVIRA.—¿Cómo sigue papá?
SARA.—Estamos esperando a que salga el médico.
ELVIRA.—¿Cómo está Emita?
ALBERTO.—¡Señor Gutiérrez!
ELVIRA.—Vengo afligidísima, con el llamado de Josefina.
GUTIÉRREZ.—Están algo alarmadas. Es de desear que sea sin motivo.
SARA.—(*Después de mirar por el foro*). Ya va a salir.
ELVIRA.—¿Por qué no pasamos a la salita, para estar libres de este tránsito?

EMA.—Como usted quiera.
SARA.—¿Vamos?
GUTIÉRREZ.—Vamos.
SARA.—¿Tú no vienes?
ELVIRA.—Sí, de aquí un instante.
SARA.—Pasen. (*vánse por izquierda Ema, Sara y Gutiérrez*).
ELVIRA.—Lo que salga el médico pregúntale cómo sigue papá. A Josefina ni a mamá no va a querer decirles.
ALBERTO.—Hazte a la idea de que sigue mal. Su enfermedad es grave, ya lo sabes.
ELVIRA.—Pero puede curar. (*asoman por el foro Médico yJosefina*).

ESCENA IX

JOSEFINA, ELVIRA, ALBERTO *y* MÉDICO, *luego* ENFERMERA *y* GUILLERMO

ALBERTO.—Aparta a Josefina.
ELVIRA.—¡Josefina! Ven (*Josefina se aproxima a Elvira y Alberto al Médico*). Déjalos conversar. A tí no va a decirte como sigue.
ALBERTO.—(*por lo bajo*). ¿Como lo encuentra, doctor?
MÉDICO.—No hay nada que hacer; complacerlo en todo y aliviar sus dolores a fuerza de inyecciones. (*Le tiende la mano para despedirse*).
ALBERTO.—Lo acompaño. (*vanse ambos por derecha. Josefina suelta el llanto*).
ELVIRA.—No llores Josefina.
JOSEFINA.—Papá se muere Elvira.
ELVIRA.—Todavía no se sabe nada. Y tú que eres la más fuerte debes dar el ejemplo.
JOSEFINA.—Es que ya no puedo más.
ALBERTO.—Todavía tiene esperanzas. Recomienda que no se le contraríe en nada, porque le aumentaría la fiebre y que le den todas las inyecciones que sean necesarias.
GUILLERMO.—(*desde adentro*) ¡Josefina!

ENFERMERA. (*desde el foro*). ¡El señor se ha levantado!
GUILLERMO.—(*desde el foro*) ¡Josefina!
JOSEFINA.—(*corriendo hacia él*). ¡Papá! ¡Te has levantado! Vuelve a la cama.
GUILLERMO.—(*Febriciente*) Es que me iba olvidando de decirte una cosa.
JOSEFINA.—Estás con fiebre papá. Vuelve a la cama.
GUILLERMO. — Después, después. Déjame un instante aquí.
ALBERTO.—Déjelo si lo desea. No lo contraríe.
JOSEFINA.—Cierren las puertas. (*se apresuran a cerrar las puertas y lo rodean*). ¿Quieres sentarte aquí? (*Lo conduce hasta un sillón*).
GUILLERMO.—Donde tú quieras. No, no me rodeen, que me quitan el aire (*Se alejan*). Déjenme con mi Josefina. (*Alberto hace a su esposa señal de retirarse y vánse ambos por izquierda*).

ESCENA X

JOSEFINA, GUILLERMO, *luego* EDUARDO *y* ALBERTO

JOSEFINA.—Tú también estás como un chico, papá. No nos ayudas a curarte.
GUILLERMO. — ¡Acabo de tener una pesadilla! ¡Qué visión más horrible! Se derrumbaron los muros de esta casa que parecía tan sólida; y tu hermana quedó bajo los escombros. Tú la salvaste.
JOSIFINA.—Es la fiebre, papá. Ya ves que todos estamos bien a tu lado.
GUILLERMO.—¡No! ¡Es una preocupación que desde hace días me tiene angustiado: el porvenir de Vds. Las exigencias de nuestra posición no me han permitido ahorrar. Pero viviendo yo, nunca les hubiera faltado nada. Yéndome, en cambio, quedan Vds. pobres e indefensas para afrontar la vida.
JOSEFINA.—¿Por qué hablas de irte, si estás mucho mejor?
GUILLERMO.—Presiento mi fin y necesito hablarte con franqueza. (*pausa*) Tú has llorado.

JOSEFINA.—No, Papá. Tengo irritados los ojos.

GUILLERMO.—De todas las personas de esta casa, tú eres la única que comprende mi situación. Tu pobre madre, con ser un ángel, ha pasado por la vida sin advertir siquiera sus peligros. La holgada posición que pude ofrecerle la han hecho pensar que el mundo es un dechado de bondades. Por amarla, nunca he querido desvanecerle esa ilusión. ¿A qué? si yo estaba firme en la lucha y tenía fe en que nunca llegaría a a faltarles nada. Fié en mi relativa juventud, en mis energías... pero todo lo quebranta mi prematuro fin: ¡Ah! Yo quisiera llamarlas y decirles.

JOSEFINA.—No papá. No tendrían valor para escucharte

GUILLERMO.—Sí. Ya es tarde además. Tampoco me comprenderían. Tú sí. Tú me has ayudado; has sido mi colaboradora, y estás en mejores condiciones para entenderme y defenderte. Pero ¡Sara! ¡Qué va a ser de su vida! Afortunadamente Elvira se casó. Ya no me preocupa.

JOSEFINA.—Sara se casará también. No pienses en eso.

GUILLERMO.—No tiene otra carrera. Pero, pobre, sin esta figuración que le permite frecuentar y lucir sus pocos años, quién sabe si llegará a casarse, y no casándose, no sé lo que será de esa muchacha. La realidad es muy cruel hija mía, especialmente para Vds., y el mundo un conjunto de acechanzas. Mientras existe el hogar, por sí mismo constituye una defensa; pero cuando se disgrega, cada uno de sus miembros debe defenderse a sí propio. Y defenderse, no es solamente vivir, sino salvar la dignidad, el decoro... esas secretas fuerzas que en la más cruel de las servidumbres nos autorizan a levantar la frente.

JOSEFINA.—(*enjugándose el rostro*) ¿Por qué te agitas, papá? Descansa.

GUILLERMO.—Sí. Estoy fatigado.

JOSEFINA.—(*colocándole un almohadón a la espalda*). Así estarás mejor. Recuéstate. Entorna los ojos. Duerme.

GUILLERMO.—(*con los ojos entornados*). ¿Cómo me confortan tus caricias. ¡No te separes de mí!

JOSEFINA.—Estoy a tu lado, papá. Duerme.

EDUARDO.—(*por derecha*). ¿Dónde está la señorita Sara.

JOSEFINA.—¡Pcht!... (*Eduardo intenta alejarse. En voz baja*) No. No se retire. (*Eduardo respondiendo a señales de Josefina toma asiento en segundo término. Entran por izquierda Elvira y Alberto*).

ELVIRA.—Nos despediremos de papá.

JOSEFINA.—Pchist, (*en voz baja*) Duerme.

ELVIRA.—(*en voz baja*) Hasta luego, entonces. Luego volveremos. (*Hace mutis con su esposo en puntas de pie por derecha*).

GUILLERMO.—(*Delirante*). ¡El derrumbe! ¡Sara debajo de los escombros! ¡Josefina!

JOSEFINA.—(*sacudiéndole para despertarle*). ¡Papá! ¡Papá! (*Eduardo se aproxima, angustiado, para ayudar a Josefina*).

GUILLERMO.—(*se incorpora*) ¡Sálvala! ¡Sál...! (*Libre de su pesadilla. Se lleva una mano a la frente y viendo a Eduardo a su lado, afectuoso, le tiende la otra mano sobre el hombro*) ¿Tú también estabas a mi lado?

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

(*Salita*)

ESCENA PRIMERA

JOSEFINA *y* CRIADA SEGUNDA

JOSEFINA.—(*viste luto*) Podíamos cambiar de posición estos muebles.

CRIADA.—(*de mal modo*) Siempre han estado así.

JOSEFINA.—Mayor razón para cambiarlos. Sobre todo, no es ese el tono que debe usted usar al hablarme.

CRIADA.—¿Cómo quiere colocarlos?

JOSEFINA.—Esta vitrina estará mejor enfrente (*la Criada hace por correr el mueble*) Espérese que va a romper los objetos. (*Quita los objetos prolijamente y mientras tanto*).

CRIADA.—A la señora no le va a gustar el cambio.

JOSEFINA.—Si no le gusta, volveremos a colocar las cosas como están. Tome de ahí. Vamos a llevarla entre las dos. (*cambia de sitio la vitrina*). Ese sofá, de este lado. (*Lo cambia*). La mesita al centro. (*La corre*). Estas flores están muy viejas. Traiga el ramo que yo hize para el florero de mi habitación. (*Arroja las flores sobre un mueble. Váse la Criada por derecha.*)

ESCENA SEGUNDA

JOSEFINA, ELVIRA. Luego CRIADA, SARA *y* LAURA

ELVIRA.—(*de medio luto. Por izq.*) ¿No está Sarita?

JOSEFINA.—Está con mamá. (*desde el foro hacia adentro*). ¡Sarita! Te llama Elvira.

SARA.—(*Desde adentro*) Voy.

JOSEFINA.—Ya viene.

ELVIRA.—¿Qué le noto de raro a esta salita?

JOSEFINA.—Cambié de sitio a los muebles.

ELVIRA.—(*Displicente*) ¡Ah!...

JOSEFINA.—¿No te gusta como queda? La vitrina estaba mal detrás de la puerta; mucho mejor queda al frente. El sofá de este lado deja más espacio. (*Notando la displicencia de Elvira*). Si no te parece bien vuelvo a colocar todo como antes.

ELVIRA.—No me parece mal. Pero estaba tan acostumbrada a la disposición que tenían...

JOSEFINA.—No has dicho nada. (*Cambia de nuevo la mesita y recoge las flores que arrojó*).

CRIADA.—Aquí están las flores.

JOSEFINA.—Colóquelas de nuevo donde estaban. Y vuelva para cambiar otra vez la posición de estos muebles.

CRIADA.—¿No le decía que a la señora no le iba a gustar el cambio?

JOSEFINA.—Nadie le pregunta nada. (*Vase la criada. Colocando de nuevo las antiguas flores*). Me irrita lo entrometida de esta sirvienta. Pero no cabe duda que conoce a mi hermana más que yo.

ELVIRA.—También tú, están con un genio que no se te puede ni hablar.

JOSEFINA.—Nunca he tolerado que me depriman.

ELVIRA.—No veo que te depriman. Hija, se diría que te está amargando el solterismo.

JOSEFINA.—Eso es una necedad. ¿Cuándo me has visto desesperada por casarme? ¡Siempre se ha de encubrir la altivez con otro nombre!

ELVIRA.—Cada día estás más irascible.

JOSEFINA.—Porque cada día se me hace más duro el pan que comemos en tu casa.

ELVIRA.—Hablas de necedad, y todo eso lo dices porque no te he aplaudido el cambio de los muebles.

JOSEFINA.—Lo que me mortifica, no es que desapruebes una iniciativa mía, porque sé que puedo equivocarme, o no gustarte, sino el gesto despectivo, el tono displiciente con que respondes: ¡ese eterno desgano

con que te diriges a mí, como si toda mi actividad y todo mi afán por serte útil estuviera pagado de antemano con la hospitalidad que nos ofreces!

ELVIRA. — Yo no las obligo a aceptarla. (*Medio mutis por izquierda*).

JOSEFINA.—Ya lo sé...

SARA.—(*de blanco. Por el foro*). ¿Qué querías?

ELVIRA.—Nada. (*Vase. Entra Laura por el foro, de luto.*)

SARA.—(*Encogiéndose de hombros*) Mejor. (*Medio mutis, por el mismo*).

JOSEFINA.—¡Sara! El chico está hecho un infierno, con los dientes. Debe haberte llamado para que lo hagas callar.

SARA.—¿Para qué tiene el ama?

JOSEFINA.—Sabes que ella no consigue callarlo.

SARA.—Yo no soy niñera para estar todo el día con el fusil al hombro. (*medio mutis por el foro*).

JOSEFINA.—(*imponiéndose*). ¡Sara!

SARA.—(*haciendo mutis por izquierda*). ¡Oh! ¿Qué culpa tengo yo de que el chico le estén saliendo los dientes? (*Vase*).

LAURA.—Este demonio de muchacha no quiere hacer nada.

JOSEFINA.—Menos mal que la vas conociendo.

LAURA.—Nunca la he defendido. Y si alguna vez me he interpuesto entre Vds. ha sido para evitar discusiones enojosas; porque no me parece bien que dos hermanas se peleen.

JOSEFINA.—Llamas pelear a decirle cuatro verdades, que se las debiste decir tú, pero cuando era mucho más chica, porque a esta edad ya no se aprende.

LAURA.—Hija, estás agresiva.

JOSEFINA.—Elvira acaba de decirme lo mismo. Y es verdad. Estoy agresiva; porque estoy mortificada; porque me siento deprimida; porque... Mira, mamá, no vayas a tomarlo como una falta de respeto, pero es necesario que hablemos francamente y nos pongamos de acuerdo, si no mañana mismo me coloco de institutriz, de niñera, de sirvienta. Ya no me quedo ni

un día más en esta casa. Van doce meses de esclavitud insoportable.

LAURA.—¿Qué te sucede?

JOSEFINA.—Acabo de tener una discusión muy enojosa con Elvira. Y con esta es la vigésima vez que tenemos algún rozamiento o recibo alguna indirecta.

LAURA.—¿Por Sarita?

JOSEFINA.—Por Sarita parecería razonable, desde que no se comide a hacer nada. Lo singular es que es por mí.

LAURA.—¿Por qué?

JOSEFINA.—Porque hago mucho.

LAURA.—Es un contrasentido.

JOSEFINA.—Es la consecuencia indispensable de vivir agregada: si haces poco, porque haces poco; si haces mucho, porque haces mucho. Y esto que te parece un contrasentido, se explica unas veces, porque la dueña de casa es muy activa y tiene celos de que la usurpen sus facultades metiéndose en su manejo; y otras, porque es muy indolente como mi hermana y tu actividad la pone en evidencia. De modo que no hay forma de darles en el gusto. Y el miserable bocado que te llevas a los labios, tiene más de veneno que de alimento.

LAURA.—¡Creía que se llevaran bien.

JOSEFINA.—Porque yo he tragado silenciosamente ese veneno. — Demasiado pesar tenían con la muerte de papá. Por otra parte antes de decírtelo he ensayado todos los sistemas, todos. La he alabado delante del marido, atribuyéndole hasta cosas hechas por mí, porque buen cuidado he tenido siempre de no hacer nada delante de él, para no servirle de contraste, y me ha dicho que no necesitaba de reclame; eso siquiera me ha parecido muy honesto. Me he encerrado varios días en los límites de nuestras habitaciones e incurrí en el descomedimiento de Sarita. Le pedí que me dejara por completo el manejo de la casa, y por poco el servicio se organiza en mitin de protesta. Y con razón. ¡Tendrías que ver! Darle contada la ropa a la planchadora, era dudar de su hono-

rabilidad, cuando nunca se le había hecho semejante ofensa! ¡Sumar una libreta de gastos...! ¡Pesar los objetos de los proveedores...! Todo eso era provocar protestas, y como Elvira llegara a hacerse eco de ellas, estallé, aquel día que me viste llorando, y le dije que su casa era un derroche, a lo que contestó que yo estaba acostumbrada a las sicaterías de la nuestra.

LAURA.—¿De casa, cuando nunca se ha mezquinado nada?

JOSEFINA.—Había orden, mamá; y papá me lo agradeció antes de morir. Pero eso es para que veas.

LAURA.—Ahora que tú me pones en antecedentes, te diré que Alberto me parece serio conmigo.

JOSEFINA.—Es posible que esté fastidiado. Y con razón mamá; está en su casa y no tiene por qué soportar estas cosas. Somos nosotras las que debemos irnos.

LAURA.—Adónde, desprovistas en absoluto de recursos?

JOSEFINA.—Nuestra ida se vincula al pretendido festejo o noviazgo de Sarita, que nos trajo a esta casa, a pesar mío, y de lo cual hemos de hablar. Pero, antes, yo necesito una cosa de tí.

LAURA.—Tú dirás.

JOSEFINA.—Que me apoyes, mamá, incondicionalmente, aunque te parezca que estoy equivocada. Necesitamos proceder con energía y si tú tienes confianza en mí, debes apoyarme. Sarita está muy grande y podría sublevárseme.

LAURA.—¿Cuando te contrarío?

JOSEFINA.—No basta eso. Una cosa es callar y otra muy distinta es decir: "Josefina tiene razón". Esto es lo que yo te pido. ¿Aceptas, mamá?

LAURA.—Sí, hija, sí.

JOSEFINA.—Lo demás corre de mi cuenta. Ya tengo trazado nuestro programa.

ESCENA IV

DICHOS, SARA, *luego* ALBERTO

SARA.—(*por izq.*) Mamá, pregunta Alberto si puedes recibirlo. Desea conversar contigo.

LAURA.—(*alarmada*).—¡Alberto! ¿Ha ocurrido alguna novedad en la casa?

SARA.—Que yo sepa la única es que se ha despedido la sirvienta. (*a Josefina*) porque tú la retaste.

JOSEFINA.—¡Otro adherente al mitín de protesta! No tiene importancia mamá (*A Sara*) Hazlo pasar. (*Vase Sara*). Recíbelo tranquila. Y por cierto, tú no sabes nada de estas cosas. (*entran Alberto y Sara por izquierda*).

JOSEFINA.—Ven conmigo, Sarita (*vanse ambas por el foro*).

ESCENA V

LAURA *y* ALBERTO, *luego* JOSEFINA *y* SARA

ALBERTO.—He estado esperando alguna actitud de parte de Vds. en el asunto de Sarita con el caballero Gutiérrez, temeroso de que mi iniciativa pudiera interpretarse como un acto de hostilidad ya que nuestra convivencia ha originado entre Elvira y Josefina, no sé si también Sarita, ciertos rozamientos enojosos a los que he permanecido absolutamente ajeno. Fallecido Don Guillermo, coincidimos con Elvira en ofrecerles nuestro techo, y sólo causas muy graves que no espero lleguen a producirse, podrían modificar mi ofrecimiento que lealmente mantengo. Aceptamos también que el señor Gutiérrez visitara nuestra casa, por Sarita. Esto en sí mismo no tiene importancia ni nos ocasiona ninguna incomodidad: se trata de un hecho corriente... la señora atiende sus visitas... Pero hace unos días las hermanas de ese caballero han negado el saludo a sus niñas, y este hecho que

no sé si él lo ha explicado, aunque no tiene explicación posible, ha cambiado fundamentalmente para mí su situación, en el sentido de que debe adoptar una actitud definitiva: o fijar fecha a su matrimonio, o retirarse. Como dueño de casa y único hombre de la familia, me violenta sobremanera su situación equívoca y estoy resuelto a interpelarlo hoy mismo, que es día de visita, si Vd., señora, no adopta otra resolución que salve mis escrúpulos.

LAURA.—Sabía lo del saludo de las muchachas y lo he atribuído a vanidad, porque no se les ha dado motivo. Pero... ¡Es un asunto tan serio! ¿Lo ha consultado Vd. con Elvira?

ALBERTO.—Señora, perdóneme Vd... Cuando se trata de mi particular delicadeza, mis resoluciones no las consulto con nadie.

LAURA.—Tratándose de la felicidad de mi hija, Vd. ha de permitirme que antes de contestarle converse con Josefina.

ALBERTO.—Me parece bien señora. Espero su respuesta. Hasta luego. (*vase por izquierda*).

LAURA.—(*Llamando*) ¡Josefina! (*Entran Josefina y Sara por el foro*). Déjanos, Sarita.

SARA.—(*Haciendo mutis por la misma*). ¡Jesús, con la familia misteriosa!

ESCENA VI

JOSEFINA *y* LAURA, *luego* SARA *y* EDUARDO

LAURA. — Después de lo que tú me has contado nuestra situación se complica en esta casa.

JOSEFINA.—¿Se refirió a mi disgusto con Elvira?

LAURA.—Incidentalmente, dijo que él se mantenía ajeno a todas estas cosas.

JOSEFINA.—Luego ¿de qué vino a hablarte?

LAURA.—Del noviazgo de Sarita. Dice que después de haberles negado el saludo las muchachas de Gutiérrez,

él no permite que su hermano continúe visitando, a menos que fije fecha. Y en ese sentido hoy mismo va a interpelarlo.

JOSEFINA.—Me parece muy bien, mamá.

LAURA.—Es ponerle al otro una pistola al pecho.

JOSEFINA.—Es resolver decorosamente una situación que me tenía en ascuas. Yo agradezco a mi cuñado que se haya adelantado a mis propósitos; porque estas cosas son tan íntimas, se miran con tal egoísmo, que temía que mi actitud pudiera interpretarse mal, y hasta si tú quieres temía equivocarme. Intervenir en el destino de las personas que nos son queridas, hacerlas víctimas de nuestros posibles errores... es terriblemente penoso. Pero cuando concuerda el criterio que nos dicta nuestro cariño, con la opinión de un hombre honrado como Alberto, ya no hay razón para trepidar. En lo único que discrepo es en que sea él quien intervenga; podría ocasionarle un incidente, sin necesidad, desde que tú tienes autoridar para hacerlo.

LAURA.—¿Yo, hija?

JOSEFINA.—Yo en tu nombre.

LAURA.—Me parece demasiado violento.

JOSEFINA.— No olvides nuestro convenio; "Josefina tienes razón".

LAURA.—Habrá que prevenir a Sarita.

JOSEFINA.—Ahora mismo. (*Llamando*) ¡Sarita!

SARITA.—(*entrando*) ¿Terminó el misterio?

LAURA.—Se trata de tí. Por eso te alejamos.

SARA.—Ya me lo figuraba.

JOSEFINA.—Llevas eso adelantado.

LAURA.—Acabo de resolver, por iniciativa de Alberto, imponerle a Gutiérrez que fije fecha o se retire.

SARA.—¿Qué dices?

JOSEFINA.—Que después del desaire sin nombre que nos han hecho las hermanas de tu novio, no saludándonos porque dejamos de ser ricas, según ellas creían, tu novio no tiene más que dos caminos a seguir: c desautorizar esa actitud y desagraviarte fijando fe-

cha para tu matrimonio, o solidarizarse con la grosería y retirarse.

SARA.—¿Y tú qué tienes que meterte en mis asuntos?

JOSEFINA.—Si fueran absolutamente tuyos, bien cuidado tendría de meterme .Pero se trata de asuntos que desgraciadamente interesan a toda la familia, y toda la familia, empezando por Alberto, que es un señor muy honorable y de quien no puedes dudar, ha resuelto intervenir en el sentido que acabas de oirlo. De modo que ya estás prevenida. Lo recibiré yo cuando venga.

SARA.—¡Pero, mamá, cómo van a decirle nada si no hace un año que me visita?

LAURA.—Has oído las razones que nos determinan a hacerlo.

SARA.—¿Y qué tiene que ver él con las hermanas? Son cosas de Josefina que te ha calentado la cabeza. (*Haciendo mutis por el foro, llorando*). Ella porque es una solterona.

JOSEFINA.—¿Ves mamá, como temía las interpretaciones equívocas?

LAURA.—No le hagas caso.

EDUARDO.—(*por derecha*) Buenas tardes. ¿No incomodo?

LAURA.—Adelante, Eduardo. (*a Josefina*) Le diré a Alberto lo que hemos resuelto porque me pidió que le contestara.

JOSEFINA.—Dile que estamos perfectamente de acuerdo; pero que eres tú la que va a intervenir.

LAURA.—(*a Eduardo*) Ya vuelvo. (*vase por izquierda*).

SARA.—(*Por el foro y haciendo mutis por la izquierda*) Yo voy a hablar con Alberto, porque tú no tienes derecho a meterte en las cosas que pasan en su casa. Tiene razón Elvira: eres una metida. (*Vase*).

ESCENA VII

JOSEFINA *y* EDUARDO, *luego* LAURA

EDUARDO.—(*Cohibido*) Yo siempre tengo miedo de incomodar.

JOSEFINA.—Llega usted providencialmente.

EDUARDO.—Vengo a traerle un dinero a su mamá.

JOSEFINA.—¡Dinero!

EDUARDO.—(*fingiendo*). Antes de fallecer Don Guillermo, me dió unos pagarés que tenía guardados por incobrables, para ver si yo podía conseguir algo. Preocupado con su salud me olvidé de esos papeles hasta la otra tarde en que, conversando con la señora, me contó que habían quedado tan pobres... Entonces me acordé, y fuí a cobrarlos. Uno de los deudores me pagó... quinientos pesos... Son estos.

JOSEFINA.—Así resulta doblemente providencial su visita, porque no tendré que hacer intervenir a mamá en la realización de mi proyecto. Siéntese.

EDUARDO.—¡Cómo me alegra, señorita Josefina!

JOSEFINA.—Siéntese. Ahora voy a pedirle un servicio.

EDUARDO.—Los que quiera. No tiene más que decir.

JOSEFINA.—Hemos resuelto abandonar esta casa. (*Lagrimea*). Después le contaré las causas... Cosas de familia.

EDUARDO.—No tiene que decirme nada, señorita Josefina. Ordene lo que quiera.

JOSEFINA.—Queremos alquilar una casita en las afueras de la ciudad, muy modesta, lo más modesta imaginable, para mudarnos mañana mismo, si es posible.

EDUARDO.—¿De qué lado la quieren?

JOSEFINA.—Podría ser por Belgrano. Que quede a dos o tres cuadras del tranvía a lo sumo.

EDUARDO. — Si fuera por Palermo, yo tengo un amigo que me ofreció una.

JOSEFINA.—Lo mismo es Palermo.

EDUARDO.—Mi amigo vive a dos cuadras de aquí; sería el caso de ir en un momento y tomarla.

JOSEFINA.—Pues, la toma.

EDUARDO.—Sí, pero: es una casita muy pobre... casi miserable.

JOSEFINA.—¿Se puede materialmente vivir en ella?

EDUARDO.—Vivir... se puede. Yo la he visto. Tiene una

puertita de cancel que algo la adecenta... pero está bastante deteriorada.

JOSEFINA.—No importa, la toma. Ya veremos en todo caso de cambiarnos. Con ese dinero paga el alquiler, los meses que sean necesarios. Y si le exigieran fiador, ofrece a nuestro cuñado. Yo creo que no se rehusará.

EDUARDO.—Fiador soy yo, si se necesita.

JOSEFINA.—¿Con qué responsabilidad Eduardo?

EDUARDO.—¿Responsabilidad con estas muñecas? Ahora trabajo de acopiador para una de las casas más fuerte de Buenos Aires. Responsabilidad no me falta y dinero es lo que me va a sobrar. Lo que no tengo es cultura: soy rústico. A veces se me ocurren algunas cosas, que si las pudiera decir... ¡Pero qué!... Me dá vergüenza; tengo miedo de decir disparates. Y gracias todavía a don Guillermo que me hacía ir de noche a la escuela de comercio.

JOSEFINA.—Sabe bastante para su profesión.

EDUARDO.—¡Eh!... ¡Siempre sueño con cosas que no están a mi alcance!

JOSEFINA.—A todos nos pasa lo mismo, Eduardo.

EDUARDO.—Me voy a buscar la casa.

JOSEFINA.—Para que el servicio resulte completo, conseguida la casa, ordene al depósito en que están nuestros muebles que lleven mañana temprano...

EDUARDO.—Eso lo haré por teléfono.

JOSEFINA.—...tres juegos de dormitorio, el de comedor, baño y batería de cocina.

EDUARDO.—¿Sala, no?

JOSEFINA.—¿Para qué, si usted va a ser nuestra única visita y usted es de confianza?

LAURA.—(*por izquierda*) Está Gutiérrez. Ya lo hacen pasar.

JOSEFINA.—Vete, mamá. Y no salgas si no te llamo. (*vase Laura por el foro*). Pase por aquí, Eduardo. Confío en su actividad.

EDUARDO.—¡Sin casa no me vengo! (*váse por derecha*).

ESCENA VIII

JOSEFINA, GUTIÉRREZ, *luego* EDUARDO SARA *y* LAURA

GUTIÉRREZ.—¿Cómo lo pasa, señorita Josefina?

JOSEFINA.—Muy bien Gutiérrez.

GUTIÉRREZ.—Y su mamá? ¿Y Sarita?

JOSEFINA.—Sarita buena; mamá un poco resfriada. Tome asiento. Le ha de extrañar que yo lo reciba.

GUTIÉRREZ.—No estará en casa Sarita.

JOSEFINA.—Sí, está. Pero yo tengo una misión de mamá ante usted, y Sarita no vendrá hasta que hayamos terminado.

GUTIÉRREZ.—¿Una misión?

JOSEFINA.—Que puede parecerle muy natural o muy desagradable.

GUTIÉRREZ.—Explíquese usted.

JOSEFINA.—A eso voy, y le prometo usar de la mayor franqueza.

GUTIÉRREZ.—Desde luego.

JOSEFINA.—En vida de papá, su familia y la mía mantuvieron una cordial relación. Eso dió lugar a que usted visitara durante varios meses nuestra casa y se dedicara a Sarita, más o menos ostensiblemente, pero sin pedido previo, a título de amigo. Papá tenía un alto concepto de usted... de todos los suyos... y cuando lo consintió, es porque le fué digno de toda su confianza. Muerto él, quedamos en el mayor desamparo. Tenía mi padre grandes negocios en trámite... mucho vigor.. mucha fe en el porvenir... La muerte se lo llevó todo dejándonos poco menos que en la miseria. Mi primer pensamiento — que hoy lamento no haber luchado más por realizarlo — fué reducirnos a la medida de nuestros medios. Pero se presentó el problema de Sarita. ¡cómo reducirla! ¡privarla de sus toiletts!... ¡del marco que le daba el ambiente de lujo en que había vivido!... Era poco menos que ahuyentarle el festejante.

GUTIÉRREZ.—Señorita, hace usted conjeturas que considero ofensivas.

JOSEFINA.—Le refiero a usted lo que pensamos nosotras, con toda franqueza. Lo que piensa usted, después va a decírnoslo (*pausa*). Se presentaron entonces mi cuñado y mi hermana Elvira a ofrecernos su casa, por muchas razones de afecto y esta otra relativa a Sarita que fué la que me convenció. Yo quiero mucho a Sarita; mi padre me la recomendó al morir.. Y acepté hacerme cómplice con mi familia en la tarea de conquistarlo a usted. Me redime en parte de este delito la idea de que vivir así del favor de nuestro pariente, no acusa mucha holgura que digamos. (*pausa*). A los quince días de muerto papá, nos hizo usted aquí la primera visita, y como no podía continuar frecuentándonos a título de amigo, en una casa extraña, pidió usted visitar. De esto van a ser doce meses.

GUTIÉRREZ.—Entiendo que mi conducta ha sido irreprochable.

JOSEFINA.—Si no hubieran ocurrido cambios en la relación de nuestras familias, sí. Pero la suya ha dejado de saludarnos, sin causa alguna, que no sea nuestra pobreza, lo que decorosamente no puede considerarse una causa.

GUTIÉRREZ.— Es indudablemente ingrata para mí la actitud de mi familia; pero no puede hacérseme responsable de ella.

JOSEFINA.—Responsable, de ningún modo; la prueba es que se le ha seguido recibiendo con igual deferencia; pero tampoco puede considerársele extraño, desde que se trata de su familia. Y como usted no se ha pronunciado..

GUTIÉRREZ.—¿En qué sentido?

JOSEFINA.—O desagraviando a su novia, fijando fecha para su enlace, o haciéndose solidario de la conducta de su familia y retirándose.

GUTIÉRREZ.—¡Señorita!

JOSEFINA.—Por encargo de mamá, lo coloco a usted en esta disyuntiva.

GUTIÉRREZ.—Es una actitud extraordinario. Se diría que hay apuro en casar a Sarita.

JOSEFINA.—Hay delicadeza, y el deber moral ineludible de velar por ella. Si hubiéramos continuado en buena armonía con los suyos, habríamos consentido su festejo fiados en la garantía que le presta la familia; pero alejada la suya, tal vez por causa de ese festejo, estamos autorizados a temer que usted con la misma lógica se declare desligado el mejor día.

GUTIÉRREZ.—No deja de ser antojadizo.

JOSEFINA.—Sobre todo, Gutiérrez. ¿Usted quiere o no quiere a Sarita; tiene o no tiene su situación económica definida?... Si no la quiere, esta es una brillante oportunidad para desligarse; si no tiene su situación económica definida, mamá no autoriza un noviazgo a realizarse para mejor fortuna. Si la quiere y tiene con qué casarse, no hay razón para esperar.

GUTIÉRREZ.—(*turbado*). Yo la quiero, pero trato de conocerla.

JOSEFINA.—Sarita es un libro abierto que el menos perspicaz conoce a las veinte y cuatro horas. Y si usted no ha logrado conocerla en el tiempo que la trata yo lo pondré al corriente en dos minutos. Es una chica honesta, nacida en un hogar honorable; tiene un corazón excelente, pero es muy mal criada; capaz de dar la vida si fuera necesario, como de irritarse a la menor contrariedad; tiene cultura social bastante completa; habla francés, pinta, toca el piano y hasta baila tango. No se puede pedir más. Es un "bijou" para un hombre de fortuna; si es usted pobre y busca una "compañera" no se la recomiendo, porque no se sabe dar una puntada.

GUTIÉRREZ.—Yo, señorita Josefina, desearía continuar tratándola. Su opinión es personal, quien sabe si concuerda con ella.

JOSEFINA.—(*de pie*). En nombre de mamá le pido entonces que devuelva a Sara su palabra.

GUTIÉRREZ.—Ya veremos lo que haré.

JOSEFINA.—Eso implica una amenaza indigna de usted. Como caballero debe empezar por devolver la palabra que se le pide.

GUTIÉRREZ.—Muy bien. Pero yo quiero hablar con Sarita antes de retirarme.

JOSEFINA.—No hay ningún inconveniente.(*por el foro hacia adentro*). A Sarita que venga.

EDUARDO.—(*Por derecha. Sin ver a Gutiérrez*). Ya está la casa señorita Josefina. Y ya ordené también el trasporte de los muebles.

JOSEFINA.—Un momento Eduardo. (*Eduardo se apercibe de la presencia de Gutiérrez. Entra Sara por el foro*). Sarita, a pedido de mamá, este caballero te devuelve tu palabra. Devuélvele tú la suya porque desde este momento quedan rotas las relaciones de ustedes.

SARA.—(*suelta el llanto*).— Por tí que le has calentado la cabeza a todos los de esta casa.

JOSEFINA.—No digas eso, porque no es verdad, y pensaré que eres una perversa, cuando acabo de ponderarte como bondadosa.

SARA.—Lo que siento es no ser mayor de edad para que no se metieran en mis asuntos.

JOSEFINA.—Afortunadamente para tí no lo eres todavía.

GUTIÉRREZ.—Muy bien, señorita. Me retiro. Deseaba saber antes hasta qué punto Sarita participaba de su opinión.

JOSEFINA.—No es mi opinión, señor. Es un mandato de mi madre. (*llamando*) ¡Mamá!

GUTIÉRREZ.—No la incomode. (*entra Laura por el foro*).

JOSEFINA.—Ratifica ante este caballero la misión que me encomendaste, porque según Sarita, son cosas mías.

GUTIÉRREZ.—No es necesario.

LAURA.—Yo lo he dispuesto.

GUTIÉRREZ.—Buenas tardes. (*vase por derecha*).

EDUARDO.—Venía a calentar las sillas.

SARA.—(*en el colmo de la indignación*). ¡Qué se mete usted en lo que no le importa! (*Eduardo se lleva la

mano a la boca arrepentido de su espontaneidad y hace mutis por derecha). ¡Hasta los sirvientes opinan contra mí en esta casa! ¡Esto es un colmo! ¡Me van a enloquecer! (*vásе por el foro. A los gritos entran Elvira y Alberto por izquierda*).

ESCENA IX

JOSEFINA, LAURA, ELVIRA *y* ALBERTO

ELVIRA.—¿Qué ocurre? ¿Qué son estas voces?

ALBERTO.—¿Han tenido algún incidente con Gutiérrez?

JOSEFINA.—No. Acabamos de cumplir la primera parte de un programa que nos trazamos; exigimos a Gutiérrez, de acuerdo con usted, que definiera su situación, y ha optado por retirarse. La segunda parte es tal vez más dolorosa, y se refiere a nuestra ida de esta casa.

ALBERTO.—¿Por qué causa?

JOSEFINA.—La razón principal que nos indujo a aceptar esta hospitalidad de ustedes, ha desaparecido con la ruptura del noviazgo de Sarita, y por lo tanto mañana nos mudamos.

ELVIRA.—¿A dónde?

JOSEFINA.—A una casa muy modesta, casi miserable.

ELVIRA.—¿Con qué van a vivir?

JOSEFINA.—Mamá conserva algún dinero, y Sarita y yo trabajaremos. A ella le haremos dar lecciones de francés, yo escribiré a máquina; aprovecharé lo que aprendí por curiosidad, alegremente, al lado de papá.

ELVIRA.—Nosotros no podemos consentir semejante cosa, ¡Qué dirá la gente! ¡Va a deprimirnos!

JOSEFINA. — Papá que era un hombre muy altivo y cuya opinión es para mí el evangelio, me dijo antes de morir que en la más cruel de las servidumbres es posible levantar la frente. Tú lo juzgas de otro modo, con algún egoísmo, olvidando que si nuestra futura condición de obreros puede repercutir socialmente

sobre tí, nuestra condición actual de "agregadas" es deprimente para nosotras.

ALBERTO.—Señora, yo he puesto todo lo que ha estado de mi parte para hacerles amable esta hospitalidad. Sin embargo, respeto la resolución de ustedes y me pongo incondicionalmente a sus órdenes.

LAURA.—(*lagrimeando, en segundo término*). Gracias Alberto.

ELVIRA.—(*se deja caer llorando en una silla*). Se va por tonterías. Yo siempre las he tratado con el mayor cariño.

JOSEFINA.—¿Piensas acaso que lo desconocemos? ¿Y crees, acaso, que dejaremos de quererte? (*acariciándola*). No, hermana mía, no. Ni tú ni nosotras hemos cambiado nuestro corazón. Son las circunstancias que han cambiado nuestra dignidad: la tuya continúa en la figuración social; la nuestra empieza en el trabajo.

TELON

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Comedor ricamente amueblado contrastando con la arquitectura modesta de la casa y el papel descolorido de las paredes.

ESCENA I

JOSEFINA *y* LAURA, *luego* SARA, *luego* LUISA

JOSEFINA.—(*Quitando un papel de la máquina de escribir*) Estas circulares las dejaré para mañana, porque se me va a hacer tarde.

LAURA.— ¿Qué tienes que hacer ahora?

JOSEFINA.—Colocar estas otras en sus sobres. (*llamando*) ¡Sara!

LAURA.—¿Quieres que te ayude!

JOSEFINA.—Voy a ver si consigo que me ayude Sara. (*llamando*). ¡Sarita!

SARA.—(*de mal modo por izquierda*) ¿Qué?

JOSEFINA.—¿Quieres ayudarme a doblar estas circulares?

SARA.—Ahora no puedo. (*vase*).

JOSEFINA.—¿Qué hace?

LAURA.— No lo sé.

JOSEFINA.—Está muy misteriosa. En algo anda.

LAURA.—Dame, yo te ayudaré.

JOSEFINA.—No, mamá. Tú debes vestirte para ir a saludar a Elvira, que hoy es su día.

LAURA.—Iré dentro un momento a cumplir con ella; aunque por más que hagamos, no nos perdona la ida de su casa.

JOSEFINA.—¡Qué le vamos a hacer! Es muy sensible. Pero convengamos en que hace dos meses que vivimos. Yo me siento otra persona: estoy en mi casa; tengo

libertad, por lo menos me hago la ilusión de que la tengo, aunque viva más esclavizada que antes.

LAURA.—Cada día admiro más tu temple.

JOSEFINA.—Es cuestión de educación, mamá. Yo he tenido la suerte de hacerme cargo del manejo de nuestra casa. Y eso y los consejos de papá, me han dado una conciencia de mi propia fuerza que a veces a mí misma me sorprende. Como que estoy segura de que si a todas las mujeres nos educaran para pobres, habría muchas menos desdichadas, en el mundo. ¡Pero nos educan nada más que para ricas! Y ¡quién se resigna a doblegar la frente, en caso necesario! Ahí tienes a Sarita: no quiere hacer nada.

LAURA.—¡Nunca se me ocurrió pensar que pudiéramos llegar a una situación tan afligente!

JOSEFINA.—¿Qué culpa tienes tú, si tampoco te enseñaron a preverlo como una contingencia posible de la vida?

LAURA.—Y estoy tan aferrada a mis costumbres que cada vez que te veo salir a tu empleo, me pondría a llorar a gritos.

JOSEFINA.—Se explica: hay que vencer el prejuicio de desprecio que tenemos por el trabajo. Y no creas que a mí me hace mucha gracia verme confundida entre un montón de empleadas. Sin embargo, a veces reflexiono que esas empleadas si no fueran honestas podrían no trabajar para vivir; y lejos de avergonzarme, me conforta su compañía. ¡Pobres! ¡Vieras, mamá! Hay algunas demacradas, consumidas por la necesidad y la fatiga, que concurren infaltables a ganarse el pan. Luchando a brazo partido con la vida, defendiéndose, esas pobres explican mejor que nosotras las palabras del Señor: "La mujer fuerte".

LAURA.—No cabe duda que lo son.

JOSEFINA.—¡Ya no seré más su compañera, aunque como ellas continúe trabajando?

LAURA.—¿Estás definitivamente resuelta a no ir desde hoy?

JOSEFINA.—Sí. mamá; ya le he pedido a una amiga que vive en la otra cuadra y que también está en la casa, que me lleve todos los días mi trabajo. Me limitaré a hacer circulares y sobres, aunque me dé menos rendimiento que escribir al dictado.

LAURA.—Me alegra que no vayas más. Lo que temo es que el señor Alvarez te haya faltado al respeto, y sea esa la causa de tu resolución.

JOSEFINA.—Ni remotamente lo pienses, mamá. Alvarez es un señor respetuosísimo, todo un caballero, que desde el primer día me ha tratado con suma deferencia, tal vez, excesiva deferencia; como no lo acostumbra con sus demás empleadas, y por eso mismo no quiero volver. Yo estoy segura que esa actitud la inspira el hecho de haber sido amigo de papá y conocer nuestra penosa situación. Cuando se la referí, para explicarle la causa que me determinaba a buscar un empleo, recuerdo que se conmovió, y aun cuando no tenía suficiente práctica de la máquina, me empleó en su escritorio, para que le escribiera la correspondencia importante de la casa. Pero, de seguir aceptando sus atenciones, quién sabe lo que llegaría a pensar de mí. Además, es joven, tiene un exquisito trato, subyuga su conversación... y yo, francamente, tengo miedo de concluir enamorándome. El es rico, tiene una inmensa fortuna, y seguramente, sus aspiraciones están muy por encima de mí. Luego, a qué voy a sufrir con su amor imposible. Mejor es alejarme. (*entra Luisa*). Aquí tienes a mi amiga, mamá. Adelante, Luisa. Voy a tener el placer de presentarle a mi madre.

LUISA—Tanto gusto, señora. ¿Ya ha terminado?

JOSEFINA.—Me falta muy poco.

LUISA.—Yo la ayudaré. Se me va a hacer tarde.

LAURA.—Con su permiso, señorita. Queda usted en su casa. (*vase por derecha*).

LUISA.—Gracias, señora.

ESCENA II

JOSEFINA *y* LUISA

LUISA.—¿De modo que resueltamente no quiere ir más?

JOSEFINA.—Sí, Luisa. Lo que sentiré es tener que incomodarla a diario para que me lleve el trabajo.

LUISA.—¡Vaya con la incomodidad! Me queda de paso. Pero no me explico su resolución cuando el señor Alvarez la trata tan bien. Nosotras creíamos que estuviera enamorado de usted.

JOSEFINA.—¿De mí?

LUISA.—A juzgar como la ha tratado siempre... con la atención que la escucha... cómo la observa, cuando usted escribe!...

JOSEFINA.—Por todo eso, Luisa, no quiero volver más. Yo no estoy en condiciones de aspirar a un casamiento semejante. Usted comprende que sería ridículo. Y tampoco deseo que se pueda pensar mal de mí si continúo aceptando sus atenciones. De modo que usted me hará el servicio de marchar con esto. (*aludiendo a una caja en que ha colocado los sobres*). Y excusándome pretextando de que estoy enferma.

LUISA.—Perfectamente. De regreso, a la pasada, le dejaré el trabajo que le manden para mañana.

JOSEFINA.—Muchas gracias. Hasta luego, Luisa. (*vase Luisa por el foro. Entra Sara por izquierda*).

ESCENA III

JOSEFINA *y* SARA

SARA.—¿Qué querías de mí?

JOSEFINA.—A buenas horas! Ayúdame a correr la máquina. (*Cubre la máquina de escribir y la corren hacia derecha*). ¡Qué tienes en los dedos?

SARA.—Nada.

JOSEFINA.—¿Cómo nada? ¿Y esto?

SARA.—Es tinta.

JOSEFINA.— ¿A quién has escrito?
SARA.—A nadie. Copié de un libro.
JOSEFINA.—¡Sara, no quiero ni pensar que después de lo ocurrido, mantengas correspondencia con Gutiérrez!
SARA.—Siempre estás con lo mismo! ¡Déjalo en paz a Gutiérrez!
JOSEFINA.—El y tú son los que debían dejarnos en paz a nosotras. Puedes decirme ¿a qué pasa todos los días por aquí?
SARA.—Le dará la gana.
JOSEFINA.—¿Pretenderá de verdad casarse contigo? ¿Por qué no viene francamente a decirlo?
SARA.—¡Después que lo echaron, con ganas ha de estar de volver!
JOSEFINA.—Lo despedimos porque venía de mala fe, a burlarse de tí y de toda la familia. Pero si tú sabes o sospechas que ahora está dispuesto a casarse, en este mismo instante le pido a mamá te autorice a escribirle, diciéndole que venga, no a tratarte, que ya te debe conocer de memoria, sino a casarse.
SARA.—Yo no quiero saber nada.
JOSEFINA.—(*Cariñosa*). Vamos Sarita. Te pido que seas un instante razonable. Aunque con frecuencia me contestas groserías, yo te tengo un gran cariño y temo a veces, en mi afán de velar por tí, pueda expresarme con demasiada vehemencia. Pero ahora tú y yo estamos perfectamente tranquilas y podemos conversar con calma. ¿Tú piensas de verdad que yo pueda tener celos de tu matrimonio? ¡Ah Sarita! ¡Si tú te casaras, alzaría los brazos al cielo con un fervor y una gratitud como no he sentido nunca; daría por compensados todos mis sinsabores; me parecerían justas todas nuestras desgracias, hasta esta misma, que es la más cruel de las injusticias! (*pausa*). ¿Estás enamorada de Gutiérrez? Dime la verdad. Yo te ayudaré a que lo olvides. (*pausa.—Mientras Sara se moja el índice en los labios y procura quitarse la tinta sobre las faldas*). No has querido trabajar.. Te pedimos que

dieras lecciones de francés, lo sabes perfectamente; podías enseñarlo y sacar así algún provecho de lo que ha costado tanto que aprendieras. No lo quisiste. Te mortificaba "el qué dirán"... Te pedí que me ayudaras a escribir a máquina, haciendo sobres, que es una tarea sencillísima, que tú conoces, aquí, lejos de la vista del público, donde no tenías que temer "al qué dirán". Hoy mismo, si me hubieras ayudado haciendo los sobres con las direcciones de esta lista, hubiera podido mandar todas las circulares. Tampoco lo quisiste. Apenas si conseguí que te sentaras dos días frente a esta máquina que te inspira más terror que un banquillo!... ¡Y yo he consentido también que no trabajes! ¡El día que se concluya el poco dinero de que dispone mamá, como yo sóla no podré mantener la casa, recurriremos a la caridad de nuestro pariente! ¡Qué le vamos a hacer! Yo te declaro que antes de tender la mano, agotaría todas mis energías, desafiaría todos los prejuicios. Sin embargo, comprendo que para ello se necesita una cultura especial, que tú, desgraciadamente no tienes. (*pausa*). ¿No te resignas a ser pobre? ¿Crees que Gutiérrez va a colocarte en la opulencia? ¿No comprendes que si no viene lealmente por tí, tampoco hará por tí ningún sacrificio? Contesta. (*al intentar acariciarle la cara, Sara hace un movimiento de defensa llevando sus manos al pecho*) ¿Qué ocultas?

SARA.—(*procurando alejarse*) Nada.

JOSEFINA.—¿Cómo nada? ¿Qué papel es ese?

SARA.—Te digo que ninguno.

JOSEFINA.—Enséñamelo. Por algo lo ocultas.

SARA.—Pues, no.

JOSEFINA.—Te exijo que me lo muestres. (*intenta quitárselo violentamente*).

SARA.—(*luchando*) ¡Suéltame! ¡Mamá!

ESCENA IV

DICHOS *y* LAURA

LAURA.—(*por derecha*) ¡Josefina!

JOSEFINA.—No hay mamá que valga. Entrégamelo, porque no respondo de mí (*le arrebata una carta*).

LAURA.—¡Hijas! ¡Es el colmo llegar a estos extremos!

JOSEFINA.—(*procurando serenarse*) Espera. (*leyendo con indignación reprimida*) "A la señal convenida se aproximará el automóvil. Sube ligero. El chauffeur tiene instrucciones. G..." ¡Gutiérrez!

LAURA.—¡Esto es espantoso!

JOSEFINA.—¿De modo que el campanazo es para hoy? ahora me explico tu actitud misteriosa; el cambio de traje, de calzado; el peinado escrupuloso... Hija para irte a enlodar, te has hecho demasiada toilette!

LAURA.—¡Entra en mi habitación! (*Sara vase por derecha*) Encerrarla, hasta mañana.

JOSEFINA.—¿Y mañana?

LAURA.—¡Encerrarla en un colegio hasta que sea mayor de edad!

JOSEFINA.—¿Y cuando sea mayor de edad, dejarla en libertad, para que haga esto mismo? ¡Apenas tenemos para comer y vamos a gastar en colegio para la niña? ¡No, mamá, no! ¡Virtud que ha de mantenerse, con cerrojos, no es virtud! ¡Basta ya! ¡Demasiado hemos hecho por ella! Es verdad que al cuidarla cuidábamos también que no nos salpicara el fango. Pero, me siento tan fuerte, que ni eso me preocupa. En cuanto a tí, has de cuenta que ha muerto. (*llamando*) ¡Sara!

LAURA.—¿Qué te propones?

JOSEFINA.—Lo contrario que tú: dejarla en libertad.

LAURA.—¡Serénate, hija, que voy a enloquecer!

JOSEFINA.—Sí, mamá. Ya estoy serena. Pero déjame. (*lla-*

mando) ¡Sara! (*entra Sara, en extremo corrida, ocultando su cara con el pañuelo*). Pasa a tu habitación. Resolvemos dejarte en la más absoluta libertad, y lo más cerca posible de la puerta de calle. (*medio mutis de Sara*). No te retires, todavía. Se te previene que no necesitas usar de ningún sigilo para irte. Puedes tranquilamente abrir las puertas que nadie te estorbará. Si lo deseas, indícame las señas convenidas que yo en persona te haré aproximar el automóvil y le recomendaré al chauffeur que te conduzca con calma, no habiendo razón en precipitar la fuga. ¿No lo deseas? ¡Vete! y cierra esa comunicación. ¡Dejanos libres de tí! (*vase Sara por izquierda*) ¡Cierra! (*cierra tras sí la puerta*).

LAURA.—¡Esa chica va a fugarse!

JOSEFINA.—¿Crees que encerrándola no lo haría? Haz de cuenta que se ha muerto. Y, por Dios, mamá no hablemos más de ella. (*vase Laura llorando por derecha. Entra Eduardo por el foro*).

ESCENA V

JOSEFINA *y* EDUARDO, *luego* ALVAREZ

EDUARDO.—¿No incomodo?

JOSEFINA.—Ya sabe Vd. que no, Eduardo.

EDUARDO.—¿Cómo están por aquí?

JOSEFINA.—Nos va muy bien a todos.

EDUARDO.—¡Vaya! ¡Me alegro!

JOSEFINA.—(*incorporándose súbitamente*) ¿Ese ruido fué en la puerta cancel?

EDUARDO.—¿Qué ruido? Yo no he sentido nada.

JOSEFINA.—¿Quiere mirar desde ahí si han abierto la puerta?

EDUARDO.—(*después de mirar por el foro*). No hay nadie. Está cerrada la puerta. Vd. parece que estuviera nerviosa.

JOSEFINA.—Un poco, sí, porque anoche me he acostado algo tarde.

EDUARDO.—¡Es un crimen que Vd. trabaje, señorita Josefina!

JOSEFINA. — ¿Y qué novedades cuenta, Eduardo?

EDUARDO.—Que estoy muy contento con mi nueva profesión. En un mes me he ganado dos mil pesos de comisiones. También le aseguro que trabajo de la mañana a la noche!

JOSEFINA.—A propósito de dinero. Tengo un encargo de mamá para Vd.

EDUARDO.—Con el mayor gusto.

JOSEFINA.—Preguntarle el nombre y apellido del señor que le pagó los quinientos pesos de aquel pagaré; porque, revisando los libros de papá nuestro abogado no ha encontrado ese crédito.

EDUARDO.—(*titubeando*). ¿Ese crédito? ¿Cómo lo va a encontrar? ¿No le dije que era incobrable?

JOSEFINA.—De todos modos, el abogado dice que debía figurar en sus libros.

EDUARDO.—Bueno, es que... ese crédito... don Guillermo no creía cobrarlo.

JOSEFINA.—Hemos pensado con mamá que fuera un acto de generosidad suyo.

EDUARDO.—Yo no, señorita Josefina.

JOSEFINA.—...y usted comprende que no podemos aceptarlo. No sería propio que lo aceptáramos.

EDUARDO.—Propio podría ser, puesto que todo lo que soy y lo que tengo se lo debo a don Guillermo. Pero, como digo... ahora no me acuerdo del nombre del deudor; lo tengo apuntado. Se lo diré otro día.

JOSEFINA.—Es de suponer que no dejará transcurrir un mes para volver.

EDUARDO.—Yo vendría seguido... Si por mi fuera... todos los días; dejaría todos los negocios...

JOSEFINA.— ¿Quién le impide venir? ¿No se le recibe siempre con igual cariño?

EDUARDO.—Es que vengo con temor. Me siento deprimido. Ni la actual pobreza de ustedes, ni mi relativo bienestar, han salvado para mí ninguna distancia entre nosotros. Yo me siento aquel misera-

ble dependiente de Don Guilermo; un sirviente casi... Y a Vd... a Vds. las mismas señoritas que yo miré desde el primer día como a reinas.

JOSEFINA.—¿Cuándo se le ha considerado como a un sirviente, Eduardo?

EDUARDO.—Vd. no. Vd. ha sido conmigo siempre generosa. Y le parecerá mentira si le digo que siempre la recuerdo, así... como una reina. Pero la señorita Sara...

JOSEFINA.—(*volviendo de inmediato la mirada hacia la izquierda*) Sara es una chica aturdida. ¿Quién le hace caso?

EDUARDO.—Yo no le tengo rencor; al contrario, la estimo. Pero me pasa una cosa singular con esta casa. que no me puedo explicar. Cuando estoy lejos de ella ansío venir, y me contengo hasta que no puedo más, y vengo lleno de coraje. Y cuando llego a la puerta de calle me dá este temor invencible.

JOSEFINA.—Tiene Vd. demasiado amor propio.

EDUARDO.—Eh... Yo no sé lo que tengo. (*Llaman a la puerta de calle*).

JOSEFINA.—(*ansiosa*). ¿Quiere ver Eduardo?

EDUARDO.—(*después de mirar por el foro hacia izquierda*) Es un señor joven de bigote negro.

JOSEFINA.—¡El señor Alvarez! No puede ser. (*mirando a través de la ventana*) ¡El es! ¿Quiere hacerlo pasar?

EDUARDO.—Adelante, señor.

ALVAREZ.—(*desde adentro*) ¿La señorita Josefina?

JOSEFINA.—(*adelantándose*) Servidora.

ALVAREZ.—He querido enterarme personalmente de su salud.

JOSEFINA.—Agradezco muchísimo su atención, señor Alvarez. Pase adelante. Tome asiento. Sentiré que mamá no pueda conocerlo porque está algo indispuesta.

EDUARDO.—Con permiso. Voy a saludar a la señora. (*vase por derecha*).

ESCENA VI

ALVAREZ *y* JOSEFINA

ALVAREZ.—Acaba de informarme la señorita Luisa que Vd. está enferma.

JOSEFINA.—Es verdad, señor Alvarez. Pero no es de gravedad.

ALVAREZ.—Según ella estaba bastante mal. Por eso me alarmé y vine en seguida.

JOSEFINA.—Exageraciones de Luisa.

ALVAREZ.—Me alegra que así sea. De modo que mañana o pasado tendré el gusto de volver a verla por allá.

JOSEFINA.—No, señor Alvarez. Mañana y pasado volveré a enfermarme. ¿A qué no decirle la verdad?

ALVAREZ.—Según eso ¿la enfermedad es una excusa? ¿No quiere Vd. volver más a mi casa? ¿Se le ha tratado tan mal?

JOSEFINA.—Por habérseme tratado demasiado bien no debo volver.

ALVAREZ.—No atino a explicarme la razón. Tal vez ha sido una torpeza mía recordarle mi amistad con su señor padre.

JOSEFINA.—Sería suponer en mí una vanidad que no tengo. Desde que las circunstancias me obligaron a trabajar, renuncié a todas las vanidades; y el hecho de llegar a ser empleada de un ex-amigo de papá, lejos de mortificarme, me alegró, porque supuse que esa amistad repercutiría ventajosamente sobre mí, como me lo ha demostrado su trato.

ALVAREZ.—Mi trato lo inspira Vd., exclusivamente. Y créame que me ha costado mantener en silencio hasta aquí toda la admiración que me causa.

JOSEFINA.—No puedo menos que agradecer tan bondadosa impresión, pero como ella le induce a gastar deferencias que Vd. no acostumbra, con las demás empleadas, convendrá en que no debo volver a su casa.

ALVAREZ.—¿Y si yo se lo pidiera?

JOSEFINA.—Con mayor razón, tendría que rehusarme.

ALVAREZ.—Y si yo le dijera, que su presencia ha llegado a serme indispensable ¿sería Vd. tan cruel en resistirse a complacerme ese instante fugaz que pasa frente a mí, como un ángel?

JOSEFINA.—En tal caso mi madre le ofrecería a Vd. esta casa, modestísima, que tiene tanto de cielo como yo de ángel.

ALVAREZ.—¿Me autoriza Vd. a formular ese pedido a su señora madre?

JOSEFINA.—¡Va a encontrar tan pocos atractivos en esta casa!

ALVAREZ.—Encontrándola a Vd. encontraré lo que le falta a mi vida para ser feliz, si tengo la inmensa dicha de llegar hasta su corazón como Vd. ha llegado hasta el mío. (*Josefina se sobrecoge de emoción*): ¡Josefina! Dígame Vd. que sí! (*Josefina sin atreverse a responder vuelve su mirada hacia izquierda*) Es Vd. uno de esos raros ejemplares de mujer que al tratarlas uno no atina a comprender si las admira más que las ama, o si las ama tanto como las admira. Y esta admiración se torna en un respeto tan grande, que intimida; apenas se permite implorar. Y pues que imploro, aliénteme con una palabra suya, deme siquiera la esperanza de que llegará a amarme. (*Josefina le tiende la mano dulcemente. Alvarez la estrecha entre las suyas*). ¡Josefina! Si no resultara una crueldad terrible para Vd. bendecirría todas sus desgracias que la pusieron frente a mí. (*pasa Eduardo por el foro de derecha a izquierda*).

JOSEFINA.—Ellas me hicieron dudar de la bondad de Dios. Ahora vuelvo a creer.

ALVAREZ.—¿Me autoriza usted a pedir?

JOSEFINA.—Siempre que sea razonable.

ALVAREZ.—No trabaje más, Josefina.

JOSEFINA.—Eso no es razonable; implicaría una ingratitud de mi parte.

ALVAREZ.—¿Ingratitud?

JOSEFINA.—Cuando tal vez voy a deberle mi felicidad a este trabajo. ¿No sería ingrato que lo abandonara?

ALVAREZ.—¡Gracias!

JOSEFINA.—La primera vez que descubrí esta máquina de escribir lloré sobre ella, amargamente; después me fuí poco a poco acostumbrando, pero siempre la descubría con dolor. Hoy en cambio, me propongo hacerlo con mucho cariño y muy contenta.

ALVAREZ.—Es Vd. encantadora. (*bésale una mano*). Hasta mañana.

JOSEFINA.—No, hasta mañana no. Espere antes mi respuesta.

ALVAREZ.—La respuesta la doy por recibida. Sólo una crueldad inconcebible la harían, desfraudar mis esperanzas.

JOSEFINA.—Crueldad, no.

ALVAREZ.—Luego, ¿qué?

JOSEFINA.—Mi respuesta está detrás de esa puerta. Es algo ajeno a mí, pero no hasta el punto que pueda considerarlo extraño. Una sombra que me envuelve a pesar mío.

ALVAREZ.—¿Qué?

JOSEFINA.—No pregunte más, ahora. Si le contesto que "sí", lo sabrá todo. Mientras tanto confíe que le tiende una mano una mujer de honor. (*le tiende la mano*).

ALVAREZ.—Perdóneme, fué un movimiento de curiosidad, no de duda...

JOSEFINA.—Mantenga usted sus esperanzas. ¡Yo he vuelto a creer en la bondad de Dios! (*vase Alvarez, Corriendo hacia derecha.*) — ¡Mamá! ¡Mamá! (*entra Laura.*

ESCENA FINAL

JOSEFINA, LAURA, *luego* EDUARDO *y* SARA

LAURA.—¿Qué pasa, hija mía?

JOSEFINA.—¿Y Sarita? ¿Se habrá marchado?

LAURA.—Lo puse a Eduardo en antecedentes y le pedí que vigilara. No ha intentado salir. Está en su habitación. (*entra Eduardo por el foro*).

JOSEFINA.—¡Ay, mamá, que angustia más horrible!

LAURA.—Tranquilízate, hija mía. No desesperes.

JOSEFINA.—Cuando la felicidad llegaba para mí. ella me la desbarata.

LAURA.—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué felicidad es esa?

JOSEFINA.—Figúrate que acaba de estar el señor Alvarez.

LAURA.—Me dijo Eduardo. ¿Y qué?

JOSEFINA.—Se me ha declarado (*gesto de Eduardo*). Quiere casarse conmigo. Y yo le amo pero no me he atrevido a contestarle por la situación en que nos ha colocado Sarita.

EDUARDO.—(*lagrimeando*). La señorita Sara no se ha ido.

JOSEFINA.—¿Llora Eduardo?

EDUARDO.—No lloro. Se me saltan las lágrimas al recuerdo de don Guillermo. El que la quería tanto, ¡cómo se pondría de contento sabiendo que va a ser feliz!

JOSEFINA.—(*suelta el llanto y se deja caer en un sillón*) ¡Papá! ¡Tú lo presentías cuando me dijiste: "sálvala!"

LAURA.—No llores así, Josefina. Vamos a impedir que se marche.

JOSEFINA.—Impedir, no. Vamos a suplicarle. (*en este momento se abre lentamente la puerta de izquierda*).

LAURA.—(*deteniendo a Josefina*), Espera. Es ella. (*entra Sara por izquierda con toilete y calzado más modestos y peinado más sencillo. Se aproxima a la máquina de escribir, la descubre, coloca en ella un sobre y al empezar a escribir deja caer su cabeza sobre la máquina sollozando.*)

JOSEFINA.—(*apenas, con la voz ahogada por la emoción*) ¡Mamá! ¡Dime que no estamos soñando!

EDUARDO.—(*Haciendo mutis por el foro*). ¡El que soñaba era yo!

TELON

MARIA BLANCA

PERSONAJES

MARIA BLANCA

TRISTAN

ADOLFO

CONCEPCION

ABUELO

CRIADA

ANTONIO

La acción en Buenos Aires. Epoca actual
(*Derecha e izquierda, las del actor*)

ACTO UNICO

(*Lujosa salita. Es de tarde*).

ESCENA PRIMERA

MARÍA BLANCA y ADOLFO

M. BLANCA.—(*mostrando un cofrecillo*). Acabo de hacer un descubrimiento.

ADOLFO.—(*sin interés*). Qué?

M. BLANCA.—La llave de este cofrecillo en que abuelo guarda sus "documentos históricos" que no tienen importancia para mí según él.

ADOLFO.—Vas a darle un disgusto si se entera de que le has andado curioseando sus cosas.

M. BLANCA.—No llegará a enterarse. Después de todo, si son documentos históricos... A menos que tú creas que habrá cosas que yo no deba mirar.

ADOLFO.—No. Mi padre fué casi un inocente. Vivió en una época en que no había como ahora tanta malicia. Sobre todo, tú verás: si hay algo que tú no debes mirar, lo dejas.

M. BLANCA.—Sabes la impresión que tú me causas?

ADOLFO.—Yo?

M. BLANCA.—Que más que mi padre eres un gran amigo mío.

ADOLFO.—Me complace que lo reconozcas.

M. BLANCA.—(*sacando del cofre un moño celeste, muy descolorido*). Mira, qué documento histórico éste! Y tiene dedicatoria! (*Leyendo*) "A mi adorado". Expresiva era abuela de muchacha! (*Leyendo con dificultad*). Mayo veinticinco de mil ochocientos cincuenta y..." Está borrada la última cifra! Recuerdo

de un veinticinco de Mayo! Iría abuela vestida de República; abuelo se electrizó y le pidió este moño. Qué! (*Leyendo*). "María Blanca". Esto no es de abuela. Inocente el abuelito! María Blanca! Y yo llevo su nombre! Esto sí que me disgusta. Por qué me han puesto el nombre de ésta y no el de abuela, el de mamá, o cualquier otro?

ADOLFO.—La casualidad, hija mía; tal vez tu abuelo lo insinuara y yo, sin recordar su origen, lo acepté. Como que aun recordándolo, lo hubiera aceptado lo mismo.

M. BLANCA.—De modo que conoces el origen?

ADOLFO.—Fué de una niña perteneciente a una familia federal de quien mi padre, con ser de ideas, unitario, estaba enamorado, y ella le correspondía. Pero la pasión política, dominante en aquella época, produjo un distanciamiento entre ambas familias; mi padre, sindicado de unitario, tuvo que emigrar; ella no pudo sobreponerse a la presión de los suyos; rompió su compromiso; se casó con otro; fué muy desgraciada, y murió muy joven. Una historia vulgar como todas las historias de amor.

M. BLANCA.—Y abuelo?

ADOLFO.—Casó en Montevideo con mi madre, más por despecho que por amor.

M. BLANCA.—Con abuelo se han llevado bien!

ADOLFO.—Esa es la expresión: "Se han llevado bien".

M. BLANCA.—Sin embargo abuelo debió querer mucho a su primera novia cuando ha conservado hasta ahora su recuerdo. Ya no quiero seguir curioseando. Siempre estos recuerdos de amor me han parecido ridículos; pero en este caso me inspiran muchos respetos. (*Cierra el cofre y después de meditar un instante*) Dime, papá. Por qué no sentiré ningún apego por el pasado?

ADOLFO.—Eso es tan personal. Qué quieres que responda?

M. BLANCA.—Será porque no he amado antes de ahora? Me has enseñado tú a ser tan reflexiva que a veces

me pregunto si no habré amado por haber reflexionado tanto. Pero no! A Tristán yo siento que le amo.

ADOLFO.—(*profundamente*). Le amas?

M. BLANCA.—Y si lo habré reflexionado antes! Ya sabes que vendrá dentro de un rato, a pedir visitar.

ADOLFO.—Sí, hija. Ya lo sé.

M. BLANCA.—(*ocultando el cofrecillo*). Abuelo! (*Entra el Abuelo seguido de Concepción*).

ESCENA II

DICHOS, ABUELO y CONCEPCIÓN

ABUELO.—Ah, picarona! Por fin te has decidido, después de desairar a tantos!

M. BLANCA.—Alguna vez tenía que ser. Por más que todavía se trata simplemente de visitar la casa.

ABUELO.—Lo que no te perdono, si no me das un buen abrazo, es que me hayas reservado la noticia. A mí, a tu abuelo querido, a tu consejero, a tu viejo amigo.

M. BLANCA.—(*cómica, cohibida por la ocultación del cofre*) No es lo mismo un beso?

ABUELO.—Transaré por un beso y un abrazo. (*María Blanca le besa, estrechándole con una sola mano mientras oculta el cofre con la otra*). Qué abrazo es este? Con la otra. (*María Blanca cambia de mano el cofre y le estrecha solamente con la otra*) Qué, ahora abrazas en dos tiempos?

M. BLANCA.—Está de moda.

ABUELO.—Pues a mí abrázame a la antigua.

M. BLANCA.—(*retrocediendo hasta la mesita donde deja el cofre*) Qué exigente, abuelo! Venga, que lo abrazaré a la antigua. (*Lo estrecha con ambas manos*).

ABUELO.—Tú ocultas alguna cosa.

M. BLANCA.—Yo? Sí, es verdad, ocultaba esta revista, para darle una sorpresa, porque tiene una cosa muy interesante para Vd.

ABUELO.—(*tomando la revista*). Esta revista!

M. BLANCA.—(*haciendo mutis*). Sí; léala Vd., le va a resultar muy interesante. Pero, muy interesante. (*Vase*).

ABUELO.—La leeré en mi habitación. (*Vase hojeando la revista*).

ESCENA III

ADOLFO y CONCEPCIÓN

CONCEPCIÓN.—Le has hablado a María Blanca?

ADOLFO.—Aun no.

CONCEPCIÓN.—Qué esperas? A que el otro esté aquí?

ADOLFO.—Me disponía a hacerlo, cuando me confesó estar enamorada de él.

CONCEPCIÓN.—Lo haré yo. No podemos consentir que ese hombre pise esta casa. (*Entra Antonio*). Es un perdido.

ESCENA IV

DICHOS y ANTONIO

ANTONIO.—Te refieres a mí, hermana mía?

CONCEPCIÓN.—No estamos para bromas, Antonio.

ANTONIO.—Perdón, entonces.

CONCEPCIÓN.—Acabamos de saber que el pretendiente de María Blanca es un perdido.

ANTONIO.—Es un perdido? Y quiere casarse? No es tan perdido o se propone redimir. (*Medio mutis*).

CONCEPCIÓN.—Que has de pensar tú, si eres otro que bien baila.

ANTONIO.—Con la diferencia de que yo no me caso. (*Vase*).

ESCENA V

DICHOS, *menos* ANTONIO

M. BLANCA.—Qué tal mamá? Estoy bien?

CONCEPCIÓN.—Demasiado bien.

M. BLANCA.—Por qué te parece demasiado?

CONCEPCIÓN.—Porque ese hombre no merece que te ocupes más de él.

M. BLANCA.—(*con suma alarma*) ¿Qué ocurre?

CONCEPCIÓN.—Acabamos de enterarnos de su vida y milagros.

M. BLANCA.—Y qué?

CONCEPCIÓN.—Es un calavera deshecho.

M. BLANCA.—(*sonriente*). Ah! Vaya! Por eso es tan simpático.

CONCEPCIÓN.—Jesús!

M. BLANCA.—De qué te asustas. Calavera se puede ser por muchas causas: por hastío, por decepción, por falta de afectos. Yo me encargaré de que deje de serlo, ofreciéndole una felicidad que no ha encontrado ni encontrará lejos de mí. Y después de todo, preferible es casarse con un calavera, que con un tonto.

CONCEPCIÓN.—(*a Adolfo*). Oyes? Qué dirá la gente si le escucha estas cosas!

M. BLANCA.—No hago galas de saberlas.

CONCEPCIÓN.—Esa es la educación moderna que tú le has dado.

ADOLFO.—Yo no le he ocultado nada de lo que sucede en el mundo, y la he enseñado a reflexionar. En cuanto a mí ya conoces, hija, mi criterio. Libertad!

CONCEPCIÓN.—Y con ese criterio el caballero se nos mete puertas adentro.

ADOLFO.—Tú has de ser la que decidas de tu propio destino. Mi enseñanza te ha permitido conocer la vida sin vivirla. Estás en mejores condiciones que ninguna para pensar lo que has de hacer. Eres honesta,

hacendosa, a nadie asusta tu figura, heredarás una regular posición el día que nosotros nos vayamos; en fin, que estás en condiciones de elegir.

M. BLANCA.—No he hecho otra cosa al decidirme por Tristán.

CONCEPCIÓN.—Después de tanto elegir vas a caer con el peor. Te has lucido, hija. Te has lucido.

M. BLANCA.—Cuál de mis anteriores pretendientes piensas que fuera mejor que Tristán?

CONCEPCIÓN.—Todos.

M. BLANCA.—Aquel millonario que el primer día que me lo presentaron como al Mesías, me ofreció poner cuatrocientos automóviles y otros tantos criados a mi servicio? O el otro señor de negocios, que se quedaba diez veces abstraído en el transcurso de una conversación, preocupado en si sus títulos subirían medio punto al día siguiente? O el otro mariquita que empezó declarándome que yo le había entrado por mis toilettes? Todos juntos no valen lo que Tristán: inteligente, mundano, vivido; de esos hombres discretos — y piensa que cuando digo "discreto" digo la más preciosa de las virtudes —; que no fatigan, porque saben silenciar a tiempo; que no son ni fríos, ni pegajosos, ni relamidos, ni vulgares...

CONCEPCIÓN.—Que no tienen oficio ni beneficio; que están gastando los cuatro reales que heredaron, y el día que los gasten se quedarán a pedir limosna. La segunda edición de mi hermano. Tienes el ejemplo en casa. Bonito porvenir te espera!

M. BLANCA.—Yo le haré trabajar, seré su estímulo, le ayudaré... en lo que me sea posible, claro está. El amor todo lo puede. Y él me ama.

CONCEPCIÓN.—Estás segura?

M. BLANCA.—Segurísima.

CONCEPCIÓN.—No seas tonta, hija mía. Ese hombre no puede amarte.

M. BLANCA.—Por qué?

CONCEPCIÓN.—Tiene nido!

M. BLANCA.—Mira, mamá. En fuerza de oirlo decir de tantos hombres, he llegado a pensar que son como los pájaros. Y no hay más remedio que aceptar los pájaros.

CONCEPCIÓN.—Qué horror, hija mía! No repitas eso. Estás hecha una anarquista!

M. BLANCA.—Estoy, sencillamente, humana. Anarquista sería si reclamara para mí una absoluta libertad, a despecho de todos los prejuicios; pero ya ves que los respeto a todos; a todos, menos al de la intolerancia. No pretendamos a tal extremo la virtud en los hombres que desde que el mundo es mundo no se ha logrado conseguirlo.

CONCEPCIÓN.—(*irónica*). Muy bien, hija! Muy bien! Ahora te escucho, comprendo que has errado la vocación. Tu debías estar en una facultad o en un banco de la plazá haciendo cátedra *masculinista.*

M. BLANCA.—De humanidad, de tolerancia, de amor en su más puro sentido, contra todas las boberías con que nos atan las manos, y nos llenan de humo la cabeza. Con ello haría mucho bien. Y el programa me seduce, no creas, pero no lo realizo porque aun respeto, hasta cierto punto, el prejuicio de la hipocresía; de tal manera que fuera de esta intimidad, donde no tengo por qué ser hipócrita, soy... como tantas... no sé absolutamente nada de estas cosas, y si las llegan a tratar delante de mí, bajo los ojos con tanto rubor que se corta la conversación. Si tú al oirme me llamas anarquista! Qué dirían las demás, o qué llegarían a pensar de mí, si también oyeran?

ADOLFO.—Déjame que te abrace, María Blanca. Te escucho embelesado, y te admiro con el íntimo regocijo del artista a su obra maestra.

CONCEPCIÓN.—Tú también piensas como ella?

ADOLFO.—Ella piensa como yo.

CONCEPCIÓN.—Pues, aunque piensen los dos del mismo modo, ese hombre no entrará en casa.

ADOLFO.—Entrará si ella lo resuelve. Ni tú ni yo tene-

mos derecho a interponernos en su destino. Nuestro deber ha terminado aquí, educando su razón y poniéndola en antecedentes de lo que ocurre.

CONCEPCIÓN.—Lo veremos. Y si entra, lo hastiaré a desaires hasta que se vaya. (*Vase*).

ADOLFO.—Ya le diremos que no haga caso a tus desaires.

ESCENA VI

DICHOS, *menos* CONCEPCIÓN

M. BLANCA.—(*abrazándole*). Gracias, papá, porque así defiendes mi cariño! A la pobre mamá, me hubiera sido imposible convencerla.

ADOLFO.—Tanto le quieres a Tristán?

M. BLANCA.—Sí, le amo, porque es bueno. Y siendo bueno, no me preocupan todas esas cosas a las que tú mismo me has enseñado a no dar importancia.

ADOLFO.—(*cohibido*). Es que tu madre en su aturdimiento por convencerte, porque también te quiere mucho, se ha olvidado de decirte lo más malo.

M. BLANCA.—Hay algo más? (*Alarmada*). Dilo, que tu gravedad me pone en ascuas.

ADOLFO.—En ese nido hay un polluelo.

M. BLANCA.—(*después de un instante de perplejidad*). Tiene madre?

ADOLFO.—Qué te interesa?

M. BLANCA.—Porque... si no... la tuviera... yo podría sustituirla.

ADOLFO.—Y si la tiene?

M. BLANCA.—Si la tiene! No me considero con derecho de usurpar lo suyo. Pero no ha de tenerla. Verdad?

ADOLFO.—La tiene, hija mía.

M. BLANCA.—(*desesperada*). Qué dices? Estás seguro de ello? Cómo lo sabes? Dímelo, papá. Porque con sólo afirmarlo me resisto a creerlo.

ADOLFO.—Aun afirmándolo yo?

M. Blanca.—Perdóname. Afirmándolo tú, sí, lo creo; pero refiéreme cómo llegaste a saberlo para que acabe de convencerme.

Adolfo.—Esta tarde estuvo aquí con su hijo. Yo la recibí. Pidió hablar contigo. Por su excitación sospeché que se trataba de algo grave y la invité a hablar, pretextando que tú no estabas.

M. Blanca.—Por qué, si yo la hubiera recibido?

Adolfo.—Para una impresión tan fuerte no hay espíritu suficiente preparado.

M. Blanca.—Sí, tienes razón, yo me habría enloquecido sabiéndolo de pronto. Y qué?

Adolfo.—Supo, no me dijo cómo, que hoy Tristán vendría a pedir visitar por ti la casa, y antes de que las cosas pasaran a mayores... Te hubiera desgarrado el alma la desesperación de esa mujer, cuando decía entre sollozos: "yo no quiero nada para mí; por nuestro hijo", estrujando entre sus brazos una hermosa criatura, rubia como un ángel.

M. Blanca.—Esto es espantoso. Cuando mamá me habló de "nido" yo creí que se trataba de esas aventuras al pasar, que tú me has referido tan comunes en los hombres y de las que se desligan fácilmente porque no constituyen un verdadero vínculo. Pero esto es horrible. (*La criada le alcanza una tarjeta*). Es él! Que pase. (*Vase la criada*). Yo voy a recibirle. Vete tú, papá. Déjame a mí.

Adolfo.—Imposible si te muestras en ese estado de ánimo que no concibo en mi María Blanca.

M. Blanca.—(*haciendo visible esfuerzo por serenarse*). Sí, tienes razón, en este momento me revelé una mujer de tantas. Sentí despecho, celos, rabia. Si le hubiera visto entrar me le hubiera echado al cuello. Pero no temas ya: estoy serena. Déjame el consuelo de hablar con él la última vez, siquiera. (*Lagrimeando*). Vete papá. Déjame.

Adolfo.—Calma, hija mía! (*Vase*).

CRIADA.—Pase Vd., señor (*Entra Tristán sin sombrero, viste jaquet y trae un ramo de flores*).

ESCENA VII

MARÍA BLANCA Y TRISTÁN

TRISTÁN.—(*efusivo*). Muy buenas, María Blanca. (*Esta se enjuga los ojos*). Qué pasa? (*Intenta aproximarse. María Blanca le detiene con un ademán. Tristán titubea y deja el ramo de flores sobre una mesita. María Blanca le hace ademán de sentarse*).

M. BLANCA.—(*después de un instante, haciendo un visible esfuerzo*). Tengo que darle una mala noticia.

TRISTÁN.—Estoy tan poco acostumbrado a recibirlas buenas... Sin embargo, viniendo de Vd. confieso que me da miedo.

M. BLANCA.—La perspectiva de este pedido suyo, implicando casi un compromiso de matrimonio, me indujo a reflexionar sobre el paso que me disponía dar; y reflexionándolo he sentido mucho miedo, lo que me demuestra claramente que no le quiero a Vd. No queriéndole, he resuelto no continuar adelante.

TRISTÁN.—María Blanca!

M. BLANCA.—La verdad podrá resultarle dolorosa; pero, peor sería el engaño.

TRISTÁN.—No es posible. Me parece estar soñando.

M. BLANCA.—Hace un momento a mí también me pareció lo mismo.

TRISTÁN.—Una mujer de talento como Vd., no cambia así de opinión. Qué razones hay?

M. BLANCA.—Sospecha que hay razones?

TRISTÁN.—No se explica de otro modo un cambio tan intempestivo.

M. BLANCA.—(*indignada*). Sobre todo creyendo que yo no sabría nada de lo que Vd. me ha ocultado.

TRISTÁN.—María Blanca! Acaso ha llegado Vd. a saber?...

M. BLANCA.—Hemos concluído.

TRISTÁN.—No, María Blanca; llámeme Vd. infame, miserable; todo lo merezco; pero escúcheme para perdonarme; porque mi silencio no ha respondido a un propósito de engaño. Yo pensaba desligarme de ese compromiso antes de formalizar con Vd. Fué una locura de mi juventud. Le juro que mañana mismo me desligo.

M. BLANCA.—Y es capaz de hacerlo?

TRISTÁN.—Se lo juro.

M. BLANCA.—No. No lo jure Vd. más, porque me inspirará el mayor de los desprecios. (*Pausa*). Y luego jura también que me ama!

TRISTÁN.—Por amarla soy capaz de todo!

M. BLANCA.—De todo menos amarme de verdad como yo, por los que a su paso desgarra.

TRISTÁN.—La compasión me ha detenido muchas veces y me ha hecho pasar momentos muy amargos! Pero yo no soy responsable de lo que fué un error de mi juventud, ni puede condenárseme a una unión que será mi rémora.

M. BLANCA.—Legalícela, Vd. O porque proviene de un "error" de su juventud, la infeliz mujer debe cargar toda la culpa?

TRISTÁN.—Cómo legalizarla si hay entre nosotros desigualdades insalvables!

M. BLANCA.—Al legalizarla la elevará Vd. hasta su altura.

TRISTÁN.—Para ello se necesitaría amarla.

M. BLANCA.—Y no ama Vd. a la mujer que le ha dado un hijo? Luego, tampoco ama a su hijo? Y piensa que a mí pueda seducirme su amor?

TRISTÁN.—No me torture más, María Blanca.

M. BLANCA.—Que no le torture? Y por qué me ha torturado Vd. haciendo que le amara?

TRISTÁN.—María Blanca. (*Trata de tomarle una mano*).

M. BLANCA.—(*violentamente*). No.

TRISTÁN.—Ningún sentimiento de arraigo, hogar, fami-

lia... Nada, precedió a ese transitorio vínculo. Unido materialmente a esa mujer, me sentí siempre desligado; acompañado por su presencia física, siempre me sentí solo. La vida tiene sus necesarios egoísmos, que Vd. que es generosa, debe perdonar.

M. Blanca.—Perdonar! Bueno. Vaya Vd. tranquilo. Después de todo es posible que no tuviera la intención de engañarme, ni haya obrado con un deliberado propósito perverso. Los hombres son así! Desde el galanteador que pasa por los salones susurrando frases elegantes, sin ninguna intención, pero que preocupan y terminan por enamorar; o se dedica diez años a una niña y un buen día se casa con otra, sin ningún remordimiento, porque a la primera *no le dijo nada;* al que deshoja como Vd. el honor y la juventud de una mujer, en un momento de arrebato, y luego no puede reparar porque existen desigualdades insalvables; hasta el que penetra en el hogar feliz del amigo, conducido de la mano por la fatalidad — porque no tuvo intención de hacerle mal — y lo aniquila y lo desquicia, y lo lleva con su miseria, todos son igualmente perversos por obra ajena a su voluntad; todos son del mismo modo irresponsables; todos son inocentes. (*Pausa, mientras Tristán permanece pensativo*). Cómo no perdonarle!

Tristán.—María Blanca...!

M. Blanca.—Pero no pretenda Vd. hacerme su cómplice.

Tristán.—Yo pretendía su felicidad y la mía a despecho de una crueldad que reconozco. La vida nos hace necesariamente crueles.

M. Blanca.—Qué cómodo es tener a quién echar la culpa! Somos nosotros los que hacemos cruel la vida. Ella es tan buena que se nos brinda, aun a muchos que no la merecemos. Y en cuanto a la que Vd. pretendía, al precio de esa crueldad yo no puedo ser feliz. Contrariamente a Vd. yo pienso que en la vida todos tenemos una fe y debemos realizar una obra. Mi fe es el bien, hacerlo siempre — no concibo el

amor sacrificando a nadie; mi obra hasta hace un instante creí que era formar un hogar. Ahora estoy desorientada.

TRISTÁN.—Me desgarran el alma sus palabras. Yo, que nunca recuerdo haber llorado, siento por estallar en lágrimas mis ojos. Tiene Vd. razón, María Blanca. Y si puede significar una vindicación para mí, le juro que su fe y su obra serán en adelante también mías. Hacer el bien, no me costará mayormente, porque en el fondo soy antes bondadoso que perverso. Pero! Formar un hogar! Es tan distinto iniciar una obra con entusiasmo y con amor, a continuar la que se ha interrumpido en el primer capítulo; le hicimos porque sí, sin fe, sin amor, sin entusiasmo. (*Después de un instante disponiéndose a marchar*). Traía estas flores para Vd. Me permite que al despedirme... se las deje?

M. BLANCA.—No, no, Tristán. No es por despreciar. Pero estas flores que no podría menos que guardar, perpetuarían para mí el recuerdo de la desilusión más grande que hubiera imaginado. Si piensa seriamente en lo que acaba de jurar, lléveselas a esa pobre mujer, que sean para ella mensajeras de paz y de esperanza.

TRISTÁN.—Adiós, María Blanca. (*Medio mutis. María Blanca se deja caer llorando; sus sollozos detienen a Tristán que enjuga sus ojos y vase*).

ESCENA VIII

MARÍA BLANCA *y* ANTONIO

ANTONIO.—Me reclaman mis negocios. Y a ti? Qué te sucede?

M. BLANCA.—Nada. Reía sola, como una tonta, de una ocurrencia.

ANTONIO.—De esa manera, yo he hecho reir a muchas mujeres en mi vida. Yo! María Blanca! Oye mi consejo. No te cases. Los hombres son todos unos cana-

llas. A mí me consta. No te cases. (*Vase*) A mí me consta.

ESCENA FINAL

MARÍA BLANCA y ABUELO

ABUELO.—Y tu pretendiente? No estaba aquí contigo? Yo me vine con el pretexto de la revista para conocerlo.

M. BLANCA.—Lo despedí. Rompí con él.

ABUELO.—Cómo así? Por qué?

M. BLANCA.—Porque reflexioné que no me convenía.

ABUELO.—Ah! Pero tú sometes a la cabeza las cosas del corazón?

M. BLANCA.—Me da buen resultado.

ABUELO.—En mis tiempos se hubiera considerado sacrilegio.

M. BLANCA.—Sin embargo, si María Blanca, no yo, la otra, la que Vd. conoció en sus mocedades, su primera novia...

ABUELO.—Qué... qué... qué estás diciendo?

M. BLANCA.—Que es inútil pretender ocultarlo, porque lo sé todo. Pero no se preocupe Vd.; no se lo contaré a abuelita. Pues, si esa María Blanca hubiese hecho como yo, habría pensado que las pasiones políticas responden a intereses transitorios, ajenos a nuestra intimidad, que es el amor; le hubiera esperado a Vd...

ABUELO.—Si me hubiera esperado un año, nada más que un año, qué felices habríamos sido!

M. BLANCA.—Esto tampoco se lo contaré a abuelita.

ABUELO.—Qué demonio eres! Pero dime, muchacha. Cuál es tu ideal.

M. BLANCA.—Mi ideal? Un hombre bueno, generoso, que le guste como a mí hacer el bien o por lo menos que no aspire a su felicidad sacrificando a nadie. Pero esto parece ser un imposible. Sin embargo,

cuántas satisfacciones produce hacer el bien! Yo acabo de hacer uno muy grande, no sé a quién! pero, muy grande.

ABUELO.—Y lloras?

M. BLANCA.—No, no lloro, y menos a su lado. A qué negarlo: yo llegué a sentir mucho cariño por Tristán, pero ya no le quiero; le aseguro abuelo que no le quiero. (*Cae llorando en el pecho del abuelo*).

ABUELO.—Pobre María Blanca!

TELON

EL VUELO NUPCIAL

(Comedia en tres actos)

Estrenada en el teatro Buenos Aires de esta Capital el 23 de Marzo de 1916, *por la Compañía Argentina Angelina Pagano.*

REPARTO

Margot	Sra. Angelina Pagano
Miss Mary	„ Lucía Barausse
Srta. Bell	„ Lina Esteves
Srta. Ramírez	„ Zulma Ferreira
Srta. Gómez	„ Laurinda Ferreira
Mucama	„ Dora Ferreira
M. Pear	Sr. Francisco Ducasse
Luis	„ José Gómez
Aguirre	„ Eduardo Zucchi
Inocencio	„ Carlos A. Gordillo
Velázquez	„ Angel Ramírez
Francisco	„ Carlos Bouhier
Un chico	„ Cirilo Etulain

La acción en Buenos Aires. Epoca actual

ACTO PRIMERO

(*Sala lujosa. Es de noche*).

ESCENA I

LUIS *y* ENRIQUE. *Luego la* MUCAMA

ENRIQUE.—(*por foro. Trae en brazos una caja cuadrada, grande, y cediendo el paso a Luis*). Pase, don Luis. Cómo se va a poner de contenta la señora cuando lo vea.

LUIS.—Deja por aquí eso y avísale.

ENRIQUE.—(*deja la caja sobre una mesa*). Yo no puedo entrar en sus habitaciones. Llamaré a la mucama. (*Llama por el timbre*).

LUIS.—¿Y? ¿Qué tal la gente?

ENRIQUE.—Todos bien. La señora creyó que usted había llegado el otro día. Estaba en el diario. Llamó por teléfono a lo de su señora hermana, a su casa, a la agencia de vapores, y como en ésta le dijeran que había desembarcado un pasajero de su mismo nombre, me mandó a averiguar las señas, que no supieron darme. (*A la Mucama que entra por izquierda. Es una inglesa flaca, de movimientos marcadamente automáticos y sin expresión alguna en el semblante: tipo más bien caricaturesco*). Avísele a la señora que está el señor Luis. (*La Mucama permanece imperturbable, sin entender*). Su tío (*Haciendo ademanes de abrazos*). Don Luis. (*A Luis*). ¿Cómo se dice tío en inglés?

LUIS.—(*a la Mucama, en inglés*). Uncle Luis. (*Vase la

Mucama gravemente por primera derecha). ¿Inglesa?

ENRIQUE.—Completamente. A mí no me entiende ni por señas.

LUIS.—¿Y desde cuándo estás aquí?

ENRIQUE.—Desde que se casó la niña Margot, hace dos meses.

LUIS.—¿Dos meses, ya? (*Gesto afirmativo de Enrique*). Está bueno. Te advierto que no me he olvidado de tí. Te traigo un recuerdo de Europa.

ENRIQUE.—Muchas gracias, don Luis.

LUIS.—Hazme una visita por casa, así te lo llevas.

ENRIQUE.—¿Mañana?

LUIS.—Cuando quieras. (*Entra Margot en peinador, con calzado y peinado de baile, seguida de la Mucama*).

ESCENA II

DICHOS. MARGOT *y la* MUCAMA

MARGOT.—(*afectuosa*). ¡Oh, tío Luis!

LUIS.—¡Margot! (*La Mucama hace mutis por segunda izquierda, y Enrique por el foro*).

ESCENA III

LUIS *y* HARGOT

MARGOT.—Disculpe que lo reciba en peinador, a medio vestir.

LUIS.—¿Estás de fiesta?

MARGOT.—(*con mal reprimido fastidio*). Sí.

LUIS.—Me dice Enrique que todos están bien.

MARGOT.—Sí, estamos bien. Siéntese, tío.

LUIS.—(*luego de sentarse*). La única novedad de que no he recibido noticias es tu matrimonio. Pero esto tampoco es una novedad. (*Gesto de Margot*). Ya lo

suponía. Después de aquella tarde en que nos encontramos con Carlos Aguirre. en el Bois de Boulogne, yendo los tres con tu tía, te lo predije. ¿Recuerdas? Tú dirás que es muy fácil predecir que va a llover cuando ya están cayendo las primeras gotas.

MARGOT.—(*nerviosa, desviando la conversación*). ¿Llegó hoy, tío Luis?

LUIS.—No, hace cuatro días, en el Infanta.

MARGOT.—¡Con razón yo le ví entre la lista de pasajeros! Y he andado desesperada averiguando si era usted. ¿Dónde estuvo metido, si no es indiscreta la pregunta?

LUIS.—En un hotel, absolutamente solo, encerrado cuatro días y cuatro noches, para resolver un problema, causa de mi intempestivo viaje, que me tenía muy preocupado, hasta esta noche en que libre ya de mi preocupación cargué con esta caja en la que te traigo varias chucherías recordando que hoy es tu cumpleaños, y me fuí en tu busca a lo de mi hermana.

MARGOT.—Está en San Isidro.

LUIS.—Sí. Afortunadamente la encargada de cuidar la casa me dió tu dirección, y aquí me tienes.

MARGOT.—Usted siempre generoso.

LUIS.—Esta vez, no. Hace cinco años que no venía personalmente con el regalito.

MARGOT.—Ninguno dejó pasar sin mandarme algo desde Europa.

LUIS.—Es muy distinto, porque, al hacerlo ahora personalmente, siento como si me quitara de pronto esos cinco años. ¡Y esto es bastante egoísmo!

MARGOT.—Cumplo veintitrés. Y usted, tío, pasado mañana, cuarenta y...

LUIS.—¡No lo digas, que la cifra me impresiona como una inscripción necrológica! ¡Cuarenta y cinco años! Es como si leyera sobre mi corazón "aquí yace". (*Entra miss Mary por primera izquierda. Es una*

inglesita de cabellos rubios muy monona, muy graciosa; se expresa con marcado acento inglés. Viste con elegancia el traje de blusita que acostumbran llevar las empleadas de cierta categoría).

ESCENA IV

DICHOS *y* MISS MARY

MISS MARY.—(*dirigiéndose a Luis*) Permiso. (*Pregunta en voz baja algo a Margot*).

MARGOT.—(*notando que Luis intenta incorporarse para saludarla*). Es nuestra "gobernanta". (*Luis permanece sentado y observa con marcado interés a miss Mary hasta que ésta hace mutis*). Sí, hágame el favor. Llevaré el... (*Dice el color del traje de baile que sacará en la siguiente salida, así como también el abrigo. Mutis de miss Mary por primera derecha*).

ESCENA V

LUIS *y* MARGOT

LUIS.—¿Inglesa también?

MARGOT.—También.

LUIS.—¡Qué mona la inglesita! Creí que fuera una amiga tuya.

MARGOT.—Pertenece a una respetable familia venida a menos. Por eso trabaja.

LUIS.—Más digna de respeto, entonces.

MARGOT.—No se imagina usted lo culta que es esta mujer. A mí me da vergüenza mandarla. Le pido por favor.

LUIS.—Haces bien. Se ve que es una persona distinguida.

MARGOT.—(*descubriendo de dentro de la caja un macizo de "aigrettes" envueltos prolijamente en papel de seda*). ¡Qué divinidad, tío Luis! ¡Este sí que es

un regalo de mi gusto! ¡Pero en esto sólo se ha gastado un dineral!

LUIS.—Doce marcos.

MARGOT.—¿Cómo puede ser?

LUIS.—Son de "papier maché". Te los traje por curiosidad.

MARGOT.—¡No es posible! ¡Parecen naturales!

LUIS.—¡Industria alemana!

MARGOT.—(*cómicamente, quitándoselos de la cabeza como si fuera un objeto peligroso, y ocultándolos en la caja*). ¡Por Dios, tío Luis! ¡Que no los vea mi marido!

LUIS.—¿A tal punto es aliado?

MARGOT.—(*después de una pausa*). Es inglés.

LUIS.—Bueno, aliado.

MARGOT.—No, inglés, nacido en Inglaterra.

LUIS.—(*con gran sorpresa*). ¡Cómo! ¿Qué no te has casado con Carlos Aguirre?

MARGOT.—(*apercibiéndose de la presencia de su marido*). ¡Silencio! ¡Mi marido! (*Entra míster Pear, inglés, de cuarenta años, de una fisonomía sonriente que a ratos parece ingenua, pero que acusa siempre un temperamento enérgico y una voluntad inquebrantable. Viste smoking con exquisita distinción y no afectada elegancia*).

ESCENA VI

DICHOS *y* PEAR

MARGOT.—Pear, voy a tener el placer de presentarte a tío Luis. Mi esposo, Adam Pear.

PEAR.—(*con marcado acento inglés. El actor acentuará sus palabras como se indica en el texto*). ¿Usted tío Lúis? ¡Oh, mucho gusto, mucho gusto!

LUIS.—Del mismo modo, señor Pear.

PEAR.—Está un sorpresa positivamente agradable. Usted

persona grata en esta casa. Margot siempre recuerda cariñosamente.

LUIS.—Muchas gracias, míster Pear. Para mí no ha sido menos agradable la sorpresa con que acabo de enterarme de su matrimonio.

PEAR.—¿Usted no sabe nada?

MARGOT.—Tiene que disculparme, tío, que no le haya escrito. Se me fué pasando, un día por otro... Además, con la guerra, no sabía dónde estaba.

PEAR.—¡Oh, caramba! Este está muy mala. ¿Permite la observación, tío Lúis? Mí llama más familiarmente tío Lúis, si usted no incomoda. Mí no conoce usted de otro manera.

LUIS.—Encantado, míster Pear. Y le escucho complacido todas sus observaciones.

PEAR.—Este costumbre de no escribe cartas y no contesta cartas está un vicio criollo.

MARGOT.—Un defecto, no vicio.

PEAR.—¿No vicio? ¿Defecto? Bueno, defecto. Yo siempre dice usted: ponga en un casilla de su escritorio todas las cartas que tiene que contesta, y en otro casilla, cada vez que píensa que tiene que escribe a uno persona, pone papelito que dice: tengo que escribe este persona. Usted sienta una vez por semana encima de su escritorio y contesta todas las cartas y escribe todos las otras que tiene apuntadas papelito. (*A Luis*). ¿Usted no píensa que está sistema metódica?

LUIS.—Sobre todo, muy inglés.

PEAR.—¿Permite la observación, tío Lúis? Mi estar un hombre muy observador. Mí observa que criollos están poco metódicas.

LUIS.—No seríamos criollos.

PEAR.—Pero mí observa que usted está ahora otro sitio, no aquí. Conversación no interesa. Uusted tiene ahora un negocio que hace píensa mucho.

MARGOT.—Figúrate que ha estado cuatro días encerrado

en un hotel por resolver un problema que lo preocupaba.

PEAR.—Sistema de aislamiento para píensa, está bien. Sistema inglés. ¿Permite la observación, tío Lúis? Yo he notado que criollos no píensan seriamente diez minutos negocio seria. Yo siempre dice Margot un consejo: cuando usted quiere hace un cosa, píensa primero bien, después hace la cosa.

LUIS.—¿Permite la observación, míster Pear?

PEAR.—Sí.

LUIS.—Nosotros los criollos no escuchamos consejos.

PEAR.—(*riendo*). Este está bíen. Usted mi... bromeando.

MARGOT.—Burlado.

PEAR.—Burlado, esta vez. Pero mí asegura que antes de un año, Margot está inglesa completamente: habla inglés, píensa inglés, y hace todo cosas en inglés.

LUIS.—¿Permite la observación, míster Pear?

PEAR.—Sí.

LUIS.—Antes de un año, Margot sigue siendo lo que es hoy, y usted deja de ser inglés: se hace criollo.

PEAR.—Este parece imposible. Parlamento inglés puede hace todo menos un hombre de uno mujer y uno mujer de un hombre. Un inglés puede hace de uno mujer otro mujer.

LUIS.—Vea, míster Pear, una criolla doma al mejor inglés.

PEAR.—¿Quí es este "dóma"?

PEAR.—Ya se lo va a enseñar Margot, prácticamente.

PEAR.—(*a Margot*). ¿Usted me enseña este a mí? (*Luis ríe*).

MARGOT.—¡Cosas de tío Luis!

PEAR.—(*transición. A Margot*). ¿Usted no viste?

MARGOT.—(*de mala gana*). Después.

PEAR.—No hace cumplimiento tío Lúis. Usted viste. Yo hace acompañamiento tío Lúis.

LUIS.—Estoy importunando. Me voy.

PEAR.—(*deteniéndole*). No. La visita agradable, tío Lúis.

Mí quiere lleva Margot baile inglés, cinderella. Margot puede viste. Mí acompaña tío Lúis.

MARGOT.—Prefiero quedarme con tío Luis y no ir al baile inglés.

LUIS.—De ningún modo, Margot. Si míster Pear desea llevarte, debes ante todo complacerlo.

PEAR.—(*estrechándole la mano a Luis*). Está bíen. Yo quiere que Margot conoce sociedad inglesa y costumbres inglesas.

MARGOT.—Ya te he dicho que no quiero ir. (*Pausa*).

PEAR.—(*sonriente, palmeándole en una mejilla*). A las nueve vamos cinderella. Señora no debe nunca dice su marido: "no quiero".

MARGOT.—¿Te parece poca la sociedad inglesa que tengo en casa: gobernanta inglesa, mucama inglesa, sirvienta inglesa, cocinero inglés?

PEAR.—Este no está sociedad inglesa. Está servicio doméstica. Sociedad inglesa está señoras, señoritas, caballeros. Y esta sociedad usted conoce cinderella. Por este mi quiere lleva cinderella. Nosotros podemos invita comer mañana tío Lúis.

LUIS.—Les agradezco, míster Pear, pero no me es posible aceptar para mañana.

PEAR.—Entonces puede viene con nosotras cinderella.

LUIS.—Tampoco. míster Pear. Muchas gracias. Los bailes no me divierten, y tengo, por otra parte, el propósito de no hacer ninguna vida social.

PEAR.—¿Permite la observación, tío Lúis? Yo dice que caballeros criollos están poco so...ciables: no gusta fiestas, no gusta bailes, gusta Club solamente. Yo observa baile todas caballeros chiquitas... chiquilinas, como dice Margot. Y cuando hay en baile caballero seria, está parada la puerta, no baile: fuma.

LUIS.—En cambio, ustedes, bailan hasta de viejos.

PEAR.—Está bíen. Baile está divertimiento. Todos debe baila. Ustedes consideran baile pretexto para hacer sociedad; nosotros hacemos sociedad para baila.

LUIS.—Es que ustedes, a pesar de su aparente gravedad,

son un pueblo alegre, mientras que nosotros somos un pueblo triste.

PEAR.—Verdaderamente.

LUIS.—Entre la gente que se agita por las aceras de los bancos y la que pasea por Palermo o se la ve en cualquier fiesta, no se nota otra diferencia que una mayor elegancia en el vestir y menos precipitación en el andar; la tristeza es igual, la gravedad es la misma.

PEAR.—Yo observa que usted está más observador que yo. Nunca vió que una persona ríe aquí verdaderamente.

LUIS.—En realidad, no es una observación mía, porque yo he estado cinco años ausente y esto ha cambiado mucho. Se la escuché a un amigo en Europa, al encontrarse frente a aquella alegría de París.

PEAR.—Bíen. Si no quiere viene cinderella, nosotros podemos visita usted, si usted recibe.

LUIS.—Con el mayor gusto, míster Pear, pero será de aquí a ocho días.

MARGOT.—¿Se va de Buenos Aires?

LUIS.—No. Necesito encerrarme para meditar.

MARGOT.—¡Qué excentricidad, tío!

LUIS.—Has oído a tu esposo expresarse sobre la bondad del procedimiento.

MARGOT.—¿No me dijo haberse librado de su preocupación?

LUIS.—De aquélla sí, pero acaba de asaltarme otra.

MARGOT.—¡Está usted misterioso!

LUIS.—Y tú ya no puedes de curiosidad.

MARGOT.—No es para menos.

LUIS.—Te sacaré de esa curiosidad. Hace seis meses conocí en Suiza una niña argentina muy joven, inteligente, distinguida y de un tipo semejante al de la "gobernanta" de ustedes con algunos años menos. Me hice amigo de sus padres; viajamos juntos hasta España; nos hospedamos en el mismo hotel, y cuando me anunciaron que regresaban a Buenos

Aires, sin darme cuenta todavía de cómo ni por qué, dije: ''yo también'', y me embarqué con ellos en el Infanta. Aquí tienes explicado mi regreso.

PEAR.—¿Usted enamorada?

LUIS.—No lo sé, míster Pear, pero confieso que en compañía de esa niña lo pasaba muy a gusto. Tal vez el deseo de ponerme a la altura de su extremada juventud aniñaba mi espíritu. Pero, es el caso, que sentí como un despertar de Primavera, como un descanso en mi accidentada vida de emoción, y contrariamente a mi temperamento habitual vertiginoso, a su lado hubiera querido que no pasaran las horas.

MARGOT.—¡Si eso no es estar enamorado!

PEAR.—Entonces, ahora cása.

LUIS.—No, míster Pear. Yo tengo una filosofía que me lo impide. Pienso que cada uno debe buscar su felicidad dentro de lo que constituye su situación definitiva, y la mía es ya el celibato.

PEAR.—¿Celebato?...

LUIS.—¡Sí! El celibato.

PEAR.—(*sin entender*). ¡Sí!... ¡Sí!... Celebato...

LUIS.—No me casé por egoísmo, por haber hecho poca vida social, por no haberme enamorado... Ahora es tarde para hacerlo, sobre todo con una niña tan joven, que no tengo derecho de sacrificar. ¡Tal vez si no hubiera sido tan joven!... De modo que, después de meditar muy bien todo esto, como debía definir una situación tan ambigua, resolví esta, despedirme pretextando mi regreso a Europa por un llamado urgente.

MARGOT.—¿Y cuál es la otra preocupación que acaba de asaltarlo aquí, tan de pronto?

LUIS.—Esa me permitirás que por ahora la reserve.

PEAR.—(*a Margot*). Usted deja nosotras. Usted viste. Mi quiere habla con tío Lúis. Viste ahora.

MARGOT.—Es que yo digo...

PEAR.—Usted no dice nada, m'hijito... Usted viste.
MARGOT.—(*de mal modo*). ¡Viste, viste, viste! (*Vase*)

ESCENA VII

LUIS *y* PEAR. *Luego* MISS MARY

PEAR.—Tío Lúis, mí quiere habla francamente. Mí sabe que usted milionaria. Pero situación muy mala para milionarias también. Mí no capitalista; pero tiene grande influencia con bancos y casas de crédito. Si este preocupación que tíene puede arregla con capital y usted necesita, mí ofrece esta influencia sin interés.

MISS MARY.—(*por primera derecha*). Permiso. (*toma la caja de regalos y vase por la misma*).

LUIS.—(*observa como antes a mis Mary, hasta que ésta hace mutis*). Tanto como millonario no soy, míster Pear, ni son los negocios los que me preocupan. Tengo una situación desahogada que me permite vivir cómodamente. Sin embargo, agradezco en el alma su ofrecimiento y si llegara el caso lo ocuparía con mucho gusto. Ahora le ruego que con igual franqueza me responda a una pregunta que me considero en el deber de hacerle.

PEAR.—Yo contesta francamente.

LUIS.—Margot quedó huérfana muy joven, heredando una regular fortuna. Pasó a vivir a casa de mi hermana, siendo yo nombrado su tutor.

PEAR.—Sí.

LUIS.—En parte porque no sé administrar ni mis propios bienes, cuya administración entregué a un amigo, y en parte por no atarme al país, teniendo varios proyectos de viaje como tenía, renuncié a la tutela, pero, pedí al juez el nombramiento de una persona de toda mi confianza, precisamente la misma que administra mis bienes.

PEAR.—Sí.

LUIS.—Al casarse usted, deben haberle rendido cuenta de esa gestión, porque entiendo que Margot, no obstante su mayor edad, dejó las cosas como estaban.

PEAR.—Sí.

LUIS.—Yo deseo saber si usted ha estado conforme con la rendición de cuentas, y puedo considerarme libre de la responsabilidad que contraje al proponer el tutor.

PEAR.—Sí, perfectamente conforme. Puede está tranquila. Tutor persona correcta.

LUIS.—Nada más, míster Pear. Me alegra que así sea.

PEAR.—Mí dice ahora otro cosa. Margot no escribe usted. Usted no conoce mí. Mi quiere que conoce mí bíen.

ESCENA VIII

DICHOS *y* ENRIQUE

ENRIQUE.—(*por el foro, alcanzando a Pear una tarjeta*). ¡El señor Carlos Aguirre! (*Sorpresa de Luis*).

PEAR.—(*tomando la tarjeta que deja sobre la mesa*). ¡Ah, sí! (*A Enrique*). Hace pása escritorio este señor. (*Vase Enrique*). Mí habla dos palabras solamente, si permite mí, tío Lúis.

LUIS.—¡Cómo no, míster Pear!

PEAR.—(*por primera derecha hacia afuera, sin salir de escena*). ¡Margot! Viene seguida. Hace acompañamiento tío Lúis.

LUIS.—No es necesario. (*Margot desde adentro*). ¡Voy!

PEAR.—(*a Luis*). Permiso. (*Vase por foro*).

ESCENA IX

LUIS, *luego* MARGOT

LUIS.—(*observando la tarjeta*). ¿Carlos Aguirre?

MARGOT.—(*desde adentro*). ¡Qué preciosos bibelots me

ha regalado, tío Luis! Pienso adornar con ellos divinamente mi vitrina. (*Luis continúa asombrado frente a la tarjeta. Sale Margot en traje de baile, y aludiendo a un pequeño objeto que hay sobre la misma mesa*). ¿Le llama la atención ese objeto? Es un reloj de arena. Todas las mañanas a la hora del lunch, mi marido me impone la obligación de llenarlo en su compañía. Dice que el tiempo es oro y debo aprender a medirlo. (*Deja su abrigo en una silla del fondo*).

Luis.—(*sin atender*). Está bueno.

Margot.—¡Qué va a estar bueno, esa imposición de una tarea perfectamente inútil! Porque yo me explico que el tiempo sea oro y valga la pena medirlo cuando lo pasamos felices... ¡Pero ajustar sistemáticamente la vida a la precisión del reloj...! (*Pausa*). ¿Se ha fijado cómo está de relojes esta casa? Uno en el hall que da las horas como el de Oxford; otro en el escritorio, combinado, que marca las de las principales capitales del mundo; como diez más. distribuídos por las habitaciones y corredores de la casa... ¡Qué sé yo! ¡Con decirle que sobre nuestra mesa de noche hay un mueble de madera tallada que representa una escena del establo en que el niño Jesús está jugando con un reloj! ¡Y lo más terrible es que todos andan bien, y una tiene que andar como ellos! A las siete, el té, y levantarse; a las diez, el lunch; a la una, el almuerzo; todo en punto, con el reloj en la mano; ni un minuto más, ni un minuto menos; sin contar que a los relojes se agrega el fantasma de la mucama con la campanilla. A las cinco, el té; a las siete, la comida; a las nueve, al teatro, si no hay, como esta noche, programa de cinderella, y... ¡Todo en esta casa se hace con el reloj en la mano!

Luis.—Querida Margot, estoy completamente aturdido. Tengo la impresión de que se me hubiera dado vuelta el cerebro como un guante.

MARGOT.—No lo estoy menos yo, se lo aseguro.

LUIS.—¿Tú?

MARGOT.—Yo, sí.

LUIS.—¿Puedes explicarme, si no es algún secreto, cómo llegaste a casarte con este hombre?

MARGOT.—Es un correctísimo caballero, hermano de Lord Pear.

LUIS.—No lo dudo, ni lo digo por eso. Pero... ¿y Aguirre?

MARGOT.—Otro día, tío. Cuando estemos solos le contaré.

LUIS.—¿Qué hace aquí?

MARGOT.—¿Quién?

LUIS.—Lee esa tarjeta. (*Le indica la tarjeta*).

MARGOT.—(*corre hacia la tarjeta y leyendo con estupor*). ¡Carlos Aguirre! (*Entra Pear por el foro. Imperiosa a Pear, esgrimiendo la tarjeta*). ¿Qué hace este señor aquí?

ESCENA X

DICHOS *y* PEAR

PEAR.—¿Quí es este señor? (*Después de mirar la tarjeta*). ¿Míster Aguirre?

MARGOT.—Sí.

PEAR.—¿Por qué pregunta? (*Margot no atina a responder. Pear, risueño*). ¡Ah! Sí, ya sabe. Míster Aguirre hace antes la corte a usted. Esto está bién. Usted mujer interesante. Mí no extraña que muchas caballeros hacen la corte. (*Transición*). Cuando usted casa conmigo este negocio ya acabó. (*Transición*). Ahora yo saca smoking, pone frac. (*Un reloj interior da los tres cuartos. Después de detenerse a contar las campanadas confronta la hora con el de su bolsillo*). Sí. Está bíen. Ocho con cuarenta y cinco minutas. A las nueve vamos cinderella. (*A Luis*). Permiso. (*Vase por primera izquierda*).

ESCENA XI

LUIS *y* MARGOT

MARGOT.—Le garanto que esta vez no se sale con la suya. No voy al baile.

LUIS.—Si vas a dar un espectáculo, espera que yo me retire.

MARGOT.—No. Esté usted tranquilo. Ya he visto que la violencia no me da ningún resultado. Me enfermaré. Tendrá que llevarme al baile en camilla.

LUIS.—¿A qué esa rebeldía, Margot?

MARGOT.—Porque está en mi alma contra su imposición y su método; sobre todo esa tiranía pacífica, sonriente, felina. ¡Nunca se subleva! ¡Siquiera alguna vez me diera cuatro gritos...! Pero no. Jamás levanta el diapasón. (*Remedando*). "Señora no debe dice nunca su marido... ta, ta, ta, ta". ¡Es desesperante! No. No voy al baile. Me enfermo, finjo un desmayo, un síncope... Pero él no se sale con la suya.

LUIS.—(*con sorna*). ¿A que te lleva al baile?

MARGOT.—¿A que no?

LUIS.—¡Mira que yo conozco a los ingleses!

MARGOT.—Sí, pero en fuerza de vivir en París, ya se ha olvidado de cómo somos las criollas. ¡No me lleva al baile! ¡Se lo juro!

ESCENA XII

DICHOS *y* PEAR

PEAR.—(*de frac, trae sobretodo al brazo, el clac plegado, y alargando a Margot un estuche*). Mí no olvida que hoy está su santo. Mí trae regalo para usted. (*Margot toma el objeto desganadamente*). Abre. Abre ahora.

MARGOT.—¿Qué es esto?

PEAR.—Abre. (*Mientras Margot desenvuelve el objeto*) Está bombonero.

MARGOT.—(*después de abrir, sorprendida*). ¡No ve! ¡Tiene un reloj incrustado!

PEAR.—Así cada vez que usted saca una bombón, usted mira la hora. "Time is money". No olvida nunca este.

MARGOT.—(*dejando la bombonera sobre la mesa y fingiendo*). Bueno... Yo no puedo ir al baile. Me duele mucho la cabeza.

PEAR.—¿Está enferma usted? Fíjese bíen.

MARGOT.—Sí, estoy enferma.

PEAR.—¡Caramba! (*Vase apresuradamente por primera izquierda*).

ESCENA XIII

LUIS *y* MARGOT

MARGOT.—¿Qué irá a suceder ahora?

LUIS.—Si tú no sabes... (*Se oye un timbre interior*).

MARGOT.—La campanilla del teléfono. ¿Con quién hablará?

LUIS.—Es capaz de estar llamando a la Asistencia Pública.

MARGOT.—No me asuste.

LUIS.—A juzgar como se alarmó... ¡Si me lo hubieran contado no lo creo! ¡Tú, que refiriéndote a Aguirre, me decías una vez: "qué hermoso es amar", te encuentro casada con un inglés! ¿Te explicas ahora mi preocupación que no quise decirte delante de míster Pear? (*Entra Pear por primera izquierda*).

ESCENA XIV

DICHOS *y* PEAR

PEAR.—(*como antes*). ¡Caramba! ¿Por qué no dice primero que duele cabeza? Es una cosa muy mala. Dolor de cabeza puede víene desde estómago, desde riñones, desde hígado. Débese atiende seguida.

MARGOT.—No es para tanto.

PEAR.—Sí es para tanto. ¿Permite la observación, tío Lúis? Mi observa que ustedes llaman la médico cuando su enfermedad está grave. Llamamos primero nosotros. Enfermedades no tenemos que cura: debemos prevención. Por esto mi llama la médico, doto French. Médico viene mismo ahora. Está inglés.

ESCENA XV

DICHOS *y* MISS MARY

MISS MARY.—(*por el foro, anunciando. Sobre la frase de Pear*). ¡Docto French! (*Gesto en Margot de anonadamiento*).

PEAR.—¡Ah! Yes. (*Vase por el foro, seguido de miss Mary, que le cede el paso*).

ESCENA XVI

LUIS *y* MARGOT

MARGOT.—¡Tío, estoy bloqueada por Inglaterra!

LUIS.—No puedes pedir un esposo más atento. Ya ves cómo vela por tu salud.

MARGOT.—Eso es. Hágame usted broma. Es lo único que me faltaba.

LUIS.—En realidad es así, desde que él ignora que se trata de una farsa tuya.

ESCENA XVII

DICHOS *y* PEAR

PEAR.—(*por el foro*). Margot, docto French dice que hay que revisa los detalles completamente.

LUIS.—Yo voy a despedirme, míster Pear.

PEAR.—¿Entonces usted víene visita nosotras, o quiere que visita nosotras usted?

LUIS.—Yo vendré, pero de aquí a un mes. Necesito encerrarme treinta días y treinta noches, para meditar.

PEAR.—(*con ingenuo asombro*). ¿Otro preocupación?

LUIS.—La misma, que se ha complicado un poco. ¡Adiós, míster Pear!

PEAR.—(*estrechándole fuertemente la mano*). ¡Good by!

LUIS.—¡Adiós, Margot! (*Por lo bajo*). ¿A que te lleva? (*Vase por foro*).

ESCENA XVIII

MARGOT *y* PEAR

PEAR.—Va usted su habitación. Saca traje, saca toda. Quiere docto la observación prolijo en usted.

MARGOT.—(*fingiendo una sonrisa*). ¿Que yo me quite todo delante del médico inglés? Para mí que era nervioso, porque se me está pasando.

PEAR.—(*sentencioso*). Fíjese bíen. No dice que ella no duele, si ella duele.

MARGOT.—No, no, no, no. Era indudablemente nervioso, porque ya se me ha quitado.

PEAR.—No dice que ella no duele, si ella duele.

MARGOT.—Te aseguro que estoy bien.

PEAR.—¿Entonces, está bíen?

MARGOT.—(*fastidiada*). Sí, perfectamente bien.

PEAR.—(*le coloca sobre los hombros el abrigo, con ex-*

quisita distinción, y alcanzándole con la diestra el abanico). Pantalla.

MARGOT.—(*de mal modo*). Abanico.

PEAR.—Abanica. (*Alcanzándole la bombonera*). Bombonero.

MARGOT.—(*como antes*). Bombonera.

PEAR.—Bombonera. (*Dándole el brazo*). Vamos cinderella.

MARGOT.—¿Y el médico?

PEAR.—(*amablemente risueño*). No tenemos médico. Ser yo la docto French.

MARGOT.—¡Ah! ¿Me has engañado?

PEAR.—No. Sabe yo este mal de usted está nerviosa. Yo curó ello por la sugestión.

MARGOT.—(*intentando quedarse*). ¡Entonces, no había venido el médico!

PEAR.—Si enferma usted otra vez, mí llama la médico, verdaderamente.

MARGOT.—(*en un esfuerzo de suprema resignación*). Vamos al baile. (*Pear despliega su clack, se lo pone, toma del brazo a Margot con quien se encamina para hacer mutis por el foro. El reloj interior da nueve campanadas*).

TELON

ACTO SEGUNDO

(Salón escritorio. Es de tarde. Escritorio ministro, mesa de trabajo, teléfonos de pie en ambos, un pequeño conmutador en la mesa de trabajo, sofá y sillones de baqueta, mesitas y sillas para té).

ESCENA I

PEAR, INOCENCIO *y* SEÑORITA GÓMEZ

(El primero frente al escritorio ministro haciendo anotaciones. El segundo frente a la mesa de trabajo).

INOCENCIO.—(*entregando unos papeles a señorita Gómez*). Estas dos cartas son urgentes. Recomiende al empleado que no moje tanto el papel al sacar copia, porque se corre la tinta.

GÓMEZ.—Bien. (*Medio mutis*).

PEAR.—Señorita Gómez.

GÓMEZ.—¿Señor?

PEAR.—(*con una nota en la mano*). Stimson no con i, con es solamente. (*Silabeando*). S-tim-son.

GÓMEZ.—(*intenta tomarle la nota*). Es verdad, señor, me he equivocado. Voy a corregir.

PEAR.—Mí dice usted dos veces este misma cosa. No dice más. Fíjese bíen. (*Le da la nota. Gómez hace mutis por segunda derecha. Pear llama por el timbre de sobre su escritorio. Suena el teléfono de sobre la mesa de Inocencio*).

ESCENA II

DICHOS, *menos* SEÑORITA GÓMEZ. *Luego un chico*

INOCENCIO.—(*atendiendo el teléfono en voz baja*). ¡Hola! Sí. Sí, señorita. Un momento. (*Entra un chico por segunda derecha y permanece en la puerta a la espera de órdenes*).

PEAR.—Dice mis Talow, traiga notas. (*Vase el chico*).

INOCENCIO.—La señorita Bell desea hablarlo. (*Pear toma la cornetilla del teléfono de su escritorio. Inocencio hablando por el suyo*). ¡Hola! Señorita atienda. (*Cambia el conmutador que hay en su mesa, cuelga el tubo y continúa escribiendo*).

PEAR.—(*hablando por teléfono*). Señorita Bell. Sí. Perfectamente. Si usted viene seguida. Mí cierra escritorio las cuatro. No atiende más. (*Cuelga el tubo. Entra miss Talow por segunda derecha y le alcanza unas notas a Pear. Suena el teléfono*).

ESCENA III

DICHOS *y* MISS TALOW

INOCENCIO.—(*mientras Pear recorre y firma las notas, intercepta la comunicación y hablando por su aparato*). ¡Hola! Sí. Un momento (*Se dispone a tomar nota de lo que le van a dictar*). Diga usted. Escucho. (*Toma nota a medida que repite*). Cédula argentina de seis por ciento. Noventa y dos cincuenta; certificados municipales de siete por ciento, a noventa; crédito argentino de mil novecientos once, ochenta y siete cincuenta...

PEAR.—(*a Inocencio*). ¿Míster Wilson?

INOCENCIO.—(*al teléfono*). Un momento. (*A Pear*). Sí.

PEAR.—(*tomando el tubo de su aparato*). Dice mi habla a él.

INOCENCIO.—(*al teléfono*). Míster Wilson, lo va a hablar míster Pear. (*Cambia el conmutador, cuelga el tubo y sigue escribiendo*).

PEAR.—(*en inglés, por teléfono*). ¿Will jou give me the last cotation for quebrachales fusionadas? (*Pausa. Cuelga el tubo. Firma las notas que leía y las entrega a mis Talow, quien hace mutis por segunda derecha. Entra Luis por primera*).

ESCENA IV

PEAR, INOCENCIO *y* LUIS. *Luego* ENRIQUE

LUIS.—¡Dichosos los ojos que lo ven, míster Pear!

PEAR.—Está bíen que yo dice usted esto. Si Margot no habla a usted por el teléfono, mi píensa que murió usted.

LUIS.—Le advierto que esta visita es interesada. Vengo en carácter de hombre de negocio.

PEAR.—(*solícito*). Atíende yo seguida.

ENRIQUE.—(*por primera derecha anunciando*). Las señoritas de Bell y Ramírez.

PEAR.—(*fastidiado*). ¡Oh, caramba, señoritas!

LUIS.—Atienda, míster Pear. Lo mío se lo expondré después, en cuatro palabras.

PEAR.—(*a Enrique*). Señoritas hace pasa.

LUIS.—Esta Bell, ¿es Susanita?

PEAR.—Sí.

LUIS.—¡Ah! Somos muy amigos. ¿No se ha casado todavía?

PEAR.—Ella es buena para usted.

LUIS.—Es demasiado madura, míster Pear.

PEAR.—Esta maduro demasiado. La otra verde demasiado.

LUIS.—Por eso creo que estoy en definitivo celibato. (*Entran Bell y Ramírez*).

ESCENA V

PEAR, LUIS, INOCENCIO, BELL *y* RAMÍREZ. *Luego* ENRIQUE

BELL.—(*de cuarenta años, parlanchina, coqueta y efusiva*). Señor Pear, me parece que llegamos a hora. ¿Y Margot?

PEAR.—Salió. (*Ofreciéndoles asiento*). Señoritas, sit down. (*Sit daon*).

BELL.—(*a Luis*). ¡Oh, mi camarada! ¿Usted aquí?

LUIS.—Ya lo ve.

BELL.—(*a Pear*). Como nos dijo que viniéramos el sábado.

PEAR.—Mí paga sábados solamente.

BELL.—Señor Pear, no venimos a cobrarle, sino a recoger un donativo.

PEAR.—Desde que yo dice: "yo doy", yo debe. Usted viene busca mí ello que yo debe, usted cobra.

BELL.—Así será, señor Pear. No vamos a discutir por eso.

PEAR.—Está bien. Señoras no debe discute nunca. (*Se encamina a su escritorio a llenar un cheque*).

LUIS.—Míster Pear es contundente.

BELL.—(*con amable ironía a Ramírez*). Ya sabes, hijita, las señoras no deben discutir nunca. ¡Qué! ¿No se conocían ustedes?

RAMÍREZ.—No.

BELL.—(*presentando*). El señor Luis Castro. La señorita Ana Ramírez, hija de Concepción, que usted vió nacer.

LUIS.—(*con sorna*). Me parece que en eso hay alguna exageración.

BELL.—No sé. ¡Nació cuando usted le festejaba la tía!

LUIS.—¡Qué referencias más crueles me está haciendo! ¡Qué pensaría de mí si en igualdad de circunstancias, las hiciera de usted!

BELL.—Perdone, Luisito. Salvemos el tiempo ya que no las distancias.

LUIS.—Con el saldo a su favor, no habría como para inmortalizarse.

BELL.—(*tocada*). ¡Siempre el mismo!

LUIS.—Y siempre admirador de usted.

PEAR.—(*alargándole un cheque*). Señorita Bell, yo no paga dinero nunca. Yo siempre cheques. Costumbre inglesa.

BELL.—(*tomando el cheque que deposita en su bolsa*). Es lo mismo, míster Pear. Muchas gracias en nombre de la Sociedad y nuestro.

ENRIQUE.—(*por primera derecha*). Con permiso. (*Le alcanza a Pear una tarjeta y una carta*).

PEAR.—(*después de leer la tarjeta*). Hace pasa este señor. (*Vase Enrique*).

BELL.—Estamos incomodando.

PEAR.—En ninguna manera. Mí atiende este señor diez minutos y cierra escritorio.

LUIS.—Sentémonos aquí, así lo dejamos más en libertad. (*Se sientan rodeando la mesita que hay en primer término izquierda. Entra por primera derecha el señor Velázquez, persona distinguida, de sesenta y cinco años, cabellos totalmente canos*).

ESCENA VI

DICHOS *y* VELÁZQUEZ, *menos* ENRIQUE

VELÁZQUEZ.—(*después de saludar con una inclinación de cabeza a los circunstantes, encaminándose hacia Pear*). ¡Señor Pear!

PEAR.—¡Míster Velázquez! Con mucho gusto. Toma asiento. (*Le señala una silla de al lado de su escritorio*). Mi atiende seguida. (*Desgarrando el sobre de la carta que aun no ha leído*). Permiso. (*A Inocencio, dándole la carta*). Dice míster Wilson vende inmediatamente títulos quebrachales fusionadas. (*Ocupa su escritorio y departe con Velázquez, leyendo papeles que éste le da y haciendo números.*

Inocencio, a raíz de la orden, descuelga el tubo y habla por teléfono "sotto voce").

BELL.—Lo hacíamos en Europa.

LUIS.—Le advierto que lo estoy a los efectos de la vida social.

BELL.—(*con admiración*). Y nosotras que nos proponíamos invitarlo a un baile blanco que estamos organizando para allegar recursos a nuestros pobres.

LUIS.—No quedarán defraudadas, porque voy a agradecerles la fineza con una pequeña atención. Entérese para usted sola de la cantidad del cheque que le ha dado míster Pear.

BELL.—¿Con qué objeto?

LUIS.—Ya verá. Entérese.

BELL.—(*después de mirar el cheque*). ¿Y ahora?

LUIS.—Démelo. (*Después de tomarlo*). Voy a sustituirme al banco, convirtiéndoselo yo. Convendrá en que esto es ahorrarles un trabajito.

BELL.—Le agradecemos la atención en nombre del empleado que iba a cobrarlo.

LUIS.—(*después de leer el cheque lo guarda en su cartera, de la que extrae una suma de dinero*). Sírvase.

BELL.—Esto es mucho más.

LUIS.—Permítame que le conteste como lo haría míster Pear. (*Imitándolo*). "Banco no se equivoca".

BELL.—Vaya, muchas gracias. (*Le alcanza el dinero a Ramírez que lo guarda en su bolsa*).

LUIS.—Una pregunta, Susanita. ¿La sociedad de ustedes visita pobres en su domicilio y les distribuye recursos?

BELL.—Se constituyen con ese objeto comisiones de señoras que recorren las distintas parroquias respondiendo a las solicitudes que se reciben, a veces denuncias anónimas.

LUIS.—¿Habría inconveniente en que yo acompañara una de las comisiones, la que usted integre, por ejemplo?

BELL.—Absolutamente. Muchos señores nos acompañan.

Figuran como socios protectores, pero en las asambleas no tienen voto.

Luis.—Eso es lo que menos me preocupa.

Bell.—Su concurso, de que hoy mismo daré cuenta, será considerado como una verdadera adquisición.

Luis.—¡Ah, no! Usted no dará ninguna cuenta, ni yo figuraré para nada. Es la primera vez que voy a hacer el bien. Déjeme hacerlo como es debido. Deseo especialmente visitar esos pobres vergonzantes de las denuncias anónimas. Los que tienden la mano para pedir parece que se defendieran. ¡Pero los que sienten rubor para tender la mano!

Bell.—(*sonriente*). Al oírle no sé si emocionarme o reír. Por lo visto se le está sentando el juicio.

Luis.—Por algo nos hemos encontrado, Susanita.

Bell.—Ya me lo veo como "Celia en los Infiernos" confundido entre la humanidad doliente. (*Transición*). ¡Ah! pero, en serio. Le tomo la palabra y en la primera visita que hagamos cuento con usted.

Ramírez.—A propósito de Celia, Susanita. ¿No le ha dicho nada al señor de lo que nos contaron de Suiza, y del viaje en el Infanta? (*Gesto de Luis*).

Bell.—(*recriminando con sorna a Ramírez*). Esas son habladurías. ¡Cómo has podido creer que una persona respetable como Castro fuera a ponerse en ridículo!

Luis.—Tal vez tenga usted razón.

Ramírez.—(*ingenua, tratando de justificarse*). Nos dijeron que tenía diez y siete años, es verdad. Pero como dicen que el amor no reconoce edades...

Luis.—(*con intención*). Sin embargo, señorita Ramírez, créame que es preferible una de diez y siete a una de cuarenta.

Bell.—(*tocada*). Vamos, Anita.

Luis.—¿No esperan a Margot? (*En este momento Pear acompaña a Velázquez hasta primera derecha*).

Velázquez.—¿De modo, señor Pear, que usted considera imposible la operación?

PEAR.—Está difícil. Todas sus propiedades tíene dos hipotecas. Mí pensó un unificación, pero propiedades no paga sus hipotecas de ellas.

VELÁZQUEZ.—Mi situación no puede ser más desesperante. Si no consigo esos diez mil pesos, el protesto, la ejecución, el concurso, el desastre.

PEAR.—¿Permite la observación, míster Velázquez?

VELÁZQUEZ.—Diga usted.

PEAR.—Cuando yo conoció usted en Tigre l'otro día, vió automóvil muy cara, chaufer con lacaya, yo pensó usted estaba hombre poderosa.

VELÁZQUEZ.—¡Ya ve usted la realidad!

PEAR.—Pero yo ahora quiere doy la esperanza. Yo contesta mañana, si está posible operación.

VELÁZQUEZ.—Ponga toda la voluntad de su parte.

PEAR.—Voluntad solamente no bastante.

VELÁZQUEZ.—En fin, allá veremos, señor Pear. Hasta mañana. (*Vase*).

BELL.—En este escritorio no se ven entrar más que millonarios, señor Pear.

PEAR.—(*irónico, aludiendo a Velázquez*). Verdaderamente, todos están milionarias.

BELL.—Nos retiramos, señor Pear. Muchísimas gracias, por su donativo.

PEAR.—¡Oh! Nada, nada.

BELL.—Y muchos cariños a Margot. Castro, hasta que nos veamos en los Infiernos.

LUIS.—En serio, ¿eh?

BELL.—En serio. (*Saludos y vanse Bell y Ramírez por primera derecha. Pear las acompaña hasta la puerta*).

ESCENA VII

PEAR, LUIS *e* INOCENCIO

PEAR.—(*a Inocencio*). ¿Avisó míster Wilson?

INOCENCIO.—Sí, míster Pear.

PEAR.—(*después de consultar el reloj*). Bueno. Vaya ahora.

INOCENCIO.—Voy a terminar esta carta. Me faltan unas líneas.

PEAR.—Mí dice vaya. Ahora las cuatro. Deja esa para mañana. Dice empleados que vayan, y avisa Enrique no recibe ningún persona, sólo míster Aguirre.

INOCENCIO.—Bien, míster Pear. Hasta mañana. (*Vase por segunda derecha*).

ESCENA VIII

PEAR *y* LUIS

PEAR.—Ahora, tío Lúis, yo está en su disposición.

LUIS.—(*dándoles unos papeles*). Mi administrador me ha propuesto la operación que se detalla en estos papeles. Mi impresión es favorable, pero no quiero resolver nada sin consultárselo.

PEAR.—¿Usted quiere opinión ahora misma?

LUIS.—No, no hay apuro. Y le prevengo que lo que usted opine haré.

PEAR.—Mí agradece la confianza y promete estudia operación bien. (*Pausa y después de tomar una mano de Luis entre las suyas*). Ahora mí dice un cosa, tío Lúis. Yo trata dos veces solamente y yo tiene un gran simpatía usted. Considera un gentleman, y considera también el papá de Margot.

LUIS.—No es menor mi simpatía por usted, míster Pear; muchas gracias.

PEAR.—Yo hermana de Lord Pear. Yo puede vive bíen a Londres. Pero mí quiere trabaja y víene Buenos Aires. Ministro inglés presenta principales familias colonia anglo-argentina y capitalistas en este pais. Yo entonces visita pais toda para conoce ello bíen. Criollos no conoce pais. Yo observa criollos en Europa la gran admiración por cosas que ya tiene aquí. Este pais muy grande, muy rica, tíene mucha riqueza que precisa explotar. Cuando visitó a Córdoba, conoció mí Margot: enamora mí de ella completamente. Cuando viene aquí casó mí con ella. En-

tonces pone escritorio para estudia mis negocios y busca capitalistas.

LUIS.—Por lo que veo trabaja usted bastante.

PEAR.—Sí, pero todavía poca resultado económica. Ahora tíene gran proyecta tramitando. Concesión ferrocarril colonizador. Proyecto está inglés. Criollos pone primero colonia, después pone ferrocarril, o no pone. Nosotras ponemos primero ferrocarril, después hace colonia. Proyecto está también patriótica: aquí mucha gente extranjeros viene toda Buenos Aires, aquí no puede vive, debemos saca afuera. Usted da una poca de tierra, una poca de semilla, una poca de herramienta. Usted hace pronto colonia, después cobra flete ferrocarril a ellos.

LUIS.—¿Y qué tal va la concesión?

PEAR.—Concesión va bíen. Yo tiene mucha esperanza míster Aguirre. Yo observa que aquí hace todo influencias políticas. Por este mí vió míster Aguirre, persona con grande influencia. Míster Aguirre pone entusiasmo con ello.

LUIS.—El negocio dará utilidad a largo plazo.

PEAR.—No mucho. Además, yo recibe en seguida que tíene la concesión gran cantidad en dinero, otro en acciones. Y yo tíene mucha interés en recibe el dinero.

LUIS.—(*ofreciéndose*). ¿Anda necesitado de fondos, míster Pear?

PEAR.—No, éste no. (*Titubea y resolviéndose afectuoso*). Tío Lúis, yo dice francamente. Después que casó, yo observa que Margot cada día más lejos de mí. Sí yo estoy un hombre correcta con ella, tiene la preocupación que ella píensa que yo casó por su fortuna. Entonces yo quiere gana mucho dinero para saca este preocupación.

LUIS.—¡Cómo puede pensar eso, míster Pear!

PEAR.—Sí, bíen. Pero yo tiene este preocupación.

LUIS.—Margot será una chica aturdida, indisciplinada,

todo lo que usted quiera; pero no la considero capaz de pensar semejante cosa.

PEAR.—Sí, sí. Mí dice que sí. Pero mí quiere saca este preocupación afuera.

LUIS.—Si ese alejamiento existe, tal vez sea otra la razón, míster Pear. Alguna vez se la dije en broma.

PEAR.—Dice otra vez.

LUIS.—Sencillamente, que usted pretende "imponer" a Margot un nuevo sistema de vida. Sí, "imponer", amablemente, pero imponer. Y los criollos sentimos una resistencia instintiva por todo lo que sea imposición. En cambio, por afecto somos capaces de cualquier sacrificio. No se imponga. Hágase querer, míster Pear, y verá cómo Margot por complacerlo lo adivina. Pero para hacerse querer tiene que empezar por hacersè criollo.

PEAR.—(*ingenuo*). ¿Mí tíene que me hace criollo? Yo piensa bíen este que dice usted.

LUIS.—¿A qué hora regresará Margot?

PEAR.—Yo dice que víene cuatro y media. Usted no habla nada de este que dice yo ahora.

LUIS.—Absolutamente. (*Consulta su reloj*). Ya son las cuatro y media. (*Entra Margot por primera derecha en traje de calle, con sombrero. Pear se adelanta a recibirla*).

ESCENA IX

DICHOS *y* MARGOT

MARGOT.—(*a Pear, señalándole el reloj de la pulsera, con acritud*). ¿He llegado a la hora? ¡Las cuatro y media!

PEAR.—(*cariñoso, tomándole las manos*). Sí, perfectamente. Tío Lúis, yo dice que Margot antes de un año está inglesa completamente.

LUIS.—Ya veo.

MARGOT.—(*a Luis*). Me dan tentaciones de no saludarlo. ¡Un mes sin venir!

PEAR.—Está bíen. Tío Lúis dice que no viene en un mes, y no viene.

MARGOT.—¡Qué va a estar bien esa sujeción ridícula a la palabra! ¿Quiere decir que si en un momento de fastidio se le dice a una persona "la voy a matar", hay que matarla?

PEAR.—No debe dice sin el motivo "voy a matar"; y cuando dice ello, hay que mata.

MARGOT.—¿Qué diferencia existe entonces entre una persona y un muñeco con cuerda?

LUIS.—Mi caso no merece una discusión. Es casual que no haya venido durante un mes. Lo he pasado reconstruyendo mi casa. ¡No te imaginas cómo la encontré, después de cinco años! ¡Y los muebles! ¡Con decirte que la he amueblado de nuevo! (*Llaman al teléfono. Pear lo atiende*).

MARGOT.—¡No me diga que en un mes no ha podido hacernos una visita! ¡Claro, esta casa no es un sitio agradable para usted!

LUIS.—Eso supone un egoísmo que no debes atribuirme tratándose de ti. ¡Quién te dice que mi actitud no la inspire un propósito generoso!

MARGOT.—No lo veo.

LUIS.—Eso me complace.

PEAR.—¡Caramba! Ministro inglés llama momento. Mí espera míster Aguirre. Usted recibe, Margot, y atiende. Dice que mí viene seguida.

MARGOT.—Yo no lo recibo.

PEAR.—(*asombrado*). ¿Por qué?

MARGOT.—Ya lo sabes.

PEAR.—(*con profundo asombro*). ¿Entonces el negocio no acabó?

MARGOT.—¿Qué piensas de mí?

PEAR.—Piensa usted está señora con honor. Por este no hay míedo que usted recibe míster Aguirre. Yo antes pide, ahora exige usted recibe míster Aguirre. (*Transición*). ¡Tío Lúis!... ¡Caramba!... Yo pide usted perdona mí este poca violenta.

LUIS.—No es nada, míster Pear.
PEAR.—Usted está en casa. Mí viene seguida.
LUIS.—(*dándole la mano*). En todo caso, hasta otro día. (*Vase Pear*).

ESCENA X

MARGOT *y* LUIS. *Luego la* MUCAMA

MARGOT.—(*agitada se quita el sombrero y suelta el llanto*). Todo por culpa de tía.
LUIS.—¿Qué te hizo mi hermana?
MARGOT.—Me calentó la cabeza, hasta que rompí con Aguirre: "¡Ese hombre es un jugador. Viene por tus pesos. Te va a dejar en la calle!" Aguirre jugaba, es cierto, pero tiene un gran corazón. Yo estoy convencida que me quería mucho. Era muy bueno, y casándose se hubiera sosegado. La prueba está que ha recibido de la abuela una enorme fortuna, muy superior a mis cuatro reales, y nadie le ha visto jugar. Pero esa prédica repetida noche y día: "¡Ten cuidado! ¡Yo sé lo que digo!", terminó por convencerme. Le hice mil desaires, hasta que se cansó, y rompimos. Para completar mi estupidez y alucinada por el recibimiento que le hicieron en Córdoba a Pear, me casé por despecho con él, que ya me tiene hastiada con sus métodos y sus relojes.
LUIS.—¿Es decir que criticas a mi hermana, y con razón — en eso estamos de acuerdo — porque te aconsejó que rompieras con Aguirre, obcecada en un solo aspecto de su vida, sin tener en cuenta todas las bondades que tú le habías descubierto, y tú juzgas a Pear con el mismo estrecho criterio?
MARGOT.—Es muy distinto, porque a Aguirre yo lo quería y a Pear no.
LUIS.—Mi hermana por lo visto tampoco quería a Aguirre.
MARGOT.—Tía no se iba a casar con él.

Luis.—Eso excusa en parte la ligereza de su juicio, que no es excusable en ti respecto de Pear, de tu marido. Lo aceptaste en matrimonio por despecho, como tú dices — aunque yo no vea tal despecho, sino el propósito de librarte de mi hermana...

Margot.—Eso no. Tía no es mala. Ya ve que me visita.

Luis.—Sí, por librarte de la mujer más fastidiosa y rezongona del mundo. Me lo explico. No es un reproche. Pero, al aceptar a Pear, debiste decirle que lo querías, porque, de lo contrario, él no se casa. ¿De modo que por librarte de un mal cometiste otro mayor, resolviendo el problema del matrimonio con la misma ligereza que la elección de una toilette? ¿Y Pear, que puso seguramente en ese matrimonio todos sus entusiasmos, su fe, su dignidad, su amor... debe resignarse a la idea de que lo aceptaste por cambiar una situación, como hubieras ocupado un carruaje para cambiar de sitio?

Margot.—No se enoje, tío Luis.

Luis.—No es que me enoje. Pero hay cosas, Margot, que no son razonables.

Margot.—Sí, yo comprendo que hice mal.

Luis.—Haces mal. Continúas haciendo mal.

Margot.—Pero estas cosas, a una nadie se las dice. Además, Pear no ha hecho nada de su parte por que yo lo quisiera.

Luis.—¿Qué más pretendías que hiciese?

Margot.—Por lo pronto librarme de esa tortura del inglés, del método y de los relojes.

Luis.—Si tu afición por Aguirre te llevó hasta perdonarle un defecto, que obsesionaba a mi hermana, y descubrirle cualidades quién sabe hasta qué punto imaginarias, la compasión por Pear, el remordimiento de haberle mentido, sí, mentido, un amor que no sentías, ¿no es capaz de hacerte perdonarle tal vez una virtud?

Margot.—Compara usted personas que para mí no son comparables.

LUIS.—¡Ya lo creo que no lo son! Porque si Aguirre te hubiera querido de verdad, debió dejarte tranquila creyéndote feliz y con mayor razón sospechándote desdichada, y no venir a turbar con su presencia la tranquilidad de esta casa. En cambio Pear, con algún motivo aparente para dudar de ti, según he visto, te da este ejemplo de altura moral, imponiéndote que recibas a Aguirre porque él no concibe que tú no seas una persona de honor. ¡Piensa si cabrá en mi cabeza comparar a personas tan distintas!

MARGOT.—Sí, tío, sí. Esa es la verdad. Ahora lo comprendo. Porque si Aguirre no viene no habríamos llegado con Pear a esta situación. ¿Qué debo hacer? Aconséjeme usted.

LUIS.—¿Yo? De ninguna manera, aún cuando el caso es muy distinto a cuando te aconsejó mi hermana, puesto que el matrimonio constituye hoy para ti tu situación definitiva. Me he limitado a hacerte un reproche, tal vez con demasiada vehemencia, sublevado ante la idea de que me hubiera ocurrido a mí algo semejante. Pero yo no te aconsejo. Por lo demás, conoces mi filosofía: "cada uno debe buscar su felicidad dentro de lo que constituye su situación definitiva". Nada más podría decirte. (*Margot llama por el timbre*).

MARGOT.—Yo estoy desorientada.

LUIS.—Considera cómo estará Pear.

MARGOT.—(*irritada*). Sí, tiene usted razón. Pero me irrita la idea de que después de todo resulte yo teniendo la culpa. (*Entra la Mucama. Margot fastidiada, ayudándose con ademanes*). Usted no. Miss Mary. (*Vase la Mucama*).

LUIS.—Dime una cosa, Margot. Cambiemos de tema. ¿Qué tal persona es miss Mary?

MARGOT.—La única con quien me entiendo en esta casa, porque, a pesar de la prohibición de Pear de que

me hablen o entiendan en castellano, la pobre lo desobedece exponiendo su empleo.

LUIS.—Me refiero como persona de orden.

MARGOT.—Excelente. Descanso por completo en ella.

LUIS.—Porque yo tengo de "gobernanta" una gallega charlatana, que me reta si no como, si salgo, si llevo poco abrigo, si regreso tarde, o si hago todo lo contrario... y ya me tiene harto. Como vivo solo y no hay nada en mi casa que pueda molestar la delicadeza de miss Mary, de quien me has dicho que es una señorita bien, voy a pedirte que me permitas sonsacártela. Sería para mí una tranquilidad muy grande contar con una persona así y desentenderme de todo.

MARGOT.—¿Y yo?

LUIS.—No te es como a mí tan indispensable, y tal vez por ella misma pudieras conseguir otra.

MARGOT.—Háblela. (*Entra miss Mary*).

ESCENA XI

LUIS, MARGOT *y* MISS MARY

MARGOT.—Miss Mary, hágame el servicio (*refiriéndose al sombrero y a algún pequeño paquete que ha traído de la calle*) de llevarse esto, y cada vez que llame, venir usted porque ya no puedo ver a ese estafermo de la mucama.

LUIS.—Miss Mary, necesito conversar cuatro palabras con usted, autorizado por mi sobrina. Soy soltero; tengo una holgada posición; vivo solo en una casa perfectamente puesta; casi todas las noches recibo amigos a comer. Hasta aquí no he podido despreocuparme de la confección del menú, ni de los mil detalles de organización de la casa, que me son sumamente pesados. Necesito una persona bien, de confianza, que conozca todas estas cosas y las maneje sin darme cuenta siquiera. Y que hable poco,

muy poco. ¿Quiere ser usted esa persona? (*Medio mutis de miss Mary*). Miss Mary, me gustaría que hablara un poco más que usted.

MISS MARY.—(*secamente*). No. (*Mutis con los objetos. Entra Enrique por primera derecha*).

ESCENA XII

MARGOT, LUIS *y* ENRIQUE

ENRIQUE.—(*anunciando*). El señor Carlos Aguirre.

MARGOT.—(*nerviosa*). Tío, recíbalo usted.

LUIS.—De ningún modo. Pear te exigió a ti recibirlo. (*A Enrique*). Hazlo pasar, pero no le digas que yo estoy. (*Vase Enrique*). Saldré por aquí.

MARGOT.—Acompáñeme, por lo menos.

LUIS.—Te sería doblemente violento el encuentro en mi presencia. Además, no olvides que tú afirmaste no temerle, y eso es tal vez lo que quiere Pear que le demuestres. (*Vase por segunda derecha. Entra Aguirre por primera*).

ESCENA XIII

MARGOT *y* AGUIRRE

AGUIRRE.—(*después de un instante de mutuo embarazo*). ¿El señor Pear?

MARGOT.—Regresará en seguida. Pase usted. Tome asiento.

AGUIRRE.—(*hace por sentarse y notando que Margot permanece de pie*). ¿Y usted?

MARGOT.—Prefiero permanecer de pie.

AGUIRRE.—(*incorporándose*). En tal caso me es violento estar sentado. (*Margot venciendo su contrariedad toma asiento. Aguirre hace lo propio*). Observo que mi presencia es incómoda y voy a retirarme después de pedir a usted trasmita al señor Pear el objeto de mi visita.

MARGOT.—El señor Pear es mi esposo.

AGUIRRE.—Como usted y yo lo sabemos creí inoficioso recordarlo.

MARGOT.—Mi esposo me ha encargado reciba a usted y le haga esperar hasta su regreso.

AGUIRRE.—Sin duda ignora la violencia que esto le ocasionaría, y quiero evitársela. Dirá usted a su esposo que esta tarde la Comisión despachó favorablemente su solicitud y que como cuenta con mayoría en la Cámara, es un hecho la concesión. (*De pie*). Le dirá, además, para que no me lo agradezca, que cuando solicitó mi mediación en este asunto, por el que mostró tanto interés, supuse que la situación de ustedes no era holgada, y como yo he tenido una gran... estimación por usted, exclusivamente en su obsequio, puse al servicio de su esposo el entusiasmo, el ardor, la tenacidad que no he puesto jamás por nada en esta vida. Esto puede no decírselo: que pagué bien por mal cuando me llegó mi turno, (*Margot se incorpora emocionada*) sin ninguna intención de recompensa, ni la más mínima, ni la más remota. (*Margot se enjuga los ojos. Aproximándosele*). No, Margot. Perdóneme. Todo lo grande que había en mi dolor, lo ha empequeñecido esta torpe protesta.

MARGOT.—(*imponiéndose*). No olvide usted que soy la esposa de Pear.

AGUIRRE.—Eso ya no me preocupa. Me preocupaba su conducta inexplicable que la ensañó contra mí. No podía conformarme a la idea de haber puesto tanto amor a los pies de un espíritu tan cruel. Pero esas lágrimas, que no había visto nunca en usted, la rediman y me tranquilizan. (*Tomándole una mano entre las suyas*). ¡Adiós, Margot! ¡Para siempre! ¡No volveré a cruzarme en su camino! (*Entra Pear segunda derecha. Viste levita y sombrero de copa*).

ESCENA XIV

DICHOS *y* PEAR

(*Margot y Aguirre se separan bruscamente, sorprendidos por la presencia de Pear. Este hace gesto de profunda sorpresa y como si recapitulara con los antecedentes que conoce, avanza unos pasos con grave actitud*).

AGUIRRE.—(*cohibido*). Señor Pear, en este momento felicitaba efusivamente a su esposa porque ya ha conseguido usted la concesión.

PEAR.—(*con la voz enronquecida, pero sin descomponer su línea de distinción*). Míster Aguirre, mañana yo retira este solicitud. Concesión ahora no interesa. (*Señalándole primera derecha*). Usted puede retirar.

AGUIRRE.—(*intentando una explicación*). ¡Míster Pear...!

PEAR.—(*imperturbable*). ¡Se retira! ¡No más!

TELON

ACTO TERCERO

(*Hall lujoso. Es de tarde. Entra Margot de la calle por segunda derecha y sigilosamente se aproxima a primera derecha con el propósito de inquirir. Entra miss Mary por segunda izquierda*).

ESCENA I

MISS MARY *y* MARGOT

MISS MARY.—Señora...

MARGOT.—¡Jesús, mujer! Me ha asustado. (*Por lo bajo*). ¿Ha salido el señor?

MISS MARY.—No.

MARGOT.—¿Vino tío Luis, después que yo me fuí?

MISS MARY.—No.

MARGOT.—¿Qué hace ahora el señor?

MISS MARY. — Prepara valijas.

MARGOT.—¿Para qué?

MISS MARY. — No dice nada. Mí no sabe. Pone su ropa adentro.

MARGOT.—¡Valijas! ¡Con su ropa! (*Angustiada, haciendo mutis por primera izquierda*). Luego, ¿se va? (*Vase. El reloj da las cinco. Miss Mary precipitadamente intenta salir por segunda izquierda, en circunstancias que entra la mucama por la misma trayendo el servicio de te*).

ESCENA II

MISS MARY *y la* MUCAMA. *Luego* PEAR, MARGOT *y* ENRIQUE

MISS MARY.—(*dispone el servicio de te en la mesita que habrá en primer término. La mucama se aproxima a primera izquierda, saca del bolsillo de su delantal*

una campanilla y frente a la puerta la agita, pausadamente, llamando con la misma gravedad que si desempeñara una importante función. Luego se encamina a primera derecha y repite la operación, pero al segundo campanillazo entra Pear, quien toma asiento en el costado derecho de la mesita. Miss Mary sirve el té y vase. La Mucama vuelve a repetir la escena de la campanilla frente a primera izquierda).

PEAR.—(*a la Mucama. Chistándola y haciendo señal que deje de llamar*). Suficent. (*La Mucama hace mutis por segunda izquierda. Entra Margot por primera, sin sombrero, y toma asiento frente a Pear*).

ENRIQUE.—(*por el foro*). Con permiso. (*Alcanza a Pear dos cartas y vase*).

ESCENA III

PEAR *y* MARGOT. *Luego* ENRIQUE, *y luego* MISS MARY

MARGOT.—(*visiblemente nerviosa, no atinando a iniciar la conversación*). ¿Te has servido azúcar?

PEAR.—(*que está leyendo una de las cartas se vuelve a ella gravemente*). No. (*Vuelve a su lectura*).

MARGOT.—(*le sirve el azúcar, y después de una pausa*). ¿Te parece bien este vestido? ¿Es un color serio, verdad?

PEAR.—(*sin levantar la vista de la carta*). Mí no entender los vestidos.

MARGOT.—(*otra pausa*). Salí un momento hasta lo de tío Luis, y no lo encontré. Encargué a miss Mary que te avisara. Como hace tanto que no viene, y con sus rarezas ha hecho quitar el teléfono. (*Ante la actitud imperturbable de Pear, hace gesto de fastidio. Irónica*). ¿Hoy hace frío, verdad?

PEAR.—Mí sentir el calor.

ENRIQUE.—(*por el foro. Anunciando*). La señorita Bell.

MARGOT.—(*irritada*). ¡Que pase! (*Llama por el timbre. Vase Enrique*).

PEAR.—(*recoge las cartas y de pie, gravemente*). Tío Lúis víene ahora. Mí llama. Tíene que habla con él un negocio seria. (*Vase por primera derecha. Entra miss Mary por segunda izquierda*).

MARGOT.—¿Quiere llevarle el té al señor a su escritorio? (*Vase miss Mary con la taza de té por primera derecha. Entra la señorita Bell por el foro*).

ESCENA IV

MARGOT *y* SEÑORITA BELL. *Luego* MISS MARY *y la* MUCAMA

BELL.—Llego deshecha. Ando en plena campaña electoral. ¿Cómo te va?

MARGOT.—Llegas a tiempo.

BELL.—¿Y tu marido?

MARGOT.—Está con gente, en su escritorio. (*A miss Mary, que entra por primera derecha*). Una taza para servirle el té a la señorita. (*Vase miss Mary por izquierda*).

BELL.—¿Y Luis?

MARGOT.—Hace una infinidad de tiempo que no viene. Se ha vuelto conmigo lo más ingrato.

BELL.—Antiyer anduvimos visitando pobres. (*Entra la Mucama trayendo una taza que coloca frente a Bell*). ¡Cómo te envidio el servicio inglés! (*A la Mucama que le sirve té*). Basta. (*La Mucama sigue sirviendo. Bell, deteniéndola*). ¡Basta! (*Pausa*). Está muy cargado. (*Como observa que la Mucama no entiende, se ayuda por señas*). Un poco de agua caliente. (*La Mucama, imperturbable, vuelve a servirle te*). No.

MARGOT.—(*llama por el timbre y le hace señal a la Mucama que se retire. Vase la Mucama*). ¿Te interesa esta Mucama? Te la regalo.

BELL.—No, gracias.

MARGOT.—¿No decías que me envidiabas el servicio inglés?

BELL.—No sabía que era auténtico.

MARGOT.—(*a miss Mary que entra por la izquierda*). Una jarrita de agua caliente. (*Vase miss Mary*).

BELL.—Ando en plena campaña electoral, sosteniendo la candidatura de Zulema para presidenta de la Sociedad, y vine a pedirte tu voto. Mañana es la asamblea.

MARGOT.—¡Cómo decirte que no! Pero, francamente, no tengo ganas de vestirme ni de salir.

BELL.—¿Qué te sucede?

MARGOT.—(*miss Mary trae el agua caliente y vase*). Nada. No tengo humor para salir.

BELL.—¡Ah! Te prevengo que tu voto es indispensable. Te vendré a buscar en automóvil. ¡No faltaba más que cuando te necesito para una campaña electoral, no me respondas! Estoy hecha un caudillo de primer orden. En tres días he comprometido a más de cien socias. ¡Y todavía!... ¡Qué barbaridad! ¡No te imaginas qué trabajo! Tengo que ver a la de García, a Piquita, a Lala Silva, a Mangucha, a Coquita, a Cholita... ¡Es un trabajo horrible! ¡Van días que, con la preocupación, no puedo pegar los ojos!

MARGOT.—¿Y a qué tanto trabajo?

BELL.—Por nada.

MARGOT.—¿Qué ventajas tiene Zulema sobre la Presidenta actual?

BELL.—Ninguna.

MARGOT.—¡Que todavía no se les haya ocurrido a los políticos emplear señoras en su propaganda!

ESCENA V

DICHOS *y* LUIS

LUIS.—(*por el foro, que ha escuchado estas últimas palabras*). ¡Hola! ¿Politiqueando?

BELL.—Comprometiendo votos.

LUIS.—(*después de saludar a Bell*). ¿Cómo te va, Margot?

MARGOT—(*displicente*) Bien.
LUIS.—Todavía estoy impresionado por el cuadro que vimos antiayer.
MARGOT.—¡Qué horrible cosa debe ser la miseria!
LUIS.—Yo creo que jamás llegaría a acostumbrarme.
BELL.—¡Cómo lamento que usted no sea mujer!
LUIS.—¿Yo? Créame que aunque quisiera no podría complacerla. Pero, ¿a qué responde la lamentación?
BELL.—¡Un voto perdido, Castro! ¿No ve que los socios protectores no votan, y ando en plena campaña electoral?
LUIS.—¡Si fuera sólo un voto lo que en mí se ha perdido...!
BELL.—¿Quién? ¿Yo? ¡Qué pretensión, Dios mío! (*Ríe Luis*). Me voy porque si no es capaz de creer que vine por él.
LUIS.—¿Y cuándo volvemos a encontrarnos en los Infiernos?
BELL.—La semana próxima. Le haré avisar. (*A Margot*). Recuerdos a tu marido, y hasta mañana a las tres que vendré a buscarte, ya sabes. (*Vase por segunda derecha. Entra la Mucama seguida de miss Mary a recoger el servicio de té*).

ESCENA VI

MARGOT, LUIS, MISS MARY *y la* MUCAMA

LUIS.—¡Miss Mary! Desde que le hablé a usted el otro día he quedado muy molesto pensando que usted haya podido atribuir a mis palabras una intención que no tenían. Sobre mi fe de caballero le aseguro que en ese ofrecimiento no hubo de mi parte nada que pudiera molestar su dignidad de señorita.
MISS MARY.—Gracias.
LUIS.—Si hecha esta aclaración, usted acepta ser mi "gobernanta"... Piénselo usted. No es necesario que lo resuelva de inmediato. (*Mutis de miss Mary*).

ESCENA VII

LUIS *y* MARGOT

MARGOT.—¡Qué empeño en llevársela! Si no supiera que Pear lo ha mandado llamar, creería que sólo viene por ella.

LUIS.—No serías justa, Margot.

MARGOT.—Mientras tanto yo desesperada buscándolo.

LUIS.—¿Se puede hablar con libertad?

MARGOT.—Ahora sí. Sentémonos de este lado.

LUIS.—¿Por qué dices "ahora"?

MARGOT.—Porque vivimos separados, él allí y yo aquí, desde aquella tarde que me impuso recibir a Aguirre. Venía con la noticia de haberle conseguido la concesión, y me hizo un reproche tan justo por mi inconducta, que yo no pude evitar que al despedirse de mí para siempre, me estrechara una mano entre las suyas. Pear nos sorprendió en esa actitud. A él le dijo que ya no le interesaba la concesión, que retiraría al día siguiente la solicitud, y lo despidió de casa.

LUIS.—¿Y a ti?

MARGOT.—Me miró con un gesto tan profundo de desprecio, que me indignó, porque yo no había cometido ninguna falta. Desde entonces cambié mi habitación; no hemos cruzado cuatro palabras: vivimos como dos fantasmas.

LUIS.—¿De modo que él te sorprendió en una situación por lo menos equívoca y tú te enojaste, y dispusiste esta separación, y él la toleró, y tú continúas enojada? Convengamos que en materia de lógica no has progresado mucho.

MARGOT.—No debió dudar de mí. Por otra parte, le he ofrecido después mil oportunidades de aproximarnos, y siempre se ha mostrado con una altivez ridícula, que es indiferencia, porque si yo no le fuera indiferente habría tratado de reconciliarse.

LUIS.—¡Ah! ¡Vamos!

MARGOT.—Y he vivido mortificada lo que usted no imagina, porque todos mis esfuerzos por llamarle la atención han sido inútiles. Y ahora, para colmo, estoy amenazada con que se marcha.

LUIS.—En suma, que estás enamorada de tu marido. (*Sorpresa de Margot*). Sí, no te sorprendas, que no es otra cosa lo que a ti te pasa. Y ahora desesperas ante la idea de que sea él quien se separe.

MARGOT.—Sí, tío Luis. Yo no me explico cómo, pero es así. Y lo he andado buscando a usted para pedirle que viniera, porque desde esta mañana noté algo extraño en él que me hizo sospechar ese propósito.

LUIS.—¿Qué quieres de mí?

MARGOT.—Que hable con él, que impida que se marche.

LUIS.—No, Margot. Eso a ti te corresponde. Yo he hecho en tu obsequio cuanto estaba de mi parte, impidiendo ya una vez que se fuera.

MARGOT.—¿Cuándo?

LUIS.—A raíz de tu encuentro con Aguirre, que acabas de referirme, míster Pear creyó que tú, espontáneamente, le darías una explicación. En cambio, te enojaste y dispusiste separarte. Como un acto de deferencia hacia mí fué a expresarme lo ocurrido y su resolución de marcharse. Lo convencí que tu enojo demostraba tu inocencia; que era nuestra manera de entender el amor propio, pensar que una explicación humilla, cuando en el fondo no nos sentimos culpables.

MARGOT.—¿Y por qué no me lo dijo?

LUIS.—Entonces no hubiera sido oportuno, porque no le amabas. Pero hice algo más eficaz que tú lo has atribuído a desafección. No volví a visitarte; di orden que si ibas en mi busca me negaran, y hasta quité el teléfono para que no tuvieras ni ese medio de hablarme; evité que mi hermana viniera a visitarte, y como afortunadamente para ti en este caso, no tienes otros parientes, quedaste de tal modo sola

frente a Pear. Eso dió lugar a que te apercibieras de su presencia, que hasta entonces te había pasado desapercibida, y como en la soledad espiritual toda mujer se siente débil, necesitaras un apoyo, y trataras de aproximártele, y te encontraras con su altivez, su dignidad, su hombría, que han concluído por enamorarte.

MARGOT.—¡Tío!

LUIS.—Oye. Refiere Maeterlink que la reina de las abejas al separarse de la colmena para formar el nuevo enjambre, debiendo ser fecundada, vuela hacia el espacio seguida por la multitud de zumbones pretendientes. Y se eleva, ebria de luz, disgregándose en su vuelo el pesado masculino cortejo. Y allá en la altura, en la soledad de la altura, donde el azul la circunda, el sol la acaricia, y sólo turba su silencio el zumbido del último ansioso pretendiente que ha logrado seguirla, realiza con él las nupcias aéreas. Como la reina pudo elegir amante en la colmena y no lo hizo, ni discernió tampoco cuál sería el último que la acompañara, yo pienso que amó en la altura porque se sintió sola. Y en ese vuelo nupcial encuentro un símbolo. Realízalo tú, que ya lo comenzaste con este aislamiento. Aléjate con tu marido de todo esto que te vincula a viejos afectos, que debes sacrificar incluso el mío que haciéndome tu confidente te aproxima espiritualmente más a mí que a él. Y cuando no disgregada por otras afecciones, te sientas suya, vuelve segura que ya ningún otro cariño descentralizará tu vida.

MARGOT.—¿Y él? ¡Si se va?

LUIS.—Detenerle es cuenta tuya.

ESCENA VIII

DICHOS *y* PEAR

PEAR.—(*por derecha*). Tío Lúis.

LUIS.—¡Hola, míster Pear!

PEAR.—Mí llama para habla asunto seria, pero primero que habla este asunto que interesa a mí, mí habla asunto que interesa usted.

LUIS.—¿Se hizo la operación?

PEAR.—Sí; precisa solamente el contrato de su sociedad.

LUIS.—Lo tiene mi administrador. Le pediré por teléfono que se lo mande hoy mismo al escribano. (*Medio mutis por derecha*).

MARGOT.—(*de pie, intentando acompañarlo*). De este lado tiene el teléfono más inmediato.

PEAR.—Tío Lúis, después habla con el teléfono. Ahora mí quiere habla asunto que interesa a mí.

LUIS.—A sus órdenes, míster Pear.

PEAR.—(*a Margot, que hace por irse*). No vaya usted, Margot. Mí quiere usted aquí presente. Asunto interesa tambíen usted.

LUIS.—¿De qué se trata?

PEAR.—Tío Lúis, después que yo cuenta usted mi asunto con Margot no hace más imposición a ella, yo deja ella hace la suya voluntad de ella perfectamente. Ella impone esta separación, yo respeta; ella no habla un solo palabra, yo acepta. Hoy primera vez que habla uno palabra. Ahora este ya no interesa. Cuando mí casó, tiene muchas ilusiones; ahora, no más ilusiones. Mí convencida que Margot no quiere a mí, mí hace poder general para que ella pueda administra sus propiedades. Este ya no toca nada. Deja tambíen la mitad de este que yo ganó. Ahora hacemos la separación for ever. En mañana mí embarca a Inglaterra.

LUIS.—Vea, míster Pear. Perdóneme que lo interrumpa. Tengo muchísimo interés en que antes de irse termine usted mi operación. Voy a pedir el contrato. Mientras tanto, desde que esta separación se va a realizar tan amigablemente, pudiera ser que Margot quiera hacerle algún encargo para ese viaje. Sería de buen caballero y de buen inglés ponerse a sus

órdenes. (*Vase sonriendo por primera izquierda. Deja tras sí la puerta abierta, Pear le mira alejarse, con expresión de asombro*).

ESCENA IX

MARGOT, PEAR. *Luego* LUIS, MISS MARY *y la* MUCAMA

(*Margot tose nerviosamente. Notándolo Pear, cierra la puerta por donde salió Luis*).

PEAR.—(*amablemente*). ¿Usted enferma? (*Margot con la cabeza le hace señal negativa y suelta el llanto. Pear, ansioso*). ¿Por qué llora? (*Margot, sin dejar de llorar y sin mirarle, le tiende una mano que Pear estrecha entre las suyas*). ¿Usted llora porque yo me voy? (*Margot con la cabeza contesta afirmativamente*). ¿Por qué usted hace sufrir tanto a mí? ¿Usted no sabe que sufre mucho este separación? Ningún negocio saca tanto el sueño como éste. Mí no puede dormi. Toda noche camina mi habitación. Cuando no puede más mí viene despacito aquí y mira a usted por este puerta. Cuando vió que usted no duerme, mí contenta porque tiene la esperanza que usted pensó en mí; pero cuando vió que usted dormi, entonces ninguno esperanza; mí llora. Ya no puede vive más así. Por este mí va Inglaterra.

MARGOT.—No, Pear.

PEAR.—¡Margot! ¿Quiere usted a mí? (*Margot permanece pensativa*). ¿Ahora qué piensa? ¿Por qué no contesta a mí?

MARGOT.—Pienso en un proyecto.

PEAR.—¿Quí este proyecto? Dice, no más.

MARGOT.—Prométeme que lo realizaremos.

PEAR.—Sí usted quiere a mí, mí dice que sí; mí no manda más; mí saca el método, saca servicio inglés, saca todo.

MARGOT.—Mi proyecto es que ese viaje lo hagamos los dos juntos, pero no a Inglaterra, a cualquier otro

sitio donde ni tú ni yo encontremos amigos, parientes ni conocidos, que nos distraigan de vivir el uno para el otro.

PEAR.—Mañana misma deja este pasaje y saca otros pasajes.

LUIS.—(*por segunda izquierda se encamina a la percha para tomar su sombrero. Entra miss Mary por segunda derecha. Al enfrentarse con ella. "Sotto voce"*). ¿Qué ha resuelto?

MISS MARRY.—(*con entusiasmo.*) Sí.

LUIS.—(*afectuoso, llevándose el índice a los labios le señala la pareja de Margot y Pear y dándole la mano*). Hasta mañana. (*Mutis de Luis. Miss Mary descorre las cortinas de la puerta que comunica con el comedor, viéndose la mesa tendida, y hace mutis. Simultáneamente suenan las siete. Entra la Mucama, y, por detrás de los personajes, agita la campanilla*).

PEAR.—(*sin hacer caso del reloj ni de la campanilla*). ¿Entonces, usted quiere mí?

MARGOT.—Sí.

PEAR.—¿Por qué no dice este primero?

MARGOT.—Porque recién empecé a comprenderte cuando me encontré sola frente a ti.

PEAR.—¡Oh, Margot! Este se dice primero. Mí quiere mucho usted. (*La abraza. La Mucama asustada gira sobre sus talones dando la espalda a los personajes y continúa imperturbable agitando la campanilla*) Mí no ser más inglés. Mí criollo.

TELON

FIN DE LA COMEDIA

DIPLOMACIA CONYUGAL

(Comedia en un acto)

Estrenada en el Teatro Buenos Aires de esta Capital la noche del día 5 de Agosto de 1916, por la Compañía Nacional Pagano-Ducasse.

PERSONAJES

María Inés
Jacinto
Criada.

ACTO UNICO

JACINTO.—(*entrando con M. Inés*). Ven. Verás qué bien lo pasamos aquí. (*Llamando por el timbre*).

M. INÉS.—No quiero que vengamos aquí.

JACINTO.—(*con falso asombro*). ¿No quiero has dicho?

M. INÉS.—Sí, no quiero; porque yo sé después en qué va a parar esto. Terminarás por dormirte; y yo como una tonta rascándote la cabeza.

JACINTO.—(*como antes*). ¡Rascándome la cabeza! ¡María Inés!

CRIADA.—¿Llamaba la señora?

JACINTO.—(*natural*). Sírvanos aquí el café. (*Vase la criada*). ¡María Inés! Esto es toda una rebelión. Te sublevas contra la autoridad de tu esposo.

M. INÉS.—(*remedándole*). Me sublevo contra la autoridad de mi esposo. ¿Y qué hay?

JACINTO.—¿Estás desconocida?

M. INÉS.—Cómo que cada día que pasa uno aprende más.

JACINTO.—¡Ah!... Vaya... vaya... Te lo han enseñado... ¿Y quién es el espíritu maligno que se ha interpuesto entre nosotros?

M. INÉS.—Vamos, Jacintito. No te pongas más en trágico, que tus tragedias ya no me conmueven. Vestite y llévame a la fiesta. Lo que es esta noche yo no me quedo sin salir.

JACINTO.—No vuelvo de mi asombro. ¿Has olvidado que una señora...?

M. INÉS.—No continúes, que me conozco de memoria este discurso. "Una señora debe complacer en absoluto a su marido; dejarle en completa libertad. Salir ella si él se digna acompañarla, y si no que-

darse encerrada en su casita, esperando que él regrese, después de haberse divertido a su antojo para recibirlo con los brazos abiertos y ofrecerle al muy tunante que quién sabe por dónde ha andado, todos los encantos del hogar transformado en un nidito de amor...!

JACINTO.—María Inés! Quién te ha enseñado esas cosas? Tu madre?

M. INÉS.—No, la tuya. Ya ves si será buena mi suegra.

JACINTO.—Mi madre!

M. INÉS.—Sí, esa bendita señora, que se ha compadecido de mí.

JACINTO.—Compadecido de ti? Por qué? Qué te falta?

M. INÉS.—Acaso la felicidad consiste en que a uno no le falte nada materialmente? Te parece justo que desde que nos casamos lo haya pasado encerrada?

JACINTO.—Encerrada?

M. INÉS.—Es claro; no he salido a ninguna parte. Has desechado varias invitaciones a hermosas fiestas como la de esta noche. Hasta el punto de que tu misma madre me ha instado a que te exija llevarme, aconsejándome que no haga caso a tu tono trágico, que lo adoptas por pura haraganería por no vestirte y llevarme.

JACINTO.—En ese tren estás?

M. INÉS.—Resueltamente. Eso no quiere decir que abuse... Por lo demás, ya tendré tiempo de encerrarme cuando otras obligaciones más razonables que tu haraganería me lo impongan.

JACINTO.—(*fingiendo que va a llorar*) Y mi madre se conjura contra mi felicidad?

M. INÉS.—Ay, Jacinto, no, por Dios. No vayas a simular que lloras, porque te pones en ridículo, y no hay nada más desastroso para un hombre que el ridículo.

JACINTO.—(*aparte. Natural*). Por este camino estoy

perdido. (*Alto*). Está bueno. Está bueno. (*Con amable ironía*). Conque mi madre, no?

M. INÉS.—Que es una santa.

JACINTO.—Qué pronto te pusiste de acuerdo, eh! A qué si te hubiera aconsejado — pongo por ejemplo — que me zurcieras los calcetines, te habrías indignado, y hubieses dicho que era un demonio?

CRIADA.—El café. (*Le sirve una taza a M. Inés*).

JACINTO.—El mío sírvamelo aquí. (*Se repantinga en una chaisse-longue. A la Criada que va a aproximar una mesita*). Cierre esa puerta. (*Mientras la Criada sirve el café*). Hace mucho frío afuera?

CRIADA.—Mucho, señor.

JACINTO.—(*muy cariñoso*). Quiere encender esa estufita? (*La criada enciende la estufa eléctrica*). No hay por ahí otra estufita?

CRIADA.—La del comedor, señor.

JACINTO.—Quiere traerla?

CRIADA —Cómo no, señor. (*Vase*).

M. INÉS.—No vayas a dormirte, Jacinto.

JACINTO.—Dormirme yo?

M. INÉS.—No sería la primera vez, y ya sabes que tienes que llevarme.

CRIADA.—Aquí está la estufa, señor.

JACINTO.—(*sumamente almibarado*). No la quieres tú, Inesita?

M. INÉS.—No, no tengo frío.

JACINTO.—No deja de ser una suerte. Colóquela aquí, de frente.

CRIADA.—(*después de colocarla*) Así, señor?

JACINTO.—Sí. Sí. Cierre bien la puerta lo que salga. (*Mutis de la criada*).

M. INÉS.—Jacinto, ya estás cerrando los ojos.

JACINTO.—No temas, no llegaré a dormirme. Entorno los ojos para mirarte con la imaginación, despojada de toda realidad corpórea. Si supieras qué delicia es para mí desprender tu bondadoso espí-

ritu de su envoltura material para extasiarme contemplándolo!

M. INÉS.—(*irónica*). Debe ser una delicia enorme; pero ya podías irte vistiendo para llevarme.

JACINTO.—No destruyas el ideal. Déjame soñar contigo.

M. INÉS.—Si te dejo, ya lo creo que bien pronto vas a soñar de veras.

JACINTO.—Qué crueldad!

M. INÉS.—(*golpeando con la cucharita en la taza*). Yo no quiero zalamerías. Yo quiero ir a la fiesta. Vaya Vd. a vestirse.

JACINTO.—(*aparte*). Por este lado también es inútil. (*Alto*). Con razón se ha dicho que sobre gustos no hay nada escrito!

M. INÉS.—¿Lo dices, por mí?

JACINTO.—Por quién si no. Mire Vd. que preferir una fiesta cualquiera!...

M. INÉS.—Cualquiera, no; una hermosa fiesta donde concurrirá lo mejor de nuestra sociedad.

JACINTO.—Por lo mismo, más llena de etiqueta, a esta intimidad nuestra; preferir aquel ambiente bullicioso a esta alegría tranquila; aquellos salones a este rinconcito; aquel ir y venir perturbador, a esta serenidad casi beatífica. Francamente yo no me lo explico. Si tú supieras con qué inefable deleite siento que este calorcito se va filtrando en mi cuerpo; qué bien me hace; cómo me reanima!

M. INÉS.—Se explica. Es la edad, que lo requiere.

JACINTO.—(*incorporándose súbitamente. Sinceramente alarmado*). ¿Qué? Qué has dicho?

M. INÉS.—(*sin mirarle*). Que no me sorprende... (*Jacinto llama por el timbre*). Me lo habían prevenido antes de casarnos... "Reflexiónalo bien".

JACINTO.—(*a la Criada*). Apague estas estufas. (*La Criada las apaga. A María Inés*). Reflexiona, qué?

M. INÉS.—En la diferencia de edades que hay entre Vds., por nosotros.

JACINTO.—(*a la Criada*). Abra esa puerta.

M. INÉS.—Se corre siempre el peligro de que mientras el uno está en plena juventud, por mí, el otro...

JACINTO.—(*a la Criada*). La ventana también.

M. INÉS.—Porque, además, los hombres cuando tan tarde se deciden por el matrimonio, llegan a él como a un cuartel de inválidos.

JACINTO.—(*a la Criada que va a hacer mutis*). Deje abierto al salir y abra también la claraboya del hall. (*Vase la Criada*).

M. INÉS.—Se te va a enfriar el café.

JACINTO.—No faltaba más. Es decir que porque prefiero el calorcito de la estufa a la temperatura exterior, te consideras con derecho a injuriarme llamándome viejo. Eso también te lo ha enseñado mi madre?

M. INÉS.—No lo tomes así, Jacinto. Ha sido una broma.

JACINTO.—No hay otra manera de tomarlo. Y ¡como broma es de muy mal gusto. (*Aparte*). No voy a tener más remedio que llevarla.

M. INÉS.—Créeme que lo siento de veras... Mi intención no fué mortificarte.

JACINTO.—No confunda, señora mía. No me mortifica, me fastidia porque es una broma de mal gusto... Mortificarme supondría sentirme tocado por su impertinencia. Viejo yo! Sentir frío! (*Tirita*). Como que desde mañana se acabaron las estufas y los cerrojones en esta casa. Viviremos a puertas abiertas. Vamos a ver quién de los dos siente primero frío. (*Tirita*).

M. INÉS.—Lo de suprimir las estufas no creas que me disgusta; siempre me han parecido malas para la salud. En cuanto a vivir a puertas abiertas me parece una exageración, que nos tendrá constantemente propensos a una pulmonía.

JACINTO.—Venga en buena hora la pulmonía. Yo no la temo. (*Tirita*).

M. INÉS.—No te pongas así, Jacinto. Sé razonable. No imaginas cómo lamento haberte fastidiado! No te parece una exageración el haber mandado abrir la claraboya del hall?

JACINTO.—(*titubeante*). La claraboya?

M. INÉS.—Observas qué corriente de aire?

JACINTO.—(*Temblando*). Te parece que es mucho aire?

M. INÉS.—Muchísimo. Yo la voy a mandar cerrar. (*Llama por timbre*).

JACINTO.—Ya vas a mandar cerrar? (*Entra la Criada*).

M. INÉS.—Si tú no te opones.

JACINTO.—(*Tiritando y fingiendo autoridad*). Que la cierre. Pero conste que tú lo has dispuesto.

M. INÉS.—(*a la Criada*). Cierre la claraboya del hall. (*Medio mutis*). Pase por aquí. (*A Jacinto*). Qué te parece que cerremos esta ventana?

JACINTO.—Haz lo que quieras. No me preguntes.

M. INÉS.—Cierre la ventana. Y al pasar cierre la puerta. Nosotros vamos a salir. Regresaremos a las 3, pero llevamos llave, de modo que Vd. puede acostarse.

CRIADA.—Buenas noches. (*Vase*).

JACINTO.—¿Conque "vamos a salir, y regresaremos a las 3?"

M. INÉS.—(*intentando abrazarle*). Sí, maridito mío. Vete a vestir.

JACINTO.—(*con exagerada gravedad, impidiendo el abrazo*). Un momento, señora. No acepto sus caricias hasta que Vd. no me explique qué interés tiene por ir a esa fiesta, y desvanezca la duda que acaba de asaltarme.

M. INÉS.—(*asombrada*). Duda, has dicho?

JACINTO.—Duda, sí. Duda. (*Aparte*). Por aquí voy bien.

M. INÉS.—Jacinto!

JACINTO.—No hay Jacinto que valga. Acaso vas a convencerme de que el vivísimo interés que demuestras por ir a esa fiesta te lo ha inspirado mi madre?

M. INÉS.—Jacinto!

JACINTO.—No hay Jacinto, repito. (*Aparte*). Si cedo estoy perdido, no me quedan más recursos.

M. INÉS.—Ah! Pero hablas en serio?

JACINTO.—Basta de preámbulos, qué interés tiene Vd. por ir a esa fiesta?

M. INÉS.—El interés de divertirme. Y no pasarme la vida encerrada entre cuatro paredes.

JACINTO.—Qué diversión puede encontrar una señora casada, en un baile, porque esa fiesta es un baile?

M. INÉS.—No por ser casada he dejado de ser joven. Sobre todo, yo no pienso bailar.

JACINTO.—Es lo único que faltaba, que tú fueras a bailar, porque eres joven, y yo como que soy viejo a esperarte en un rincón.

M. INÉS.—Has tomado a pecho una broma mía? Mira, Jacinto. Yo no quiero que ni en sueños llegues a dudar de mí. Este deseo por salir lo inspira el propósito aconsejado por tu mamá, de que insista alguna vez hasta convencerte, porque si no tú te acostumbras a no sacarme y cada día que pasa se te va a hacer más cuesta arriba.

JACINTO.—No me convences. Porque esa misma insistencia pudiste tenerla ayer o mañana, para que te llevara a un teatro o a cualquier otra fiesta que no fuera un baile.

M. INÉS.—Es que... a este baile va todo Buenos Aires distinguido... y... yo quiero lucirte.

JACINTO.—Cómo, lucirme.

M. INÉS.—Es decir... lucirme contigo.

JACINTO.—Me has tomado por un automóvil?

M. INÉS.—Te he tomado por lo que eres, pero no vayas a envanecerte si te lo digo. Te he tomado por un

"partido", que muchas se han disputado contra mí, y que yo gané.

JACINTO.—(*acomodándose el bigote*). En eso estás bien. Yo he sido muy disputado, es verdad, pero también es cierto que tú me ganaste en buena ley.

M. INÉS.—Las indirectas que he tenido que soportar desde que empezaste a festejarme!

JACINTO.—Pero lo de lucirte conmigo podías dejarlo para otra oportunidad. (*Consultando el reloj*). Además, mientras me visto se nos va a hacer tarde. Ya son las diez.

M. INÉS.—Conque lleguemos a las 11...

JACINTO.—Pero tú te das cuenta que cambiarme ahora de ropa es una tortura.

M. INÉS.—Yo te ayudo, ricurita. No seas malo.

JACINTO.—Y quiénes van a ese baile que a ti te interesan?

M. INÉS.—Van Susanita Bell, Lucía Ramírez, Carmencita Lozano.

JACINTO.—(*sinceramente tratando de recordar*). Susanita Bell, Lucía Ramírez, Carmencita Lozano. No las recuerdo. De la única que tengo reminiscencia es de Carmencita Lozano; me la presentaron, creo una noche en lo de Rodríguez.

M. INÉS.—Hazte el inocente ahora. (*Celosa*). "Creo que me la presentaron una noche en lo de Rodríguez". Dieron una comida para presentártela, y la sentaron a tu lado. Y se lo pasaron de charla los dos toda la noche, encantados el uno del otro. O crees que no lo sabía?

JACINTO.—(*explctando la veta de los celos*). Bueno, Carmencita Lozano es una muchacha muy interesante, no cabe duda.

M. INÉS.—Y hace un instante no la recordabas!

JACINTO.—Como uno trata a tantas personas...

M. INÉS.—Tampoco te acuerdas de Susanita?

JACINTO.—Susanita?

M. INÉS.—Sí, Susanita, que tú festejaste como dos meses...

JACINTO.—Que yo festejé como dos meses.

M. INÉS.—El tiempo no puedo precisarlo, pero ella decía a cuantos querían oirla, que eras su festejante. Por algo debía ser. Como que creo que ya había empezado a preparar el ajuar. Estaba loca por ti! Y cuando te organizaron la temporadita de verano, en su estancia, para hacerte "caer", como tú no fueras enfermó de pena y casi estuvo a la muerte!

JACINTO.—Esas son exageraciones tuyas. Es posible que yo no le disgustara. Pero tanto como morirse por mí...

M. INÉS.—Ahora la recuerdas? Y a Lucía Ramírez, que anduvo haciendo mil papelones por ti, tampoco la tienes presente?

JACINTO.—Lo que no recuerdo son los papelones.

M. INÉS.—Me sería muy largo referirlos, por que fueron tantos que dieron lugar a que hablaran mal de ella.

JACINTO.—La gente siempre está lista para pensar lo malo.

M. INÉS.—Pues no! Cuando se iba de tarde a pasear sola por la Recoleta, esperando que tú te decidieras a hablarla. (*Pausa*). Te imaginas la indignación de todas ellas cuando vieron que tú te dedicaste a mí? Te explicas ahora ese anónimo que antes de casarnos recibiste?

JACINTO.—Nunca le di importancia.

M. INÉS.—Yo sí. Pero entonces no quise por dignidad explicarte su procedencia, reservando para otra oportunidad mi venganza. Esa oportunidad ha llegado hoy, que van a estar las tres en la fiesta. Por eso insisto en que me lleves, para lucirte, y mientras tú me paseas por sus narices, pueda ir yo diciéndole por lo bajo: necias, agotaron todos los recursos de la coquetería y de la infamia para "atra-

parlo" y lo seduje yo, con sólo abrirle mi corazón.

JACINTO.—(*abrazándola*). Querida mía, me has convencido. Tienes razón. (*Transición*). Van a estar en la fiesta Susanita, Lucía y Carmencita. En el acto me vestiré. No faltaba más. Yo les voy a dar a esas señoritas.

M. INÉS.—Tú no, yo.

JACINTO.—Bueno, tú. No faltaba más. Ahora comprendo que es un crimen tenerte encerrada entre cuatro paredes. Verás que me visto en un segundo. (*Vase precipitadamente*).

M. INÉS.—(*con regocijo*). Ya las voy a ver morderse el codo a esas infames, cuando me vean pasear con este león del brazo. Si serán ridículas y pretenciosas! Jacinto ni las recordaba! Y ellas tantas ínfulas! (*Transición*). La verdad es que él hizo que no las recordaba. Pero muy bien que cuando le hablé de ellas... (*Pausa*). No, no puede ser. Qué tonta soy. Lo único que ahora me faltaba, era sentir celos por ellas! Pero no... Sin embargo, si él en realidad no las hubiera recordado... Por otra parte, Jacinto adoptó todos los recursos por no acompañarme y cuando le hablé de ellas se resolvió lo más solícito. Qué es esto, Dios mío? Yo deliro! No, qué voy a delirar. No hay más. El se ha resuelto a acompañarme por ellas. Y yo tan torpe que estuve insistiendo! Jacinto! Jacinto! Yo le voy a dar, no se va a divertir a costa mía! Jacinto! (*Entra Jacinto, con el cuello del sobretodo levantado, con clak y poniéndose los guantes blancos*).

ESCENA ULTIMA

JACINTO.—Ya estoy listo.

M. INÉS.—Ah! Ya estás listo, en un segundo!

JACINTO.—Ya ves todo lo que puede el deseo de complacer a mi mujercita.

M. INÉS.—Qué desgraciada soy! (*Llora*).

JACINTO.—Ahora salimos con eso.

M. INÉS.—Desvístete inmediatamente.

JACINTO.—Me has tomado por un maniquí.

M. INÉS.—Te he tomado por lo que eres: un mal hombre. (*Llora*). Qué desgraciada soy!

JACINTO.—Oyeme, Inesita.

M. INÉS.—No quiero saber nada. No quiero saber nada.

JACINTO.—Vamos, Inesita. Por qué te pones así?

M. INÉS.—Y me lo preguntas? No hubo forma de que me acompañaras, pero cuando te hablé de ésas, muy listo estuviste para vestirte.

JACINTO.—Y si yo te demostrara que "ésas". como tú las llamas, no me interesan lo más mínimo?

M. INÉS.—No conseguirás demostrármelo, después de la velocidad que has empleado para vestirte.

JACINTO.—Sí, voy a demostrártelo. Pero, óyeme, ni las recordaba, ni sabía de ellas todas esas cosas que tú acabas de referirme, y que son seguramente fantasías tuyas. Sí, Inesita, sí. Qué hubiera dado por no torturar tu espíritu con esta duda, cuando yo te suplicaba por todos los medios, no salir. Eso te prueba que yo no tenía interés por la fiesta, y luego que real o imaginario siempre se corre algún peligro cuando las circunstancias, el capricho o la vanidad nos sacan de nuestro rinconcito para confundirnos en el torbellino de esa vida, que en el mejor de los casos no nos da nada.

M. INÉS.—Ya no lograrás convencerme.

JACINTO.—Sí, María Inés. Mírame. (*Se desprende el sobretodo dejando ver su traje de casa*). No me he vestido. Simulé hacerlo, para que sintieras celos y bajo su influencia, te dieras cuenta de que nunca se está tan tranquilo como entre estas cuatro paredes que tú crees que te encierran.

M. INÉS.—(*abrazándole*). Jacinto mío!

JACINTO.— Sí. Jacinto mío. (*Encaramándose al cana-*

pé). La felicidad, querida mía, no está en lo que los demás piensen de nosotros. (*Acostándose en el canapé*). Sino en lo que pensamos de nosotros mismos.

M. INÉS.—Quieres que te encienda las estufitas?

JACINTO.—Bueno. (*M. Inés las enciende*).

M. INÉS.—Quieres que te rasque la cabecita?

TELON

INDICE





